

---

EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN SACRA THEOLOGIA

CUADERNOS  
DOCTORALES  
DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

---

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA / PAMPLONA / ESPAÑA



Universidad  
de Navarra

---

JUAN JOSÉ VELASCO FERNÁNDEZ

*La Misericordia Divina en  
las enseñanzas de San Juan  
de Ávila*

VOLUMEN 69 / 2020

---

SEPARATA

---

---

EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN SACRA THEOLOGIA

# CUADERNOS DOCTORALES

DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA / UNIVERSIDAD DE NAVARRA  
PAMPLONA / ESPAÑA / ISSN: 0214-6827  
VOLUMEN 69 / 2020

---

DIRECTOR/ EDITOR

**J. José Alviar**  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

VOCALES

**Juan Luis Caballero**  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

**Fernando Milán**  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

SECRETARIA

**Isabel León**  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

---

Esta publicación recoge los extractos de las tesis doctorales defendidas en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

La labor científica desarrollada y recogida en esta publicación ha sido posible gracias a la ayuda prestada por el Centro Académico Romano Fundación (CARF)

---

**Redacción, administración, intercambios y suscripciones:**  
Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia.  
Facultad de Teología.  
Universidad de Navarra.  
31080 Pamplona (España)  
Tel: 948 425 600.  
Fax: 948 425 633.  
e-mail: faces@unav.es

**Edita:**  
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S.A.  
Campus Universitario  
31080 Pamplona (España)  
T. 948 425 600

**Precios 2020:**  
Suscripciones 1 año: 30 €  
Extranjero: 43 €

**Fotocomposición:**  
pretexto@pretexto.es

**Imprime:**  
Ulzama Digital

**Tamaño:** 170 x 240 mm

**DL:** NA 1067-1984  
**SP ISSN:** 0214-6827

---

EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN SACRA THEOLOGIA

# CUADERNOS DOCTORALES

DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

VOLUMEN 69 / 2020

---

**Eduardo ARES MATEOS**

Títulos cristológicos en la *Paráfrasis al Evangelio de san Juan* de Nono de Panópolis 5-79

[Christological Titles in the *Paraphrase to the Gospel of Saint John* by Nonnus of Panopolis]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Juan Chapa

**Pablo LÓPEZ GONZÁLEZ**

José de Nazaret: Mt 1-2 y sus efectos en la tradición viva de la Iglesia 81-160

[Joseph of Nazareth: Mt 1-2 and Its Echo in Church Tradition]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Vicente Balaguer

**Fernando HERNANSANZ SERRANO**

La fe en el magisterio de Benedicto XVI 161-229

[The Theme of Faith in the Magisterium of Benedict XVI]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Pablo Blanco

**Juan José VELASCO FERNÁNDEZ**

La Misericordia Divina en las enseñanzas de San Juan de Ávila 231-309

[The Mercy of God in the Teachings of Saint John of Avila]

Tesis doctoral dirigida por los Profs. Dr. Rodrigo Muñoz y Dr. Manuel Belda

**Hélio Tadeu LUCIANO DE OLIVEIRA**

*Status quaestionis* de la relación entre el virus del zika y los problemas congénitos, y su relación con el aborto en Brasil 311-381

[*Status Quaestionis* of the Relationship Between the Zika Virus and Congenital Problems, and Its Relation to Abortion in Brazil]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. José María Pardo

**David GALARZA FERNÁNDEZ**

El seguimiento en la Moral. Max Scheler y Fritz Tillmann 383-457

[The following in Moral Theology. Max Scheler and Fritz Tillmann]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Juan Luis Lorda

**Arturo GARRALÓN BLAS**

«Amor encendido». La caridad en las principales obras de Fray Luis de León 459-543

[‘Burning love’. Charity in the major works of fray Luis de León]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Román Sol

---

Universidad de Navarra  
Facultad de Teología

Juan José VELASCO FERNÁNDEZ

# La Misericordia Divina en las enseñanzas de San Juan de Ávila

The Mercy of God in the Teachings  
of Saint John of Avila

Extracto de la Tesis Doctoral presentada en la  
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

Pamplona  
2020

Ad normam Statutorum Facultatis Theologiae Universitatis Navarrensis,  
perlegimus et adprobavimus

Pampilonae, die 12 mensis februarii anni 2020

Dr. Rodericus MUÑOZ  
Dr. Emmanuel BELDA

Dr. Paulus MARTI

Coram tribunali, die 23 mensis iulii anni 2018, hanc  
dissertationem ad Lauream Candidatus palam defendit

Secretarius Facultatis  
D. nus Eduardus FLANDES

Cuadernos doctorales de la Facultad de Teología  
Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia

Vol. LXIX, n. 4

---

## Presentación

**Resumen:** San Juan de Ávila, sacerdote diocesano español del siglo XVI, gran predicador y director de almas, fue una figura destacada de su época, referente y Maestro de espiritualidad. Recientemente nombrado Doctor de la Iglesia.

El núcleo de la doctrina del Maestro Ávila es Dios Amor. Este amor misericordioso se dona y extiende a todos los hombres. Es el fundamento del designio redentor y del misterio de Cristo. También configura y construye una base sólida para la vida del cristiano ya que nos hace participar de la intimidad amorosa de Dios. En las palabras del Doctor Ávila encontraremos la actitud del cristiano ante la divina misericordia: una profunda humildad que nace del conocimiento de nuestras miserias, y una completa confianza en el amor misericordioso de Dios, que nos permite vivir como verdaderos hijos de Dios. De igual modo, recibir y vivir la misericordia, posibilita y purifica la libertad y el obrar del hombre, siendo capaces de amar como Dios ama.

La misericordia de Dios, fuente de esperanza y alegría, que contemplamos en la vida de Cristo y que recibimos por medio del Espíritu Santo, no es sólo para nosotros. Nos enseña el Maestro Ávila cómo tener entrañas de misericordia, ser compasivos con los hombres y vivir las obras de misericordia. Éste es el camino para responder y corresponder a la misericordia de Dios.

Es un tema de especial actualidad, en la línea que nos marca el Papa Francisco para la Iglesia. El presente estudio pretende exponer, desde la perspectiva de la teología espiritual, los textos más significativos, ordenados en un esquema y relacionados entre sí, sobre la misericordia en las enseñanzas de Juan de Ávila.

**Palabras clave:** Obras de misericordia; confianza; amor de Dios.

**Abstract:** San John of Ávila, a Spanish diocesan priest of the sixteenth century, renowned preacher and director of souls, was a leading figure of his time, a reference-point and master of spirituality. He was recently named a Doctor of the Church.

The core of John of Ávila's doctrine is God as Love. This Love seeks to give itself as a gift and extends itself as mercy to all men. This divine mercy is also the foundation of the redemptive plan and the mystery of Christ. It likewise configures and provides a solid foundation for the Christian's life, as it lets him participate in the loving intimacy of God. The teaching of the Doctor of Ávila shows the attitude proper to the Christian before the divine mercy: a deep humility derived from the knowledge of human misery, and a complete trust in the merciful love of God. These virtues allow the Christian to live as a true son of God. In the same way, receiving and giving mercy enables and purifies the freedom and action of the human subject, empowering him to love as God loves.

The mercy of God, source of hope and joy, as contemplated in the life of Christ and received through the Holy Spirit, is meant not only for the individual believer. John of Ávila teaches us how to become personally merciful, compassionate towards men and rich in works of mercy. This is the way to respond and correspond to God's mercy.

The topic is of special relevance, as it is in line with Pope Francis' indication for the universal Church. The present study aims to show, from the perspective of spiritual theology, the most significant texts on mercy in the teachings of John of Ávila, systematically arranged and correlated.

**Keywords:** Works of mercy; trust in God; love of God.

Si nos acercamos a los textos y enseñanzas del Doctor de la Iglesia San Juan de Ávila<sup>1</sup>, descubriremos que quedan aspectos de su mensaje por estudiar y profundizar<sup>2</sup>. En concreto, la misericordia divina, aún no ha sido objeto de un estudio sistemático<sup>3</sup>. Sin embargo toca una de las líneas principales de su mensaje<sup>4</sup>: el amor misericordioso de Dios como clave de la vida del cristiano, que el Maestro Ávila busca suscitar en su predicación. Este es el objeto del presente resumen, extracto de una tesis doctoral que lleva este mismo título.

Si el Amor de Dios ha sido calificado como el hilo conductor de la doctrina de San Juan de Ávila<sup>5</sup>, la misericordia es una de las características de ese Amor, por lo que podría decirse que «el tono de la misericordia es el más característico de la doctrina avilista»<sup>6</sup>.

En un artículo reciente se propone a San Juan de Ávila como uno de los primeros hitos en el desarrollo de la devoción al «amor misericordioso», y se considera que su teología paulina es la base que permitiría después promover el culto y extensión de esta espiritualidad<sup>7</sup>. La misericordia divina es además un elemento esencial en el designio salvífico de Dios. Responde al *porqué* de los eventos de salvación. Se trata, sin duda, de un aspecto de la vida cristiana de capital importancia, al que la teología no suele prestar mucho interés. Sirva para mostrar su importancia lo que enseña Santo Tomás: «Es propio de Dios usar misericordia; y en esto, especialmente, se manifiesta su omnipotencia»<sup>8</sup>. Este atributo divino no expresa una debilidad de Dios, una pasión dirían los clásicos; tampoco es un concepto que nace del sentimiento del hombre que reclama misericordia a Dios, sino que manifiesta el poder y dominio divino. Como dice el Maestro Ávila, es parte del misterio de Dios, el modo propio con que se manifiesta:

«¿Quién entenderá la ira del Señor? Y entre todas sus obras, muy dificultosa cosa es de entender una de que Él más usa, que es la misericordia, y tanto más, cuanto más usa de ella que de la ira y de la justicia, como decía el profeta: *Misericordia eius super omnia opera eius* (cfr. Sal 144, 9)»<sup>9</sup>.

La misericordia divina reclama una nueva atención en la vida de la Iglesia. Recordamos ahora la encíclica de San Juan Pablo II *Dives in misericordia*, así como las predicaciones y escritos del papa Benedicto XVI y ahora del papa Francisco, que mantiene la misericordia como línea principal de su Magisterio y ha convocado el reciente año jubilar. El Papa define la misericordia como la «viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia»<sup>10</sup>; y a tenor de su misión, «es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que viva y testimonie en primera persona la misericordia»<sup>11</sup>.

Recogemos de este modo la invitación a recordar en nuestros días que Dios es misericordioso, da misericordia y espera del hombre misericordia. San Juan de Ávila nos abre un modo de entender las relaciones del hombre con Dios: somos misericordiosos porque hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, que es misericordioso y obra con misericordia; no proyectamos en Dios nuestra categoría de compasión, atribuyéndole una necesidad para nuestro ser, sino que nuestra vida de cristianos se apoya, desarrolla y expresa mediante la misericordia que Dios nos dona:

«Y el cristiano, cuya virtud muy principal es la misericordia, y tan embebida en su corazón, que se diga tener *entrañas de misericordia* (Col 3, 12), en todo debe mezclar esta virtud, conociendo que por misericordia fue él criado de nada, fue hecho cristiano, no fue condenado cuando pecó, fue perdonado cuando se convirtió, es tenido en pie para no tornar a caer, y, en fin, espera ser salvo por la misericordia de Dios; y no es razón que quien tan copiosamente la ha recibido, la niegue al prójimo en la manera en que la puede dar»<sup>12</sup>.

Dice Esquerda Bifet que «a San Juan de Ávila se le podría llamar Maestro o Doctor del amor. Matizando algo más este calificativo, podría concretarse en el amor misericordioso de Dios, vivido en la confianza que proviene de la redención obrada por Cristo y de la incorporación a Él como Cabeza. Ese amor reclama una vida de amor a Dios y al prójimo»<sup>13</sup>.

Como se afirma en el estudio de Díez Lorite, el fundamento de la doctrina que vive y predica San Juan de Ávila se basa en «la autodonación del Dios trinitario al hombre, de modo que sea la relación de amistad y amor que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo tienen con nosotros, y su presencia en cada uno, la que verdaderamente posibilita nuestro nuevo ser, nuestra vida en Cristo; y no a la inversa, subordinando la gracia increada (la autodonación de Dios) a la creada (efectos en el hombre)»<sup>14</sup>. En este contexto nos acercarnos a nuestro autor para entender mejor la misericordia divina. Confiamos que quien lea sus escritos, como decía su primer biógrafo, «no podrá dejar de entender algo de este misterio, esto es, de la bondad y caridad y misericordia de Nuestro Señor, que en él resplandece, y en la grandeza del remedio y consolación y salud, que por él nos vino, y los motivos grandes que en él se nos dan para amar y servir y confiar en él»<sup>15</sup>.

No podemos olvidar que en la vida de los santos, y especialmente en aquellos que han cultivado la teología, encontraremos luces que nos orienten, tanto en sus escritos como en el testimonio de su vida. Es preciso que no separemos la teología de la espiritualidad y la santidad, es más, que busquemos



unificarlas. En San Juan de Ávila tenemos un ejemplo muy acertado de esta conjunción, de la hermandad entre experiencia cristiana y reflexión teológica, y quizá sea el secreto de porqué resultan tan atractivas y ricas sus enseñanzas, entonces como ahora<sup>16</sup>.

Como San Juan de Ávila se dedicó a la predicación y cura de almas, las obras que nos han llegado no son sistemáticas. Como sucede con cualquier tema central en sus enseñanzas, por ejemplo la Eucaristía, el Espíritu Santo, Santa María o el misterio de Cristo, también la Misericordia divina está presente en todos sus escritos, desde los comentarios bíblicos a su epistolario, pasando por los sermones y pláticas y el *Audi, filia*. Es decir, impregna todas sus obras pero sin hacer una exposición orgánica de la cuestión en ninguna de ellas. No obstante se trata de una enseñanza completa y profunda, que el autor pone en relación tanto con los grandes misterios de la fe como con la vida cotidiana del hombre. Nos permite asomarnos al misterio del amor misericordioso con firmeza, como algo no sólo deseable para el cristiano sino posible y profundamente anhelado. Pone al alcance de la mano un tesoro de riqueza incalculable.

El enfoque del Maestro es muy personal. Sabe conjugar los autores clásicos y modernos, la cita bíblica con la enseñanza magisterial, las cuestiones que preocupan al pueblo fiel con los temas centrales de la vida cristiana. Sus síntesis y conclusiones son sencillas y profundas, convincentes y respetuosas con el Misterio. Influenciado por la *devotio moderna*, se aleja de los excesos de los *iluminados* y *alumbrados*. Sin ser apologista es un gran dialéctico. Anima a acercarse a la Biblia, como Erasmo, pero con cautela y con guía. Busca la renovación eclesial, pero acompañado del Magisterio y Tradición. No es posible catalogar en una corriente o escuela a San Juan de Ávila, bebe y hace suyo mucho de lo bueno que llegó a su época, logra armonizar varias escuelas y autores. Reflexiona según las necesidades de los fieles, no es un erudito ni un puro intelectual, se aleja de las cuestiones teológicas sin interés para la vida cotidiana. Conjuga el ser-en sí, de corte escolástico, con el ser-para mí, de tendencia nominalista, haciendo de su teología un saber más práctico, menos especulativo.

En este trabajo se investiga cómo San Juan de Ávila emplea, define y subraya aspectos de la misericordia divina a lo largo de sus escritos, cartas, sermones, etc. La originalidad del estudio no estriba en descubrir un aspecto novedoso del autor sino en mostrar que el amor misericordioso de Dios constituye un argumento transversal y fundamental en su obra y encontramos en él una posible clave para interpretarlo y leerlo. Pensamos que se trata de la base y sustrato del que se alimenta el pensamiento del Maestro Ávila.

Parte principal y fundamento de nuestro estudio es el conjunto de las obras de este autor que han llegado a nuestros días<sup>17</sup>, especialmente los tratados, sermones, correspondencia, comentarios bíblicos y algunos escritos como el *Audi, filia*. En todas ellas se percibe que cuando el Maestro Ávila trata de la misericordia divina lo hace como quien la busca y vive de ella. Su teología nace de su propia espiritualidad y es por eso más interesante porque, como él mismo escribió, aunque sin atribuírselo a sí mismo, «la teología que escriben los santos y que es sólida y en la que concuerdan unos y otros, se debe preferir a la que estas condiciones no tiene»<sup>18</sup>.

En este extracto resumimos la primera parte del estudio, que se centraba en la Trinidad: el amor misericordioso de Dios Padre, el corazón misericordioso de Cristo, el Espíritu de misericordia. Se presenta la misericordia en cuanto atributo divino, y en ella se reconoce la característica más propia del amor de Dios hacia el hombre. San Juan de Ávila parte de la Trinidad, como Santo Tomás, para hablar del amor divino. Es un amor creador, donado libre y gratuitamente, que en Cristo manifiesta su plenitud, permitiendo al hombre entrar en comunión con Dios uno y trino precisamente por esta participación en su amor misericordioso. Se trata de un planteamiento actual, poco común en su época, que aporta profundidad y luces a la existencia humana. La fecundidad de Dios en nosotros tiene como presupuesto la fecundidad del amor de Dios intratrinitario.

Se han eliminado muchas citas del autor, dejando sólo las referencias de las mismas, para simplificar la lectura y aligerar el texto, por el mismo motivo se ha debido omitir el capítulo dedicado al Espíritu Santo.

Como este estudio se plantea en el marco de la teología espiritual, en estos primeros capítulos aparecen también citas y textos que se relacionan con la vida del cristiano. Es lógico que esto suceda porque las principales obras que nos han llegado de San Juan de Ávila tienen como primera finalidad la de mover a los bautizados a participar plenamente en la vida cristiana. No obstante, «esto, lejos de llevarlo a posponer los grandes misterios de la fe, lo impulsó a encontrar formas de expresión que los hicieran relevantes a sus destinatarios»<sup>19</sup>, y por ello encontramos gran riqueza doctrinal en sus predicaciones orales y en la correspondencia.

El método de trabajo de esta investigación se desarrolló en dos fases: una analítica y otra sintética. En primer lugar se realizó un análisis de la producción completa del autor. Así se llega a una presentación ordenada de sus ideas, observando la relación de unas con otras y evidenciando los puntos más incisivos e insistentes sobre la misericordia divina. Se elaboró después una exposición sintética, con referencias a otros estudios sobre nuestro autor que

diesen luz sobre algunos temas. La parte fundamental del trabajo se basa en las obras del Santo, también debido a la escasa bibliografía existente relacionada con el tema.

De entre los estudios publicados hasta la fecha, que citamos en la bibliografía, los artículos más específicos lo trataban sólo de modo indirecto o ceñido a un aspecto particular, por ejemplo, el beneficio que Cristo nos ganó<sup>20</sup>, en referencia a la misericordia mostrada en el sacrificio redentor; o sobre el amor misericordioso de Dios Padre, manifestado en el envío de Cristo, etc.

Consideramos que el resultado final permite alcanzar una visión completa y clara de la doctrina sobre la misericordia divina en San Juan de Ávila.

---

## Notas de la presentación

1. Para las citas de los escritos de San Juan de Ávila seguiremos la edición de sus obras: SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras Completas, nueva edición crítica*, SALA BALUST, L. y MARTÍN HERNÁNDEZ, F. (eds.), I-IV, Madrid: Editorial Católica, colección «BAC maior», 2000-2003. Los escritos de San Juan de Ávila se encuentran distribuidos de la siguiente manera: vol. I (BAC maior 64, 2000) (*Audi, filia 1556; Audi, filia 1574; Pláticas espirituales; Tratado sobre el sacerdocio; Tratado del amor de Dios*); vol. II (BAC maior 67, 2001) (*Comentarios bíblicos; Tratados de reforma; Tratados menores; Escritos menores*); vol. III (BAC maior 72, 2002) (*Sermones*) y vol. IV (BAC maior 74, 2003) (*Epistolario*). De aquí se han copiado las citas, que se presentan del siguiente modo: *Audi, filia (I)*, parte –en ordinales– y párrafo; *Audi, filia (II)*, capítulo y número; las restantes obras: título, número, párrafo o línea. En todas las obras, y separado por punto y coma, se indicará el volumen –en números romanos– y la página. Se omitirá en todas ellas el nombre del autor. Si se emplean las introducciones o estudios específicos en esta edición se citarán como *Obras*, seguido del volumen y la página. Cuando los subrayados sean nuestros se indicará expresamente. Los artículos especializados que se utilicen, también serán citados a pie de página.
2. Cfr. SALA BALUST, L. y MARTÍN HERNÁNDEZ, F., *Bibliografía avilista: San Juan de Ávila*, en *Obras*, I, XLVIII-LXXXV; cfr. DÍAZ LORITE, F. J., *Experiencia del amor de Dios y plenitud del hombre en San Juan de Ávila*, Madrid: A.G. Campillo Nevado, 2007, 545-554.
3. Cfr. ESQUERDA BIFET, J., *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila*, Madrid: BAC, 2000, 530-531. Sobre la Misericordia en San Juan de Ávila: DÍAZ LORITE, F. J., *La misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, Madrid, 2016; ESQUERDA BIFET, J., «Misericordia», en ID., *Diccionario de San Juan de Ávila*, Burgos: Monte Carmelo, 1999, 623-625; ID., *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila*, 176-180; LASANTA, J. (preparado por), *Diccionario Teológico-Espiritual de San Juan de Ávila*, Madrid: Edibesa, 2000, 261-274; A. MOLINA PRIETO, «El título *Madre de misericordia* en la mariología avilista», *Scripta de Maria* 3 (1980) 345-380; LÓPEZ SANTIDRIÁN, S., «Tres hitos en el movimiento de la *Divina Misericordia*: Sta. Faustina Kowalska, M.<sup>a</sup> Teresa Desandais y S. Juan de Ávila», *Burgense* 57 (2016) 275-308. Sobre Dios Amor y misericordioso: RÍO MARTÍN, J. DEL, *La Iglesia, misterio del amor de Dios a los hombres según san Juan de Ávila*, Roma, 1984; DÍAZ LORITE, F. J., «Hacedlo todo por amor de Dios», en ARANDA DOCEL, J. y LLAMAS VELA, A. (eds.), *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia, Actas del Congreso Internacional. 25-28 abril de 2013*, Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013, 137-155; GALLEGO PALOMERO, J. J., «Juan de Ávila, profeta del misterio del amor misericordioso de Dios. La predicación en San Juan de Ávila», *Seminarios* 57 (2011) 105-140. Sobre el corazón de Cristo: BUM SIK MIN, *Il «Cuore di Cristo» come centro della spiritualità sacerdotale in San Giovanni D'Avila (1499-1569)*, Roma, 2013; ESQUERDA BIFET, J., «Juan de Ávila, un corazón unificado en el Corazón de Cristo», en GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M. E. (ed.), *Entre todos, Juan*

- de Ávila. Elogio al Santo Maestro en el entorno de su proclamación como Doctor de la Iglesia Universal*, Madrid: BAC, 2011, 79-85.
4. Cfr. DEL RÍO MARTÍN, J., «Mesa de diálogo: *Juan de Ávila, teólogo*», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila, Actas del Congreso Internacional*. Madrid, 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002, 676.
  5. DÍAZ LORITE, F. J., «Hacedlo todo por amor de Dios», en ARANDA DOCEL, J. y LLAMAS VELA, A., *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, 137: «El amor de Dios no es un tema más de la obra del Santo Maestro, sino el centro, la «verdad nuclear» y el hilo conductor de todo su pensamiento».
  6. ESQUERDA BIFET, J., *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila*, 177.
  7. Cfr. LÓPEZ SANTIDRIÁN, S., «Tres hitos en el movimiento de la *Divina Misericordia*: Sta. Faustina Kowalska, M.<sup>a</sup> Teresa Desandais y S. Juan de Ávila», 275.
  8. Cfr. SANTO TOMÁS, *STb II-II*, q.30, a. 4c.
  9. *Sermón* 79, 2; III, 1063.
  10. FRANCISCO, *Carta apostólica Misericordiae Vultus*, 11 de abril de 2015, n. 10, «Acta Apostolicae Sedis», vol. CVII, n°5, 399-420. Desde ahora se cita este documento añadiendo al título el número de párrafo donde se encuentra el texto citado.
  11. FRANCISCO, *Misericordiae vultus*, n.12.
  12. *Carta* 11, 325; IV, 66.
  13. ESQUERDA BIFET, J., «Amor», en *Diccionario de San Juan de Ávila*, 48.
  14. DÍAZ LORITE, F. J., *Experiencia del amor de Dios y plenitud del hombre en San Juan de Ávila*, 29.
  15. GRANADA, L. DE, *Vidas del Padre Maestro Juan de Ávila*, ed. de SALA BALUST, L., Barcelona: J.Flors, 1964, 76.
  16. Cfr. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, F., «San Juan de Ávila: una gracia oportuna en una época de crisis y conflictos», *Anuario de Historia de la Iglesia*, 21 (2012) 115-119.
  17. Indicamos que las citas de Juan de Ávila se han tomado tal como aparecen en *Obras*, y que están en castellano antiguo, pudiendo resultar llamativas algunas expresiones, que no son erratas.
  18. *Memorial segundo Concilio de Trento*, 66; II, 590-591.
  19. GARCÍA MATEO, R., «Vitalidad del Dios trinitario según Juan de Ávila», *Estudios eclesiásticos*, 85 (2010) 58.
  20. En las obras de Juan de Ávila no encontraremos la expresión «beneficio de Cristo», pues estaba relacionada con autores de corte luterano y se malinterpretaba, pero sí se desarrolla su contenido. Cfr. LÓPEZ SANTIDRIÁN, S., «El Beneficio de Cristo en San Juan de Ávila», en ARANDA DOCEL, J. y LLAMAS VELA, A., *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, 62; cfr. FERNÁNDEZ CORDERO, M. J., *Juan de Ávila (1499?-1569). Tiempo, vida y espiritualidad*, Madrid: BAC, 2017, 635-636.

---

# Índice de la Tesis

INTRODUCCIÓN	11
<b>Capítulo I</b>	
<b>SAN JUAN DE ÁVILA</b>	23
A. PERFIL BIOGRÁFICO	23
A.1. Nacimiento y formación	23
A.2. La experiencia de la cárcel	25
A.3. Actividad sacerdotal	28
A.4. Vida de misericordia	31
A.5. Últimos años y muerte	34
A.6. Influencia póstuma	37
A.7. Canonización y Doctor de la Iglesia	40
B. ORIGEN DE SU PENSAMIENTO	42
C. BREVE RECORRIDO HISTÓRICO DE LA DOCTRINA SOBRE LA MISERICORDIA	47
D. CONCEPTO DE «MISERICORDIA» EN SAN JUAN DE ÁVILA	55
E. ESCRITOS Y PREDICACIÓN	59
F. USO DE LA BIBLIA	67
F.1. La Biblia en las enseñanzas de Juan de Ávila	68
F.2. La revelación de la misericordia en el Antiguo Testamento	73
F.2.a. Selección de textos del Antiguo Testamento sobre la misericordia en Juan de Ávila	76
i) Libros poéticos	77
ii) Libros proféticos y sapienciales	80
F.3. Plenitud del Nuevo Testamento	83
F.3.a. Pasajes del Nuevo Testamento sobre la misericordia empleados por Juan de Ávila	84
i) Evangelio de San Juan	84
ii) San Mateo	85
iii) Evangelio de San Lucas	90
iv) San Marcos	93
v) Cartas católicas	93
vi) Cartas paulinas	96

F.3.b. Relatos e imágenes ilustrativos	102
i) La mujer pecadora	103
ii) La parábola del hijo pródigo	104
iii) El buen Samaritano	105
iv) Enseñanzas del buen Pastor	106
v) La parábola del Rey que perdona una gran deuda	107
F.4. Relación entre ambos Testamentos	108
G. DOCTRINA ESPIRITUAL	112
G.1. Experiencia del amor de Dios y filiación divina	115
G.2. Virtudes Teologales	116
G.3. La oración	122
G.4. Imitación de Cristo y progreso de la vida espiritual	124

## PARTE I

### LA TRINIDAD, FUENTE DE LA MISERICORDIA DIVINA 129

#### Capítulo II

##### EL AMOR DEL PADRE 131

A. DIOS SE REVELA COMO AMOR MISERICORDIOSO	131
B. EL NOMBRE DE DIOS: PADRE DE MISERICORDIA	138
C. AMOR DE UN PADRE MISERICORDIOSO	142
D. DESIGNIO MISERICORDIOSO EN LA CREACIÓN Y CAÍDA DEL HOMBRE	145
E. PROMESA DEL AMOR DE DIOS	147
F. MIRADA MISERICORDIOSA DEL PADRE	152

#### Capítulo III

##### LA MISERICORDIA DE JESUCRISTO 157

A. LA MISIÓN DEL HIJO EN EL DESIGNIO MISERICORDIOSO DEL PADRE	159
A.1. El pecado y la misericordia, causas de su venida	160
A.2. El amor de Cristo contiene todas las gracias	165
A.3. Por medio de Cristo llegamos al Padre	167
B. LA ENCARNACIÓN, SEÑAL DE MISERICORDIA	171
B.1. Dios se hace Niño	173
B.2. Jesucristo restaura la imagen de Dios en nosotros	176
B.3. Jesucristo nos obtiene la filiación adoptiva	178
C. LA PASIÓN Y MUERTE DE JESUCRISTO	181
C.1. Cristo muere por los pecados de cada hombre	184
C.2. Jesucristo satisface la justicia del Padre y nos trae la misericordia	190
C.3. Esperanza y alegría en la Cruz de Cristo	198
C.4. Cristo en la Cruz muestra su amor infinito	202
D. EL CORAZÓN MISERICORDIOSO DE CRISTO	208
E. LOS TRES PANES QUE JESUCRISTO NOS GANÓ CON SU MISERICORDIA	212

## ÍNDICE DE LA TESIS

### Capítulo IV

<b>EL ESPÍRITU SANTO, ESPÍRITU DE MISERICORDIA</b>	215
A. EL AMOR CON QUE DIOS SE AMA	215
B. LA MISIÓN MISERICORDIOSA DEL ESPÍRITU SANTO	218
B.1. El Espíritu Santo hace posible la misión misericordiosa de Cristo	219
B.2. El Espíritu Santo perpetúa la misión de Cristo	223
B.3. Renovación del hombre por el Espíritu Santo	226
C. LA ACCIÓN MISERICORDIOSA DEL ESPÍRITU SANTO EN EL CRISTIANO	230
C.1. El Espíritu Santo regenera nuestra vida sobrenatural	230
C.2. El Santo Espíritu es el Consolador misericordioso	236
C.3. El Espíritu Santo nos otorga sus dones y frutos	241

### PARTE II

<b>LA MISERICORDIA DIVINA Y LA IGLESIA DE CRISTO</b>	247
--	-----

### Capítulo V

<b>LA MISERICORDIA DIVINA SE PERPETÚA EN LA IGLESIA</b>	249
A. EL CUERPO MÍSTICO DE CRISTO	250
A.1. Cristo es la Cabeza	251
A.2. El alma de la Iglesia	255
A.3. Miembros indignos santificados por la Cabeza	256
B. LA IGLESIA IMPLORA MISERICORDIA	262
C. EL SACRAMENTO DE LA MISERICORDIA	267
C.1. Reconocerse pecador ante su mirada misericordiosa	273
C.2. Confesarse con verdadero dolor de amor	277
C.3. Medicina para las heridas del pecado	282
C.4. El fruto de la penitencia	283
C.5. No despreciar la misericordia de Dios	286
D. EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA	291
D.1. En la Eucaristía, Jesucristo manifiesta su amor misericordioso	293
D.2. La entrega de Cristo en la Cruz se perpetúa en la Eucaristía	295
D.3. Con la Eucaristía nos hacemos una misma cosa con Cristo	297
D.4. La Eucaristía purifica perfectamente del pecado	301
D.5. La Eucaristía es fuente de esperanza	303
D.6. Apreciar el don de la Eucaristía	305
E. EL SACERDOCIO MINISTERIAL	309
E.1. Mediador entre Dios y los hombres	309
E.2. Administradores del perdón de Dios	311
E.3. Ministros de la Eucaristía	313
E.4. Predicadores de la misericordia de Dios	315
E.5. Guías espirituales	315



## Capítulo VI

<b>JUSTICIA Y MISERICORDIA DIVINAS</b>	319
A. LA JUSTICIA DE DIOS NACE DE LA MISERICORDIA	319
A.1. El pecado del hombre reclama justicia	320
A.2. La misericordia asume la justicia	326
A.3. Cristo justifica al hombre	330
A.4. La libertad que nos gana la misericordia	342
A.5. Unirnos a Cristo hace meritorias nuestras obras	350
B. JESUCRISTO ES NUESTRO JUEZ MISERICORDIOSO	354
C. EL PURGATORIO	362
D. EL CIELO COMO MANIFESTACIÓN DE LA MISERICORDIA DIVINA	366

## Capítulo VII

<b>MARÍA, MADRE DE MISERICORDIA</b>	373
A. MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA	375
B. MARÍA ES NUESTRA ABOGADA EN EL HOSPITAL DE LA MISERICORDIA	384

## PARTE III

<b>LA MISERICORDIA DIVINA EN LA VIDA DEL CREYENTE</b>	397
---	-----

### Capítulo VIII

<b>LA ACOGIDA DEL DON DE LA MISERICORDIA DIVINA</b>	399
A. EL HOMBRE ANHELA LA MISERICORDIA	400
A.1. Necesidad del conocimiento propio	400
A.2. En la tribulación y la enfermedad se manifiesta la misericordia	404
A.3. La misericordia vence la tentación, la concupiscencia y el pecado	409
A.4. La desesperación impide recibir la misericordia	416
A.5. La humildad evita la presunción y acoge la misericordia	421
A.6. Reconocer nuestra miseria para recibir misericordia	425
A.7. El don de la pobreza de espíritu	431
A.8. Esperanza y confianza en la misericordia de Dios	434
B. DIOS BUSCA MISERICORDIOSAMENTE AL HOMBRE	439
B.1. Dios conoce nuestras dificultades y nos auxilia	441
B.2. Dios nos ama a cada uno con misericordia	443
B.3. Cristo es el fundamento de nuestra esperanza	447
B.4. La Pasión de Cristo es nuestro refugio misericordioso	450
C. CONFORMAR NUESTRO CORAZÓN A LA MISERICORDIA DIVINA	458
C.1. El don de la fe	460
C.2. La oración, don de la misericordia	462
C.3. Abrir el corazón para recibir el amor de Dios	466
C.4. Amar al Amor	471

## ÍNDICE DE LA TESIS

C.5. Agradecer la bondad de Dios	474
D. LA MISERICORDIA NOS LLEVA A LA CONVERSIÓN	477
E. EL PECADOR RECHAZA LA MISERICORDIA	484
E.1. Su corazón es de piedra	486
E.2. Desconfía del amor de Dios	488
E.3. No se duele de su pecado	489
E.4. Es incapaz de recibir el perdón misericordioso de Dios	491
E.5. Cerrar el corazón al prójimo aleja de la misericordia de Dios	492
E.6. El pecador busca su voluntad y no la de Dios	494
E.7. La misericordia de Dios es paciente con el pecador	496

### Capítulo IX

VIVIR LA MISERICORDIA	501
A. AMAR AL PRÓJIMO COMO CRISTO	505
A.1. Amar con misericordia al prójimo	507
A.1.a. Si recibimos misericordia, seamos misericordiosos	510
A.1.b. Los misericordiosos alcanzarán misericordia	514
A.1.c. Amamos al prójimo con el amor de Dios	517
A.1.d. Mirar con los ojos misericordiosos de Cristo	519
A.2. Tener entrañas de misericordia	521
A.2.a. Olvido de sí	526
A.2.b. Corazón a la medida de Cristo	528
A.2.c. Compasión con la miseria ajena	532
A.2.d. Perdonar las ofensas recibidas	538
A.2.e. Servir con humildad	543
A.3. Practicar las obras de misericordia	546
A.3.a. Manifestación de caridad	547
A.3.b. En el prójimo descubrimos a Cristo	553
A.3.c. Misericordia con Jesús Sacramentado	559
SÍNTESIS CONCLUSIVA	563
LA TRINIDAD FUENTE DE LA MISERICORDIA	567
LA IGLESIA	572
JUSTICIA Y MISERICORDIA	576
MARÍA, MADRE DE MISERICORDIA	580
NECESITAMOS DE LA MISERICORDIA	582
VIVIR LA MISERICORDIA	588
UNA VISIÓN DE CONJUNTO	595
BIBLIOGRAFÍA	603



---

## Bibliografía de la Tesis

### I. FUENTES

#### 1. *Magisterio de la Iglesia*

- CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constituciones, Decretos, Declaraciones*, Madrid, 2000.
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Madrid, 1992.
- BEATO PABLO VI, *Homilía en la Canonización de Juan de Ávila*, 31 mayo de 1970, «Acta Apostolicae Sedis» vol. LXXII, n°8, 481-487.
- SAN JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979, «Acta Apostolicae Sedis», vol. LXXI, n°4, 257-324.
- SAN JUAN PABLO II, *Dives in Misericordia*, 30 de noviembre de 1980, «Acta Apostolicae Sedis», vol. LXXII, n°9, 1177-1232.
- SAN JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Dominum et vivificantem*, 18 de mayo de 1986, «Acta Apostolicae Sedis» vol. LXXVIII, n°9, 809-900.
- BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 25 de diciembre 2005, «Acta Apostolicae Sedis», vol. XCVIII, n°3, 217-252.
- BENEDICTO XVI, *Exhortación apostólica postsinodal Sacramentum caritatis*, 22 de febrero de 2007, «Acta Apostolicae Sedis», vol. XCIX, n°3, 105-180.
- BENEDICTO XVI, *Spe Salvi*, 30 de noviembre de 2007, «Acta Apostolicae Sedis», vol. XCIX, n°12, 985-1027.
- BENEDICTO XVI, *Carta apostólica San Juan de Ávila, sacerdote diocesano, proclamado Doctor de la Iglesia universal*, 7 octubre de 2012, *L'Osservatore romano*, edición semanal en lengua española, año XLIV, n°42, 14 de octubre de 2012, 5, 6 y 10.
- FRANCISCO, *Carta apostólica Misericordiae Vultus*, 11 de abril de 2015, «Acta Apostolicae Sedis», vol. CVII, n°5, 399-420.

#### 2. *Obras de San Juan de Ávila*

- SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras Completas*, nueva edición crítica, SALA BALUST, L.-MARTÍN HERNÁNDEZ, F. (eds.), 4 vols., Editorial Católica, colección «BAC maior», Madrid, 2000-2003:

- vol. I (BAC maior 64, 2000), *Audi, filia 1556; Audi, filia 1574; Pláticas espirituales; Tratado sobre el sacerdocio; Tratado del amor de Dios.*
- vol. II (BAC maior 67, 2001), *Comentarios bíblicos; Tratados de reforma; Tratados menores; Escritos menores.*
- vol. III (BAC maior 72, 2002), *Sermones.*
- vol. IV (BAC maior 74, 2003), *Epistolario.*

## II. ESTUDIOS

### 1. *Estudios sobre San Juan de Ávila y el amor misericordioso*

- BUM SIK MIN, *Il «Cuore di Cristo» come centro della spiritualità sacerdotale in San Giovanni D'Avila (1499-1569)*, Roma: Pontificia Universidad Gregoriana, 2013.
- DÍAZ LORITE, F. J., «Hacedlo todo por amor de Dios», en ARANDA DOCEL, J.-LLAMAS VELA, A. (eds.), *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, Actas del Congreso Internacional. 25-28 abril de 2013, Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013, 137-155.
- DÍAZ LORITE, F. J., *La misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, Madrid: BAC, 2016.
- ESQUERDA BIFET, J., «Juan de Ávila, su antropología cultural: el misterio del hombre se descifra en el Misterio de Cristo», en RINCÓN GONZÁLEZ, M.ªD. y MANCHÓN GÓMEZ, R. (eds.), *El Maestro Juan de Ávila (1500?-1569), un exponente del humanismo reformista*, Jaén: Grupo de Investigación «Humanismo Giennense» Universidad de Jaén, 2014, 21-46.1
- *Misericordia*, en *Diccionario de San Juan de Ávila*, Burgos: Monte Carmelo, 1999, 623-625.
  - *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila*, Madrid: BAC, 2000, 176-180.
  - «Juan de Ávila, una figura que trasciende su época», *Seminarios* 57 (2011) 13-31.
  - «Juan de Ávila, un corazón unificado en el Corazón de Cristo», en GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M. E. (ed.), *Entre todos, Juan de Ávila. Elogio al Santo Maestro en el entorno de su proclamación como Doctor de la Iglesia Universal*, Madrid: BAC, 2011, 79-85.
  - «María, Madre de misericordia en San Juan de Ávila», *Estudios marianos* 83 (2017) 293-328.
- GALLEGO PALOMERO, J. J., «Juan de Ávila, profeta del misterio del amor misericordioso de Dios. La predicación en San Juan de Ávila», *Seminarios* 57 (2011) 105-140.
- LASANTA, P.J. (preparado por), *Diccionario Teológico-Espiritual de San Juan de Ávila*, Madrid: Edibesa, 2000, 261-274.

- LÓPEZ SANTIDRIÁN, S., «Tres hitos en el movimiento de la *Divina Misericordia*: Sta. Faustina Kowalska, M.<sup>a</sup> Teresa Desandais y S. Juan de Ávila», *Burgense* 57 (2016) 275-308.
- MARTÍNEZ ROJAS, F. J., «San Juan de Ávila, doctor de la misericordia», *Isidorianum* 27/53 (2018) 53-68.
- MOLINA PRIETO, A., «El título *Madre de misericordia* en la mariología avilista», *Scripta de Maria* 3 (1980) 345-380.
- RÍO MARTÍN, J. DEL, «La Iglesia, misterio del amor de Dios a los hombres», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002, 581-597.
- *La Iglesia, misterio del amor de Dios a los hombres según san Juan de Ávila*, Roma: Pontificia Universidad Gregoriana, 1984.
- SEGOVIA, A., «El amor de Dios en las cartas del Padre Ávila», *Maestro Ávila* 1 (1946) 147-152.

## 2. Estudios sobre su doctrina espiritual

- ABAD, C. M., «La espiritualidad de San Ignacio de Loyola y la del beato Juan de Ávila», *Manresa* 28 (1958) 455-478.
- ÁLVAREZ DE LAS ASTURIAS, N. (ed.), *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, Madrid: Ediciones Universidad de San Dámaso, 2013.
- ANDRÉS MARTÍN, M., *San Juan de Ávila maestro de espiritualidad*, Madrid: BAC, 1997.
- «Erasmus (1466-1536) y Juan de Ávila (1500-1569): En torno a su humanismo y espiritualidad», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002, 171-194.
- ARANDA DOCEL, J. y LLAMAS VELA, A. (eds.), *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, Actas del Congreso Internacional. 25-28 abril de 2013, Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013.
- ASTI, F., «La dottrina santa di Giovanni d'Avila per rinnovare gli studi teologici», *Rivista di Ascetica e Mistica* 37 (2012) 127-158.
- BALLESTA ILLÁN, J., *La iniciación cristiana en los escritos de S. Juan de Ávila*, Roma: Pontificia Universidad Gregoriana, 1992.
- BASTERO DE ELEIZALDE, J. L., *El Espíritu Santo y María*, Pamplona: Eunsa, 2010.
- BOHÍGUES FERNÁNDEZ, S., «La pasión de amor como clave de interpretación de la vida de san Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia», *Toletana* 26 (2012) 233-249.
- BORRAZ GIRONA, F., *Teología de la oración según la doctrina de San Juan de Ávila*, Zaragoza, 2007.
- BRUNSO, M., «El Padre Ávila y la Eucaristía», en *El Beato Maestro P. Juan de Ávila*, conferencias pronunciadas en la semana nacional avilista, Madrid, 1952.

- CADIERES ARAUJO, G. E., «Doctrina cristológica, pneumatológica y eclesiológica del Maestro Ávila» en ARANDA DOCEL, J. y LLAMAS VELA, A. (eds.), *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, Actas del Congreso Internacional. 25-28 abril de 2013, Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013, 463-477.
- CANTERA, S., «¿Franciscanismo en el Maestro Juan de Ávila?», *Verdad y Vida* 54 (1996) 143-152.
- CARDA, J. M., «Los efectos de la Eucaristía en los escritos del Beato Ávila», *Revista Española de Teología* 18 (1958) 283-316.
- CARRILLO RUBIO, F., «El Cuerpo Místico en la doctrina del Apóstol de Andalucía», *Manresa* 17 (1945) 202-235.
- CASTÁN LACOMA, L., «Un gran conocedor y apóstol de la Sagrada Escritura: el Beato Maestro Ávila», *Cultura Bíblica* 60-62 (1949) 165-168 y 232-235.
- DÍAZ LORITE, F. J., «La Virgen y la Eucaristía en San Juan de Ávila», *Toletana* 12 (2005) 219-236.
- *Experiencia del amor de Dios y plenitud del hombre en San Juan de Ávila*, Madrid: A.G. Campillo Nevado, 2007.
- *Pasión de Amor. San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, Madrid: BAC, 2013.
- DURÁNTEZ, J., «El proceso de la justificación en el adulto a la luz del Maestro Juan de Ávila», *Revista española de teología* 6 (1946) 535-572.
- ESQUERDA BIFET, J., «Jean d'Ávila (saint)», en M. VILLER ET ALII (dirs.), *Dictionnaire du Spiritualité Ascétique et Mystique. Doctrine et histoire*, vol. VIII, París, 1978, 269-283.
- «Giovanni d'Ávila», en E. ANCILLI (a cura di), *Dizionario Enciclopedico di spiritualità*, vol. 2, Roma, 1990, 1125-1128.
- *Diccionario de la Evangelización*, Madrid: BAC, 1998.
- *Diccionario de San Juan de Ávila*, Burgos: Monte Carmelo, 1999.
- *Introducción a la doctrina de San Juan de Ávila*, Madrid: BAC, 2000.
- *Juan de Ávila, Escritos sacerdotales*, Madrid: BAC, 2000.
- «La doctrina mariológica del Maestro San Juan de Ávila», *Marianum* 63 (2001) 91-114.
- «La Virgen Dolorosa, Madre de la Esperanza, en san Juan de Ávila», *Estudios Marianos* 81 (2015) 111-128.
- FERNÁNDEZ-BOBADILLA, L. M., *La santidad sacerdotal según la doctrina del beato Juan de Ávila*, Vitoria, 1948.
- FERNÁNDEZ CORDERO, M. J., «Dar el corazón a Dios. La *redamatio* en San Juan de Ávila», en ARANDA DOCEL, J. y LLAMAS VELA, A. (eds.), *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, Actas del Congreso Internacional. 25-28 abril de 2013, Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013, 427-461.
- *Juan de Ávila (1499?-1569). Tiempo, vida y espiritualidad*, Madrid: BAC, 2017.
- GALLEGO PALOMERO, J. J., «La predicación en San Juan de Ávila», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, Actas

- del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002, 799-849.
- GARCÍA-JALÓN DE LA LAMA, S., «¿Qué Biblia leyó Juan de Ávila?», en ARANDA DOCEL, J.-LLAMAS VELA, A. (eds.), *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, Actas del Congreso Internacional. 25-28 abril de 2013, Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013, 315-326.
- GARCÍA MATEO, R., «Vitalidad del Dios trinitario según Juan de Ávila», *Estudios eclesiásticos* 85 (2010) 57-72.
- «Cristología sacerdotal en Juan de Ávila», *Estudios eclesiásticos* 86 (2011) 81-102.
- «El Espíritu Santo en San Juan de Ávila», *Burgense* 52 (2011) 163-187.
- *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, Salamanca: Edici, 2011.
- «Cristología sacerdotal en Juan de Ávila», *Estudios eclesiásticos* 86 (2011) 81-102.
- «San Juan de Ávila, maestro de oración», *Anuario de Historia de la Iglesia* 21 (2012) 77-101.
- GARCÍA-VILLOSLADA, R., «El paulinismo de Juan de Ávila», *Gregorianum* 51 (1970) 615-647.
- GÓMEZ, W., *La doctrina sacramental de San Juan de Ávila*, Roma, 1989.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, F., «San Juan de Ávila: una gracia oportuna en una época de crisis y conflictos», *Anuario de Historia de la Iglesia* 21 (2012) 103-132.
- GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, A. P., «La actuación de María en la Iglesia de Cristo según San Juan de Ávila», *Scripta de María* 9 (1986) 109-147.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M.<sup>a</sup> E., «San Juan de Ávila: de maestro a doctor», *Anuario de Historia de la Iglesia*, 21 (2012), 21-35.
- «San Juan de Ávila, un clérigo secular, en la vida consagrada de la Iglesia», *Tabor* 16 (2012) 75-94.
- *San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia universal: Súplicas-«Informatio» de la Causa del Doctorado*, Madrid: BAC, 2012.
- GRANADO BELLIDO, A., «El «Audi, filia»: el misterio de nuestra salvación», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002, 605-623.
- HUERGA, A., «Conversos, alumbrados y tomismo en la escuela de Juan de Ávila», *Teología espiritual* 23 (1974) 229-252.
- «El magisterio de San Juan de Ávila», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002, 509-552.
- IRIARTE, F., «Evolución y fuentes principales de la espiritualidad eucarística del Apóstol de Andalucía», *Revista de Espiritualidad* 17 (1958) 33-55.
- JIMÉNEZ DUQUE, B., *El Maestro Juan de Ávila*, Madrid: La Editorial Católica, 1988.



- JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El Maestro Ávila*, Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002.
- LADARIA, L. F., «La doctrina de la justificación de San Juan de Ávila», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002, 551-576.
- LASANTA, P. J. (preparado por), *Diccionario Teológico-Espiritual de San Juan de Ávila*, Madrid: Edibesa, 2000.
- LÓPEZ SANTIDRIÁN, S., *Juan de Ávila, predicador de Cristo*, Valencia: Edicep, 2000.
- «La vía del *Beneficio de Cristo* en algunos autores españoles del siglo XVI», *Burgense* 46 (2005) 63-94.
- «San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia: ‘Doctrina eminente’», *Burgense* 53 (2012) 13-44.
- «El Beneficio de Cristo en San Juan de Ávila», en ARANDA DOCEL, J. y LLAMAS VELA, A. (eds.), *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, Actas del Congreso Internacional. 25-28 abril de 2013, Córdoba: Diputación de Córdoba, 2013, 49-100.
- LOWENTAL, M., *La «simplicidad» en San Juan de Ávila*, Roma, 2004.
- LLIN CHÁFER, A., «El misterio de Cristo en San Juan de Ávila», *Credere et celebrare* (2004) 423-438.
- LLIN CHÁFER, A., «San Juan de Ávila y su preparación al sacerdocio», *Revista agustiniana* 146 (2007) 279-306.
- *San Juan de Ávila, Doctor de la Evangelización*, Valencia: Facultad de Teología San Vicente Ferrer, 2013.
- MARCOS, L., «La doctrina del Cuerpo Místico en el Beato Juan de Ávila», *Revista española de teología* 3 (1943) 309-345.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, F., «Vida y escritos de San Juan de Ávila a la luz de sus tiempos», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002, 77-98.
- MARTÍN DE NICOLÁS, M., *La eclesiología de San Juan de Ávila. Cristocentrismo eclesial*, Madrid: Universidad pontificia de Comillas, 1987.
- MARTÍN HERNÁNDEZ, F., «San Juan de Ávila, guía espiritual a través de sus cartas», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002, 711-728.
- «¿Fue erasmista san Juan de Ávila?», *Anuario de Historia de la Iglesia* 21 (2012) 63-76.
- MOLINA PRIETO, A., «Presencia de María en el Epistolario del santo maestro Juan de Ávila», *Estudios marianos* 36 (1972) 281-304.
- «Valores pneumatológicos de la mariología avilista», *Estudios marianos* 41 (1977) 117-150.

- «María, Madre de Dios en San Juan de Ávila», *Estudios marianos* 68 (2002) 125-136.
- MORÁN SANCHEZ-CABEZUDO, B., *La enfermedad en la ascética del B. Maestro Juan de Ávila*, Madrid: Real Monasterio del Escorial, 1951.
- MORENO MARTÍNEZ, J.L., «Muerte y esperanza, según San Juan de Ávila», *Escatología y vida cristiana: XXII Simposio internacional de Teología*, Pamplona, 2002, 537-554.
- *San Juan de Ávila, maestro de oración*, Burgos: Monte Carmelo, 2002.
- «San Juan de Ávila, promotor de instituciones de caridad», CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J. (ed.), *Actas del Simposium «La Iglesia española y las instituciones de caridad»*, Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, San Lorenzo del Escorial, 2006, 53-71.
- MORENO MARTÍNEZ, J. L., «San Juan de Ávila y su método teológico», *Salmanticensis* 56 (2009) 561-579.
- MÜLLER, G. L., «La pasión redentora de Cristo en el *Tratado del amor de Dios*», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002, 599-604.
- MUÑOZ VIZCAÍNO, A., *El Espíritu Santo y su acción santificadora en los escritos de San Juan de Ávila*, Roma, 2017.
- NICOLAU, M., «La virtud de la fe en las obras del beato Ávila», *Manresa* 17 (1946) 236-252.
- PARRA SÁNCHEZ, D. (ed.), *San Juan de Ávila en su epistolario. Selección de textos*, Madrid: BAC, 2005.
- PIZARRO JIMÉNEZ, T. B., *El sacramento de la Eucaristía en el Maestro San Juan de Ávila*, Roma: Universidad Urbaniana de Roma, 1981, separata Cáceres, 1981.
- *Espiritualidad eucarística en el Epistolario de San Juan de Ávila*, Cáceres, 2012.
- POZO, G. DEL, «Academia, santidad y guía eclesial: a propósito de San Juan de Ávila», en ÁLVAREZ DE LAS ASTURIAS, N., *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, Madrid: Ediciones Universidad San Dámaso, 2013, 11-18.
- RÍO MARTÍN, J. DEL, «El Espíritu Santo y la Iglesia en los escritos de San Juan de Ávila», *Isidorianum* 7/13 (1998) 51-85.
- *Santidad y pecado en la Iglesia. Hacia una eclesiología de San Juan de Ávila*, Madrid: BAC, 2015.
- RINCÓN GONZÁLEZ, M<sup>a</sup>. D. y MANCHÓN GÓMEZ, R. (eds.), *El maestro Juan de Ávila (1500?-1569), un exponente del humanismo reformista*, Madrid: Fundación Universitaria Española, 2014.
- ROITEGUI ORTIZ DE ZÁRATE, A., *Doctrina espiritual en el Epistolario de San Juan de Ávila*, Pamplona: Eunsa, 1991.
- ROLDÁN FIGUEROA, R., *The ascetic spirituality of Juan de Ávila (1499-1569)*, Boston: Brill, 2010.

- ROUCO VARELA, A. M., «El maestro San Juan de Ávila, nuevo Doctor de la Iglesia Universal», *Humanitas* 66 (2012) 236-257.
- RUIZ ALDAZ, J. I., «La teología Mariana de los sermones de San Juan de Ávila», *Scripta de Maria* IX (2012) 275-311.
- RUIZ JURADO, M., «El paulinismo de San Juan de Ávila», *Proyección: Teología y mundo actual* 251 (2013) 393-405.
- RUBIO PARRADO, L., *San Juan de Ávila: maestro y doctor*, Salamanca: Sígueme, 2012.
- SÁNCHEZ BELLA, F., *La reforma del clero en San Juan de Ávila*, Madrid: Rialp, 1981.
- SÁNCHEZ HERRADOR, M. A. y MANCHÓN GÓMEZ, R., «La biblioteca de Juan de Ávila en Montilla», en RINCÓN GONZÁLEZ, M<sup>a</sup>. D y MANCHÓN GÓMEZ, R. (eds.), *El maestro Juan de Ávila (1500?-1569): un exponente del humanismo reformista*, Madrid, 2014, 439-472.
- SARANYANA J. I., «Por qué es moderna la teología de San Juan de Ávila», en ÁLVAREZ DE LAS ASTURIAS, N., *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, Madrid: Ediciones Universidad San Dámaso, 2013, 101-114.
- TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., «San Juan de Ávila y la Reforma de la Iglesia», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002, 47-75.
- VÁZQUEZ JANEIRO, I., *Siete tratados inéditos*, Madrid: Fundación Universitaria Española-Universidad Pontificia de Salamanca, 2000.
- «Nuevo manuscrito y nuevos inéditos del Maestro Ávila», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, Actas del Congreso Internacional. Madrid, 27-30 noviembre 2000, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Madrid, 2002, 415-430.
- VIVES PÉREZ, P. L., «Lectura cristológica del tratado del amor de Dios de San Juan de Ávila», *Burgense*, 52 (2011), 375-400.

### 3. Estudios biográficos

- ABAD, C. M., «El proceso de la inquisición contra el Beato Juan de Ávila. Estudio crítico de documentos desconocidos», *Miscelanea Comillas* 6 (1946) 95-167.
- CASTÁN LACOMA, L., *Destellos sacerdotales. Vida del Bto. Maestro Juan de Ávila, Patrono del clero secular español*, Zaragoza: Talleres editoriales El Noticiero, 1947.
- GARCÍA-VILLOSLADA, R., «La figura del Beato Ávila», *Manresa* 17 (1945) 255ss.
- GRANADA, L. DE y MUÑOZ, L., *Vidas del Padre Maestro Juan de Ávila*, ed. de SALA BALUST, L., Barcelona: J. Flors, 1964.
- HUERGA, A., «San Juan de Ávila y fray Luis de Granada», *Teología espiritual* 47 (1972) 239-269.
- JIMÉNEZ DUQUE, B., *Vida de San Juan de Ávila*, Madrid: San Pablo, 1999.

## III. BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- ÁLVAREZ DE LAS ASTURIAS, N. (ed.), *Avilistas del siglo XX*, Madrid: Ediciones Universidad San Dámaso, 2017.
- «Santos místicos españoles del siglo XVI, su aportación a la historia de la espiritualidad», *Teología y catequesis* 132 (2015) 141-161.
- ALLINSON, E., *El misticismo español*, Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1947.
- ANDRÉS MARTÍN, M., «Renovación en teología dogmática y ascética en España (1500-1530)», *Anthologica Annuaria* 11 (1963) 127-157.
- «Recogidos y alumbrados», *Salmanticensis* 21 (1974) 151-162.
- «Historia de la teología en España en el siglo XVI», *Salmanticensis* 22 (1975) 333-348.
- *El movimiento de los espirituales en España en el siglo XVI, historia de la teología en España en el siglo XVI*, vol. I-II, Madrid: BAC, 1976.
- *Historia de la mística de la edad de oro en España y América*, Madrid: BAC, 1994.
- *Los místicos de la edad de oro en España y América: antología*, Madrid: BAC, 1996.
- ASENSIO, E., «El erasmismo y las corrientes espirituales afines», *Revista de Filología Española* 36 (1952) 31-99.
- BAUER, J. B., «Misericordia», en *Dizionario di Teologia Biblica*, Brescia: Morcelliana, 1969<sup>2</sup>, 855-856.
- BELTRÁN DE HEREDIA, V., «La enseñanza de S. Tomás en la Universidad de Alcalá», *Ciencia Tomista* 13 (1916) 245-270 y 392-418; 14 (1916) 267-297; 15 (1917) 210-224; 16 (1917) 51-64.
- BELTRÁN DE HEREDIA, V., «El maestro Domingo de Soto en la Universidad de Alcalá», *Ciencia Tomista* 43 (1931) 357-373; 44 (1931) 28-52.
- CONGAR, Y., *Credo nello Spirito Santo*, Brescia: Queriniana, 1998.
- DENZINGER, H. y HUNERMANN, P., *El magisterio de la Iglesia Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, Barcelona: Herder, 2000.
- GARCÍA JIMENEZ DE CISNEROS, *Exercitatorio de la vida espiritual*, Montserrat, 1500.
- HUERGA, A., *Historia de los alumbrados*, vol. I-V, Madrid: Fundación Universitaria Española, 1978-1994.
- HUGUENIN, M-J., «L'Église de la miséricorde», *Teresianum* 44 (1993) 269-281.
- *L'esperienza della divina misericordia in Teresa di Gesù: saggio di sintesi dottrinale*, Roma: Ocd, 2005.
- KASPER, W., «Misericordia – el nombre de nuestro Dios», *Selecciones de teología*, vol. LVII 225 (2018), 74-80.
- *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Santander: Sal Terrae, 2012.
- LADARIA, L. F., *La Trinità, mistero de comunione*, Milano: Paoline, 2004.
- LEÓN-DUFOUR, X., *Misericordia*, en *Vocabulario de Teología Bíblica*, Barcelona, 2002, 476-479.
- LÓPEZ SANTIDRIÁN, S., «Características predominantes en la espiritualidad del Siglo de Oro español», *Burgense* 38/1 (1997) 153-181.

- MATEO SECO, L. F., *Dios Uno y Trino*, Pamplona: Eunsa, 1998.
- *Teología Trinitaria, Dios Padre*, Madrid: Rialp, 2003.
- *Teología Trinitaria: Dios Espíritu Santo*, Madrid: Rialp, 2005.
- MIRALLES A., *Los sacramentos cristianos*, Madrid: Palabra, 2000.
- MOLINA, A. DE, *Instrucción de sacerdotes, sacada de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y Santos Doctores de la Iglesia*, Burgos, 1612.
- MUÑOZ, R., «Justicia y misericordia. Culpa, punición y perdón», *Scripta Theologica* 48 (2016) 131-148.
- OSUNA, F. DE, *Tercera parte del libro llamado Abecedario espiritual*, Toledo, 1527.
- PACHO, E., «Alumbrados», en ANCILLI, E. (dir.), *Diccionario de espiritualidad*, vol. 1, Barcelona, 1987, 90-94.
- *El apogeo de la mística cristiana. Historia de la espiritualidad clásica española, 1450-1650*, Burgos: Monte Carmelo, 2008.
- PHILIPON, M.-M., *Los dones del Espíritu Santo*, Madrid: Palabra, 1985<sup>2</sup>.
- PONCE CUÉLLAR M., *Tratado sobre los sacramentos*, Valencia: Editorial Cultural y Espiritual Popular, 2004.
- RIAUD, A., *La acción del Espíritu Santo en las almas*, Madrid: Palabra, 2009.
- ROYO MARÍN, A., *El Gran Desconocido: el Espíritu Santo y sus dones*, Madrid: BAC, 1977.
- *Los grandes maestros de la vida espiritual*, Madrid: BAC, 2002.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, Edición dirigida por los Regentes de Estudios de las Provincias Dominicanas de España, 5 vols. Madrid, 1988-1994.
- SESÉ, J., *Historia de la espiritualidad*, Pamplona: Eunsa, 2005.
- SISTI, A., «Misericordia», en ROSSANO, P.; RAVASI, G. y GIRLANDA, G., *Nuovo dizionario di Teologia Biblica*, Torino, 1989<sup>3</sup>, 978-984.
- VIDAL GARCÍA, M., *Dios misericordioso y conciencia moral: la propuesta antijansenista de San Alfonso M<sup>a</sup> de Liguori (1696-1787)*, Madrid: Perpetuo Socorro, 2000.
- VILANOVA, E., *Historia de la teología cristiana. I, De los orígenes al siglo XV*, Barcelona: Herder, 1987.

## I. EL AMOR DEL PADRE

### A. *Dios se revela como amor misericordioso*

**D**e modo general, se podría definir la misericordia como aquella cualidad divina que manifiesta la *caritas operativa et efectiva* de Dios. Por esta relación, la bondad y amor de Dios serán términos muy recurrentes en los textos que estudiaremos y podrían ser entendidos como sinónimos de misericordia. Así, por ejemplo, San Juan de Ávila nos presenta la *Bondad* como el atributo divino que define a Dios en su esencia<sup>1</sup>. Sin embargo la misericordia no se identifica sin más con estos atributos, ya que hace explícita la dimensión operativa del amor que busca eliminar el mal del amado.

San Juan de Ávila sabe que no podemos acceder por la sola razón a los misterios de Dios<sup>2</sup>, y muy en particular al conocimiento de la Trinidad<sup>3</sup>. Ha sido Dios mismo quien se ha manifestado, en Él está la lumbre, la luz para salir de las tinieblas y poder conocerle en el misterio de su ser<sup>4</sup>. Como escribe en una de sus cartas, es un Dios Uno y trino, amor infinito y eterno<sup>5</sup>.

Remarcará el Doctor Ávila que Dios se nos ha revelado como *Amor*: «dice San Juan: *Dios es Amor* (1 Jn 4,16) y ámase perfectísimamente y infinitamente, y su ser es amor. El amor en Dios es sustancia y el amor en nosotros es accidente. [...] Tal Dios tenemos y tal Dios esperamos, que su ser es un amor infinito»<sup>6</sup>. En todas sus acciones dona amor y sólo quiere que le amemos<sup>7</sup>. Como dice el Card. Kasper, este carácter trinitario es el fundamento de su misericordia<sup>8</sup>.

Si nos fijamos en el intercambio de amor de la vida intratrinitaria captamos la diversidad personal que nace del amor: Dios Padre, que es Padre en sí mismo y dona eternamente su ser al Hijo. Éste devuelve su Vida al Padre con la plena adhesión a su voluntad, y es la manifestación de su infinita gloria. El Espíritu Santo es el Espíritu de Amor, fruto de este mutuo don, que existe precisamente en la recíproca donación infinita de ambos. Dios, por tanto, no es un ser soli-

tario<sup>9</sup>, se entrega infinitamente y amorosamente tanto en su intimidad como a lo creado. Esta revelación de Dios como Trinidad implica un amor que se dona eternamente, siempre fecundo, como lo expresa en uno de sus escritos:

«Es mejor que en Dios haya comunicación suma, pues a la suma Bondad conviene suma comunicación; y, si ésta ha de haber, ha de ser comunicando su misma y total esencia, y así habrá en Dios suma fecundidad, como a Dios conviene, y no esterilidad, que es cosa muy ajena de él»<sup>10</sup>.

Dios quiere hacer partícipes a todas las criaturas de su Bien, su amor es difusivo. «En el pensamiento avilista, el amor se nos presenta como esa gran palanca que mueve el orbe creado y el orbe sempiterno de la Divinidad, pero será siempre un amor desbordante, nunca encerrado en sí, cuya dinamicidad es la raíz de toda la creación»<sup>11</sup>. Podemos afirmar que Dios es puro Don y al mismo tiempo un «totalmente Otro»; así leemos en San Juan de Ávila que, aunque comunique infinitamente sus bienes, nunca mengua su divinidad, es más, cuanto más se participa de este amor más crece<sup>12</sup>.

Nosotros participaríamos de un modo especial en este divino comercio, con mayor intensidad, al haber sido creados a imagen y semejanza de Dios. Por esta semejanza puede donarse Dios al hombre, y al recibir este Amor podemos corresponder y ser elevados a participar de la misma vida divina. «El Maestro habla de ‘alguien’ entrañablemente amado, a quien se quiere conocer y proclamar»<sup>13</sup>.

Es del agrado de nuestro autor comparar el amor de Dios con el *fuego*: «Éste tan rico en bondad y amor, que arde como fuego en agua, éste es Dios. Y así como su ser es infinito e incomprensible, así lo es su bondad y amor»<sup>14</sup>. Indica, al mismo tiempo, que seremos más semejantes a Dios cuanto más vivamos de y por amor, cuanto más nos arrimemos a este fuego de amor, que es Dios<sup>15</sup>, pues el fuego tiende a extenderse, independientemente de las condiciones del receptor, como sucede con la misericordia: «si dice que porque el fuego es fuego y por eso quema, así le digo que, porque Dios es Dios, por eso ama, libremente, y hace misericordias a quien no las merece»<sup>16</sup>.

Nos explica el Maestro Ávila, que, cuando el hombre describe a Dios, siendo la misericordia la característica más propia de Dios, la más excelsa, está siempre acompañada de otros atributos:

«Aunque todas las perfecciones de la divina Esencia, que son infinitas en valor, sean una misma cosa que se llama Deidad, mas en lo que toca al uso de ellas, de algunas usa más que de otras; y si se pudiesen apartar en sí mismas,

serían más perfectas unas que otras a la manifestación de las criaturas. La misericordia de Dios con que hace [bienes] y libra de males a sus criaturas, si apartarse pudiese de las otras perfecciones, más excelente sería que ellas, porque es redundancia de lo mucho que El tiene»<sup>17</sup>.

En efecto, insistirá San Juan de Ávila en que «quiere Dios ser conocido por amoroso, pues lo es; y que la gloria de esto sea conocida ser suya, pues, sin se lo merecer, nos ama»<sup>18</sup>. La misericordia es el modo en que se nos muestra Dios:

«Los que deseáis conocer la condición de Dios: *la misericordia del Señor esta por encima de sus obras* (Sal 144,9). Maravilloso es Dios en todas sus obras; mas, en lo que toca a ternura de corazón, en lo que toca a entrañas de misericordia, en lo que toca a amar a los hombres, esto es lo que más usa. Porque, aunque todo lo que hay dentro en él, todo es él en los afectos exteriores, lo que más usa es misericordia. Cuando os diere gana de conocer su condición, pensad que, así como un hombre hambriento se deleita en comer, así se deleita Dios en amar a los hombres»<sup>19</sup>.

Va delineando así nuestro autor algunas de las características de la misericordia divina: un amor gratuito, eterno, un don inmerecido por el hombre, que nace de la misma esencia amorosa de Dios, que busca colmarlo con sus bienes. Sin embargo, aún no alcanzamos a entender este misterio del amor misericordioso de Dios. Parece imposible esta entrega, este abajamiento de Dios, con el que ama al hombre por sí mismo, sin otro presupuesto. Precisamente esta ininteligibilidad y asombrosa donación, muestran su origen divino, como dice el Doctor Ávila:

«No tienen razón que por sólo esto descreen estas cosas, porque son muy altas, y parece cosa no creíble abajarse una Majestad infinita a comunicación tan amorosa con una su criatura. Escrito está que *Dios es amor* (1 Jn 4,8.16), y si amor, es amor infinito y bondad infinita; y de tal amor y bondad no hay que maravillar que haga tales excesos de amor, que turben a los que no le conocen. [...] Y siendo razón que por ser la obra de amor, y amor que pone en admiración, se tomase por señal que es de Dios, pues es maravilloso en sus obras, y muy más en las de su misericordia, de allí mesmo sacan ocasión de descreer, de donde la habían de sacar de creer»<sup>20</sup>.

Acrecienta el misterio este modo de amar de Dios que, cuando el hombre rechaza el designio de Dios para él, se muestre la maravilla de la misericordia divina. A este respecto, San Juan de Ávila sostiene que, aunque Dios se había



manifestado desde el inicio de la historia humana como un Dios amoroso, ha sido frente a la realidad del pecado cuando lo ha hecho como potencia de Amor que nos libera de cualquier forma de miseria<sup>21</sup>. Primero en el ámbito de la Alianza y de modo definitivo en Cristo, que encarna y realiza esta misericordia universal, y permite que podamos participar de ella:

«No le faltaba a la sabiduría de Dios otro modo y otros mil modos para remediar nuestros males; mas las entrañas de su caridad, entre todos, eligieron éste, más honroso para los hombres, y de mayor confusión para los demonios, y que más declarase la sabiduría y poder, y especialmente su amor con nosotros. [...] Se determinó en el consejo de la Santísima Trinidad que una de las divinas personas, que es el Hijo de Dios, tomase carne humana, y rescatase a los hombres de su miserable captiverio, y les volviese los bienes perdidos; y esto no por cualquier medio, sino pagando El con graves dolores y muerte los pecados de ellos y comprándoles los bienes perdidos con precio de su misma vida»<sup>22</sup>.

Pero nos cuesta asumir esta bondad de Dios, que se anonada para salvar a una criatura. No coincide con el concepto de un Dios inmutable e impenetrable que nos sugiere la razón. Incluso aceptamos con más facilidad el misterio de la unidad de ser divino y la diversidad de personas, que la Encarnación y muerte de Cristo por el hombre. El mismo San Juan de Ávila lo reconoce en sus sermones<sup>23</sup>. Mediante estas manifestaciones llegamos a conocer la misericordia de Dios: un amor sin medida que se expande, no en su esencia pues Dios es inmutable, pero sí en sus manifestaciones al hombre:

«No crece el amor del Señor en sí, ni tiene mudanzas de luna, mas estabilidad de sol; mas crece como dijo la primera autoridad cuanto a los efectos, manifestándose más y más (Prov 4,18); y en estos dos días se manifestó hasta lo supremo que se puede manifestar y pensar. *Quis loquetur potentias Domini, auditas faciet omnes laudes eius?* (Sal 105,2). Y si las potencias (obras de su potencia) no hay quien las hable, ¿qué hará las obras de su amor y misericordias, pues que son: *Super omnia opera eius?* (Sal 144,9). *Quis sapiens, et custodiet haec, et intelliget misericordias Domini?* (Sal 106,43)»<sup>24</sup>.

Objeto de este estudio son también estas muestras de la misericordia de Dios, que remedian nuestros males, «porque si Él es maravilloso, hanlo de ser sus obras; y si otras sí, éstas del amor más, pues nacen de bondad, de cuya manifestación Dios más se precia y Dios más usa que de los otros atributos suyos: *Miserationes eius, ait David, super omnia opera eius* (Sal 144,9)»<sup>25</sup>.

### B. *El nombre de Dios: Padre de misericordia*

Enseña San Juan de Ávila que dentro de la Trinidad distinguimos al Padre como principio de la unidad esencial y de la diversidad personal<sup>26</sup>. El Padre, continúa citando a San Juan (cfr. Jn 5,26), es la plenitud del ser y, aunque no necesita nada fuera de sí<sup>27</sup>, es a la vez Amor de comunión y Vida, capaz de engendrar eternamente a Otro igual a sí mismo<sup>28</sup>.

Destaca nuestro autor que, de entre todos los atributos con que podría autodefinirse Dios en su revelación a los hombres, ha tomado el de Amor<sup>29</sup>. Por eso comenta un estudioso de San Juan de Ávila que, cuando hace referencia al Padre, los adjetivos que emplea son «‘amorosísimo’, ‘Padre de las misericordias’, ‘misericordiosísimo’, ‘inmenso en bondad’, ‘Padre amoroso y perdonador’, etc.»<sup>30</sup>.

Dios se ha manifestado primero al hombre principalmente como clemente y misericordioso (cfr. Ex 34,6; Sal 86,15; etc.). Pero ha sido Jesús quien nos ha enseñado cómo tratar con su Padre (cfr. Mt 6,9), de quien procede toda paternidad, como lo refleja San Juan de Ávila en sus obras<sup>31</sup>. Este nombre le corresponde tanto por la grandeza de su amor, manifestado en obras en nuestro favor, como por sus entrañas paternas<sup>32</sup>.

Así como la bondad humana es participación de la bondad de Dios, así nuestro amor proviene de nuestro Padre Dios, de su misericordia, volcada en este mundo y en el venidero<sup>33</sup>. Nosotros le llamamos Padre porque nos cuida, nos protege de todo mal, procura nuestro bien y, principalmente, porque nos dona su amor, con el que aprendemos y podemos amar libremente:

«No sólo les deja padecer persecuciones levantadas por el demonio y otras personas, mas el mismo *Padre de las misericordias* (2 Cor 1,3) y verdadero amador de sus hijos sobre cuantos padres hay, el cual sólo sabe ser Padre, en cuya comparación los padres no saben amar ni amparar –y por eso nos mandó que *no llamásemos padres sobre la tierra* sino a Él (cfr. Mt 23,9)–, único amparo nuestro y tan rico en amor y tan vigilante en cuidado de lo que nos cumple, que hinche de lleno en lleno, y aun sobra, todo aquel que el nombre de padre significa; éste, tan cuidadoso de lo que nos cumple, no sólo ve lo que padecemos de nuestros enemigos y calla, mas Él mismo nos levanta los trabajos y nos mete en la guerra. Él es el que nos suele dar gozo después de mucha tristeza»<sup>34</sup>.

La omnipotencia divina se hace patente, según San Juan de Ávila, principalmente en el amor de misericordia<sup>35</sup>. Para que el hombre entienda que Dios es Amor, prefiere mostrarse más como «padre amoroso y perdonador, que

riguroso juez que le haga temblar con rigurosos castigos»<sup>36</sup>. También es madre<sup>37</sup>, su amor, tierno y eterno, nace de su corazón fiel, en el que nos acoge<sup>38</sup>. Esta ternura de Dios se extiende a todos los hombres, sea cual sea su situación: «es Dios de los atribulados y desamparados, cuyos ojos *miran el trabajo y dolor* (cfr. Sal 10,14), y donde menos humano favor hay, allí se precia Él más de enseñarlo. *Padre* se llama –y es– *de los huérfanos* (Sal 67,6); debajo de las alas de tal Padre no puede nadie llamarse desamparado, mas por abrigado»<sup>39</sup>. Pero espera que respondamos libremente a su amor:

«Grandísima gana tiene Dios de nuestro remedio y salvación. Mirad qué tanto, que él mismo nos enseña cómo lo hemos de llamar y la petición con que le habemos de pedir su amistad: *Pater meus es tu, etc., virginitatis meae* (cfr. Jer 3,4-5). ¡Cómo! ¿No es cosa maravillosa que mande el Señor a uno que no se merece nombrar por la boca, ni decirle aun juez mío y castigador mío eres tú; *mi Padre eres tú, etc.*? Porque las entrañas, no hay cosa que no perdone al hijo que se convierte a El pidiéndole perdón. Así se manda llamar Padre, como quien dice: Como el padre desea que su hijo se vuelva a él»<sup>40</sup>.

Dios es Padre, pero supera nuestros los conceptos de paternidad o maternidad. Tiene este nombre como propio por la paternidad intra-trinitaria. Nos recuerda San Juan de Ávila que volvemos a reconocer la paternidad divina, que el primer padre –Adán– oscureció, cuando el Hijo entrega su vida<sup>41</sup>: «tú, Señor, alcanzaste el nombre de Padre a costa de tus dolorosos gemidos, con los cuales, como leona que brama, diste vida a los que el primer padre mató»<sup>42</sup>.

Para ilustrar esta relación entre las manifestaciones del Padre en la historia de los hombres y su plenitud en el Hijo, recogemos las palabras del inicio de un sermón del Maestro Ávila en la fiesta de la Presentación de Jesús en el templo: «*Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui*. Habemos, Señor, recibido tu misericordia en medio de tu templo (Sal 47,10). Este es el hacimiento de gracias que hace hoy la santa madre Iglesia a Dios por haber enviado hoy su Hijo al templo. Orígenes dice que uno de los nombres con que es llamado Jesucristo es *Misericordia*; y así, decir que Dios es *Padre de las Misericordias* (2 Cor 1,3) es decir que es Padre de Jesucristo»<sup>43</sup>.

### C. Amor de un Padre misericordioso

Escribe San Juan de Ávila: si «deseáis conocer la condición de Dios: *Miserationes eius super omnia opera eius* (Sal 144,9)»<sup>44</sup>. La misericordia se manifiesta

en el cuidado de sus criaturas, en especial de los hombres. «*In caritate perpetua dilexi te; ideo attraxi te, miserans* (Jer 31, [3])»<sup>45</sup>. Dios ama a todos, incluso a los que le ofenden o desprecian:

«Pues no solamente a tus hijos adoptivos, que son los que están en tu gracia, mas a los bastardos y a los que te ofenden, derramando tu copiosa misericordia, *haces salir tu sol sobre buenos y malos y llueves sobre justos e injustos* (cfr. Mt 5,45)»<sup>46</sup>.

Pero si el hombre reniega del amor, se abandona en el pecado y entrega al demonio sus dones, entonces, nos enseña el Santo Doctor, no dudemos en acudir a Dios. Su bondad es infinita, desinteresada y gratuita, la de un Padre que nos amó ya antes de la creación del mundo, nos ama ahora y nos amará siempre:

«Pues es la bondad de Dios tan grande que, habiéndonos levantado del no ser al ser, y haciéndonos hijos suyos por la gracia, y dándonos potencias para servirle, con las cuales ganásemos, mediante su gracia, la gloria que los demonios habían perdido; habiendo nosotros empleándolas en servicio del demonio y en ofensa a Dios, cuando mortalmente pecamos, no solamente no nos mata entonces, mas no nos quita estas potencias con las cuales, habiendo de servirle, lo ofendemos; y no sólo usa de misericordia con nosotros, pero envíanos santas inspiraciones con las que convirtamos a Él, para hacernos mercedes en darnos la gloria, no le yendo a Él ningún interés, y yéndonos a nosotros no menos que la vida eterna»<sup>47</sup>.

Parte fundamental del mensaje de San Juan de Ávila es la confianza absoluta en la misericordia del Padre. Dios nos auxilia aunque nos sintamos perdidos por el pecado y no seamos capaces de hacer ninguna obra agradable a sus ojos, basta que nos acerquemos a Él<sup>48</sup>.

«Debe estar mucho confiado en su misericordia, que no le desampará en sus trabajos y necesidades, queriendo él pedírselo, porque el que hizo todo lo dicho antes que él fuese, sin él pedírselo, por su bien y amor, de creer es que, como Padre piadoso, que quiere, sabe y puede, le remediará»<sup>49</sup>.

Nos recuerda insistentemente el Santo Ávila que Dios es Padre y nos asiste misericordiosamente como hijos pequeños: «mira la voz de Dios, que es tu legítimo Padre y que, te llama con entrañas enfindicidas del amor, esperándote a que vayas a El, abiertas las alas de su misericordia para cubrirte»<sup>50</sup>. «Verdaderamente te ama y procura tu bien. Padre tuyo es y buen padre; a todos ayuda, y hace bien

a los que en El esperan»<sup>51</sup>. Nos advierte de los peligros<sup>52</sup>, actúa siempre por amor, aunque nos parezca lo contrario<sup>53</sup>, «porque Dios no quiere más de gozarse de nuestro bien, porque nos ama»<sup>54</sup>, y es su interés liberarnos con su perdón, pues «todo término se te hace breve para librar al culpado, porque ninguno deseó tanto alcanzar el perdón cuanto tú deseas darlo»<sup>55</sup>.

Es propio de la infinita misericordia del Padre colmar de bienes al hombre y, si los pierde, devolvérselos aumentados<sup>56</sup>, «y esto hará el Señor no por vos, sino por Él, *porque es bueno y para siempre su misericordia* (Sal 117,1)»<sup>57</sup>.

«Y como, según la palabra del Apóstol, *Dios sea rico en misericordia* (Ef 2,4), añade Él bondad y mercedes, aunque hayamos destrozado las que nos ha hecho; y pónenos casa y caudal de nuevo, aunque jugamos y perdimos lo que primero nos dio; y inmenso es Dios, y de su propia naturaleza dadivoso, *sufridor y de mucha misericordia* (Sal 144,8), y nunca el hacer bien le pudo ahitar»<sup>58</sup>.

En ocasiones Dios permite que cedamos a nuestras miserias para que reaccionemos y volvamos a Él la mirada. Como nos indica San Juan de Ávila, si Dios permite una caída siendo él «benigno, que no desearías veniros males, sino para sacar de allí mayores bienes, enseñando tu misericordia en nuestra miseria, tu bondad en nuestra maldad, tu poder en nuestra flaqueza»<sup>59</sup>. Siempre actúa como un Padre benévolo:

«El Señor, ya os he dicho algunas veces que, si dejásemos a su corazón hacer lo que quiere por nosotros, todo sería hacernos misericordia, porque a *Él propio le es el hacer misericordia*; si castiga, como forzado castiga, y fuera de su condición: *Non enim humiliavit ex corde suo, et abiecit filios hominum* (Lam 3,33). Cuando abate Dios a uno, no lo hace de corazón, sino como forzado; como padre que ve a su hijo ser malo, castígalo con amor, y el hijo hace que le castigue. “Dios dulce es de naturaleza, dice San Hierónimo, mas nosotros le hacemos que nos castigue”. De aquí viene que, cuando castiga, luego busca el consuelo: *Quoniam si abiecit, et miserebit[ur] secundum multitudinem misericordiarum suarum* (cfr. Lam 3,32)»<sup>60</sup>.

Al mismo tiempo, el Padre cuenta con nuestra libertad, y si correspondemos al amor del Padre entonces muestra su magnificencia: «¡Oh misericordiosísimo Padre! ¡Oh inmenso en bondad para galardonar aun los pequeños servicios que se hacen por vos!»<sup>61</sup>. Especialmente manifiesta su misericordia con el hombre arrepentido: «No se puede escribir lo que por Dios pasa cuando a un pecador ve llorar sus pecados. *Commota sunt viscera mea* (cfr. Jer 31,20; Lam 2,11; Jl 2,12)»<sup>62</sup>.

#### D. *Designio misericordioso en la Creación y caída del hombre*

Entiende San Juan de Ávila que Dios crea al hombre para que goce de su amor y sea eternamente feliz<sup>63</sup>. Según algún estudioso de nuestro autor, muestra que la providencia de Dios «es siempre una acción salvífica y amorosa, llena de misericordia y amor paterno»<sup>64</sup>. Por su infinita misericordia, «hemos de ser compañeros con el Padre y con el Hijo Jesucristo en dos cosas: en la bondad, que hemos de ser buenos como El lo es, y en el descanso y gozo que tiene. Así dijo Dios: *Hagamos un hombre a nuestra imagen y semejanza* (Gén 1,26): que tenemos una ánima criada a imagen y semejanza de la Santísima Trinidad»<sup>65</sup>, para que lleguemos a la bienaventuranza guiados por este amor<sup>66</sup>.

Recuerda San Juan de Ávila la creación, surgida de la vitalidad divina<sup>67</sup>, es expresión de este amor paternal<sup>68</sup>, para el bien del hombre<sup>69</sup>. La compara a una casa *comfortable* que un padre prepara para su hijo, pero que no estaba completa hasta que la habitase<sup>70</sup>. El soplo de Vida con que crea al hombre (cfr. Gén 2,7), el Espíritu Santo, es donado al hombre para que tenga vida espiritual y sea capaz de la vida divina<sup>71</sup>.

Pero el rechazo del designio de Dios menoscabó la gracia y, como explica nuestro autor, el hombre amándose a sí mismo entró en la oscuridad del pecado<sup>72</sup>. Su naturaleza quedó profundamente afectada, sujeta a toda clase de miserias<sup>73</sup>. En lugar de gozar los dones y el amor de Dios, fue condenado a padecer las penas que merecían sus obras, según la justicia<sup>74</sup>.

#### E. *Promesa del amor de Dios*

No podía el hombre remediar su situación, nos hace considerar San Juan de Ávila. La ceguera del pecado nos impedía mirar a Dios o comprender el terrible mal que nos habíamos provocado por nuestra desobediencia y soberbia. Por eso Dios vino a nuestro encuentro<sup>75</sup>.

El Padre nos ha creado y desea que alcancemos nuestro verdadero fin y felicidad<sup>76</sup>. Era necesario, para recuperar la relación con Dios, que una voluntad humana se abriera a la voluntad divina. La iniciativa sólo podría venir desde Dios que, por su misericordia, no son los pecados «parte para estorbar este amoroso abrazo de Dios, pues con brazos abiertos está llamando al mismo pecador, primero que el pecador llamase a Él»<sup>77</sup>.

El demonio nos tenía en las garras del pecado engañados con falsos deleites<sup>78</sup>, «mas este mal tan grande no lo deja Dios sin remedio»<sup>79</sup>. Quiere el Padre recuperar la hermosura de sus obras y volver a mirarnos con amor<sup>80</sup>, y

promete su auxilio. También nos asegura que cuidará de nosotros y no nos abandonará nunca, por eso exclama el Santo Ávila, «¡bendita sea tu misericordia, Señor, que, después que nos criaste, nunca jamás nos dejaste un punto de tu mano!»<sup>81</sup>:

«Llama Dios a los hombres y usa con ellos de sus inmensas misericordias. Tráelos a sí, y es su intento poner en nosotros estos dones para gloria suya, para manifestar su grandeza, su omnipotencia; para mostrarse cuán ilustre, cuán claro, cuán poderoso y benigno sea»<sup>82</sup>.

No permitió la divina clemencia que quedara el hombre en tal estado y sometido al pecado: «¿consentirá tu misericordia que la obra que tú hiciste tan buena la tenga el demonio tan hecha al revés?»<sup>83</sup>. El Hijo asumió la misión de redimir al género humano para que se cumpliera el designio de Dios para el hombre<sup>84</sup>. El Espíritu Santo también colabora con el Hijo para recuperar la imagen y semejanza con Dios que el pecado desfiguró. Ambos son enviados por el Padre que no se desentiende de esta obra, la Trinidad toda actúa conjuntamente en la nueva creación<sup>85</sup>.

Para que el hombre nunca pueda dudar de su amor, esta promesa contiene no sólo la venida del Hijo, sino también su propia entrega para hacerlo partícipe de la intimidad divina:

«¡Bendígame, Señor; los cielos y la tierra! No se contentó Dios Padre con darnos a su muy amado y único Hijo nuestro Señor Jesucristo, y para que muriese por nosotros, sino a sí mismo. Dijo Jesucristo: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus. El que me ama guardará mis palabras, y mi Padre lo amará, y a él vendremos, y morada cerca de él haremos* (Jn 14,23)»<sup>86</sup>.

Es nuestro mayor bien, inmerecido y no exigible. Pura clemencia y misericordia: Dios que morará en nosotros, nos hace sus hijos, nos cuida y protege:

«Yo moraré entre ellos, y andaré entre ellos, y seré Dios de ellos, y ellos serán pueblo (2 Cor 6,16). [...], y os seré Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor todopoderoso. No puede haber duda respecto en estas promesas, pues el Señor todopoderoso lo dice; ni hay lengua que pueda explicar cuánta sea la merced que Dios hace en querer ser Dios de alguna persona, porque es tener un particular cuidado de ella, defendiéndola, guiándola, favoreciéndola, y capitular con ella de serle su amparo, como buen rey con sus vasallos o padre

con hijos, y tornando por ella, como dicen, en presencia y ausencia con gran fidelidad, y, después de todo, darle su hacienda, para que en el cielo la herede como hijo a Padre»<sup>87</sup>.

Esta nueva promesa de filiación es un auténtico bien, señal del gran amor con que Dios nos ama<sup>88</sup>: «porque tú, tan grande, has amado tan grandemente a los que eran dignos de desamor. ¿Y quién será aquel que dude en tu amor viéndolo dar a tu Hijo? ¿Quién será aquel que no te ame viéndose tan amado?»<sup>89</sup>. Ahora podemos amar al Padre porque Él nos amó primero y nos dona el amor con que podemos llegar a Él, como nos dice Ávila:

«¿Y cómo amaremos al Padre, si el Padre primero no nos ama, pues que el amar nosotros a Él es efecto de amar Él a nosotros? ¿Y quién, al contrario, ha de ser amado de una cosa tan alta como es Dios Padre, siendo nosotros tan bajos, que aun acordarse como quiera de nosotros y darnos el ser de naturaleza es muy grande merced y sobre todo nuestro merecimiento? Merced es aquel amor con que nos ama a los hombres y ángeles, con que los levanta sobre toda su naturaleza criada y los hace *consortes* por gracia y por gloria *de la divina naturaleza* (2 Pe 1,4)»<sup>90</sup>.

No duda el Maestro Ávila en exaltar este don como el más alto, por encima de la creación y del perdón de los pecados, ya que es el mismo Dios quien viene a nuestra alma. Si comparamos nuestra miseria y bajeza con la infinita majestad de Dios, comprendemos que su deseo de entregarse a un ánima tan pobre, manifiesta un amor por encima de nuestra comprensión, difícil de creer. Pero es más maravilloso vivirlo sabiendo que es su voluntad<sup>91</sup>.

Sin embargo, advierte San Juan de Ávila, puesto que Dios respeta la libertad del hombre, para ayudarlo a escoger su amor lo presenta como un bien arduo, que el hombre debe cuidar y estimar, que no debe despreciar como cosa dada gratuitamente y sin valor. Nuestro buen Padre en cierto modo lo esconde para que perseveremos en lograrlo y lo tengamos en gran estima<sup>92</sup>.

Además, gracias a la misericordia de Dios, no recuperamos simplemente el mismo estado que antes de la caída, ahora es Cristo la cabeza del género humano:

«Podiera muy bien su infinita Sabiduría tornarnos a dar a Adán por cabeza, o algún hombre que viniera de él, por el cual nos viniera el bien que habíamos perdido; mas para enseñar Dios las riquezas de su misericordia, y la grandeza de su amor con los hombres, y su inefable sabiduría, tomó el vaso quebrado en



las manos, y no se contentó con hacello como antes estaba, mas hermoseólo y honrólo con muchas ventajas»<sup>93</sup>.

En resumen, por voluntad del Padre, al hombre no sólo se le han perdonado los pecados, sino que ahora participa de la vida de Dios, por medio del Espíritu Santo que nos hace hijos en el Hijo. A esto lo llamamos nueva creación:

«Grande honra y grande estado tenía y le venía al hombre con que Dios le libertara y sacara de cautiverio tan afrentoso y tan trabajoso, como era estar el hombre en poder del más tirano de los tiranos, del más cruel enemigo de todos los enemigos. Aunque no hiciera Dios otra cosa sino librarle del cautiverio y servidumbre, era obra grande de misericordia. Y no se contentó con librnarnos de aquel cautiverio y con sacarnos de aquella servidumbre, sino que nos sacó de él, no para hacernos sus esclavos o para dejarnos con libertad en pobreza o sin honra, sino que nos sacó para darnos tanta honra cuanta tienen los hijos de tan gran señor como Dios es»<sup>94</sup>.

#### F. *Mirada misericordiosa del Padre*

Acabamos de ver que el Padre dispuso que el Hijo viniera al mundo para recuperar la imagen de Dios en nosotros. El Inocente pagó por el culpable para que pudiéramos ser recibidos como hijos agradables al Padre<sup>95</sup>. Es este el punto central del mensaje sobre el amor de Dios para San Juan de Ávila<sup>96</sup>. Debemos pensar que por causa del pecado ya no éramos mirados como hijos sino como esclavos, detestables a sus ojos. Pero Cristo ha logrado que el Padre devuelva su mirada al hombre, pues todas sus acciones en la tierra buscaban reconciliar al hombre con Dios<sup>97</sup>.

San Juan de Ávila explica que el motivo por el que ahora el Padre nos ama, es el amor que Cristo ha tenido hacia nosotros. Porque atisbamos en el inmenso amor que manifestó el Hijo al asumir la voluntad del Padre, el incommensurable amor de Dios<sup>98</sup>. Toda obra que hace el Hijo es acogida por el Padre, pues el Hijo es amado infinitamente por el Padre, y el Padre lo es por el Hijo. Al mismo tiempo, el Hijo ama a los hombres porque así lo quiere el Padre, que le envió para rescatarnos. Como lo explica el Maestro Ávila:

«Ésta es la fuente y origen del amor de Cristo para con todos los hombres, si hay alguno que la quiera saber. Porque no es causa de este amor la bondad, ni la virtud, ni la hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, su agradecimiento, y gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas

palabras suyas que dijo el jueves de la cena: *Por que conozca el mundo cuánto yo amo a mí Padre, ¡levantaos y vamos de aquí!* (Jn 14,31). ¿Adónde? A morir en la cruz»<sup>99</sup>.

El Padre nos ama «dándonos a su Hijo, que es su amor y amansamiento, contentamiento, y donde sus ojos se recrean, ¿qué dudará de este Corazón, sino que le será propicio cuando le llama con penitencia y piadoso cuando le hubiere menester?»<sup>100</sup>. Nos ama en su Hijo, que se ha quedado «entre el Padre y nosotros, y ofrecido por nuestros pecados, los deshace todos. Porque más sin comparación agrada al Padre aquel valeroso y poderoso sacrificio de su propio Hijo precioso en la cruz que le pueden desagradar todos nuestros pecados»<sup>101</sup>.

De igual modo, nosotros llegamos al Padre por medio de Jesús. Tras el pecado no había nada digno de ser mirado en nosotros, nada que mereciese el continuo don de su amor<sup>102</sup>; ahora que Cristo nos ha rescatado, por el amor mutuo del Padre y el Hijo, volvemos a ser gratos a Dios. Nuestros pecados no podrán nunca apagar su amor por nosotros<sup>103</sup>.

Ha sido Cristo quien, en perfecta obediencia al Padre y secundando al Espíritu Santo, nos ha redimido conduciéndonos a la intimidad de la Trinidad. Como el pastor conduce a sus ovejas, «y, por que sus ovejas no anduviesen lejos de los ojos de Dios, ofreció su faz a tantas deshonras, para que, mirándolo el Padre tan afligido y sin culpa, mirase a los culpados con ojos de misericordia»<sup>104</sup>. Jesús se convierte así en la puerta del corazón del Padre y no sólo, es el mismo corazón del Padre, como dice el Doctor Ávila:

«¡Oh divinal amor del Eterno Padre, que puso por puerta para entrar a Él a Jesucristo, su Hijo, según Ello dijo (cfr. Jn 10,9); y la pone tan cerca de los hombres y tan abierta de par en par, que parece que está convidando a que éstos entren por ella! El corazón del Padre, su Hijo es; quien a su Hijo tiene, el corazón del Padre tiene»<sup>105</sup>.

Unidos al Hijo, el Padre nos mira y tiene siempre sus ojos misericordiosos puestos en nosotros para que no nos extraviemos<sup>106</sup>. Un estudioso de San Juan de Ávila apuntilla que no sólo nos mira el Padre en Cristo, sino que nos mira a través de los agujeros de las llagas de Cristo clavado en la Cruz<sup>107</sup>, de modo que por nada los querrá apartar, no dejará de amarnos y suplirá nuestras faltas mientras nos sana<sup>108</sup>.

Leemos en los textos del Maestro Ávila, que Jesucristo nos ha revelado la paternidad de Dios y a nosotros, por su Encarnación, nos enseña que somos y podemos vivir como verdaderos hijos del Padre<sup>109</sup>. Por la misma boca de Jesús

hemos aprendido a alabarle, pues Cristo «atribuyéndole a El la *doctrina* que predicaba (cfr. Jn 7,16; 14,10), los milagros y obras que hacía; todo para ejemplo nuestro, que encendía los corazones de los apóstoles en el amor del Padre invisible, tan altamente alabado por su Hijo»<sup>110</sup>.

Como resumen de este recorrido junto al Maestro Ávila por el fundamento del amor del Padre por sus criaturas<sup>111</sup>, podríamos incluir esta cita de su *Tratado del amor de Dios*, donde insiste en que el fundamento de nuestra esperanza está en la mutua relación del Padre y el Hijo, que se aman infinitamente<sup>112</sup>:

«Has, pues, de saber que así como la causa por que amó Cristo al hombre no es el hombre, sino Dios, así también el medio por que Dios tiene prometidos tantos beneficios al hombre no es el hombre, sino Cristo. La causa por que el Hijo nos ama es porque se lo mandó el Padre, y la causa por que el Padre nos favorece es porque se lo pide, y merece su Hijo (cfr. Jn 17,20)»<sup>113</sup>.

## II. LA MISERICORDIA DE JESUCRISTO

Nos centraremos ahora en los textos más significativos de San Juan de Ávila referidos a la misericordia de Jesucristo. Veremos cómo se interpuso entre el Padre y los hombres, cuando el pecado frustró el designio misericordioso de Dios:

«Así como Dios prometió a Noé que, cuando mucho lloviese, él *miraría a su arco*, que puso en las nubes *en señal de amistad* con los hombres (cfr. Gén 9,16), para no destruir la tierra por agua; así mucho más, mirando Dios a su Hijo puesto en la cruz, extendidos sus brazos a modo de arco, quita de su riguroso arco las flechas que ya quería arrojar: y, en lugar de castigos, da abrazos, vencido más por este valeroso arco, que es Cristo, a hacer misericordia, que movido por nuestros pecados a nos castigar»<sup>114</sup>.

De este modo, dirá el Santo Ávila, el Hijo encarnado nos revela las entrañas de misericordia del Padre<sup>115</sup>. Él es la señal segura del amor de Dios por el hombre<sup>116</sup>, «es el rostro de la misericordia del Padre», nos enseña el Papa Francisco<sup>117</sup>. Dios se ha dado a conocer como clemente y misericordioso:

«En los tiempos pasados pretendía Dios ser estimado por justo castigador sabio y fuerte y ser reverenciado y temido por tal; mas como ya escogió obras nuevas, quiere también que se le den alabanzas nuevas. ¡Qué mayor novedad pudo ser que hacerse Dios hombre y ser pobre y cansarse el que es riqueza y

descanso del cielo y la tierra! ¡Qué mayor novedad que morir el que es vida! De las cuales obras nuevas y amor nunca visto ni oído salen para con los hombres tales efectos de misericordia, que es mucha justicia que alabemos ya al Señor con todas nuestras fuerzas con nombres de amador y de lleno de misericordia, con más frecuencia que con nombre de sabio, ni fuerte, ni justo»<sup>118</sup>.

También nos ilustrará el Maestro Ávila que Jesucristo se ha convertido en el Camino que el Padre ha dispuesto para que entremos en comunión con la Trinidad (cfr. Jn 14,6)<sup>119</sup>. El amor de Dios al hombre se manifiesta en la historia de este modo para que lo conozcamos sin duda y podamos corresponder sin temor: «aunque el amor que te tengo es eterno, porque [lo] soy yo, enseñétele en tiempo en atraerte a mí; viendo cuán mal te iría sin mí, trájete a mí, habiendo misericordia de ti»<sup>120</sup>.

#### *A. La misión del Hijo en el designio misericordioso del Padre*

Recuerda el Doctor Ávila que «ese gran Dios y infinito que ha hecho tantas grandezas y maravillas por vos, tan vil, que os hicisteis esclavo del demonio, y tan ingrato, que le ofendisteis, siendo Él injuriado de vos tantas veces, por su infinita misericordia, y amor, y compasión que tuvo de vuestra perdición, por libraros de la cautividad del diablo y de la horca del infierno y por tornaros a su amistad, sin dejar de ser Dios, se hizo hombre, tomando nuestra naturaleza, donde nos honró tanto, que nos hizo sus parientes; y nació de la Virgen Santísima y padeció muerte y cruz»<sup>121</sup>.

Explica Esquerda Bifet que en las obras de San Juan de Ávila descubriremos siempre un trasfondo de amor tierno y misericordioso de Dios, que se ha manifestado plenamente en cada acto de la vida de Jesucristo<sup>122</sup>. Para nuestro Santo, todas las acciones salvíficas de Dios son manifestaciones de su misericordia<sup>123</sup>. Y la mayor de todas, que avalora y da testimonio de su amor infinito, es la entrega hasta la muerte de su Hijo.

Explica Ávila, comentando el himno de la carta a los Efesios (cfr. Ef 1,3-7), que la relación de Dios con el género humano estaba incluida en la predestinación eterna del Verbo encarnado<sup>124</sup>:

«Aun antes que el Hijo de Dios encarnase, fue hecho concierto que, por amor de nuestro Señor Jesucristo, fuesen amados y recibidos por hijos, hechos agradables y amigos los que fuesen hechos hijos espirituales de Él, hermanos, cuerp y esposa; de lo cual da testimonio San Pablo»<sup>125</sup>.

### A.1. El pecado y la misericordia, causas de su venida

Para San Juan de Ávila, cuando el pecado nos condenaba a la perdición y nos tenía sometidos a la muerte y al demonio, perdido el estado de gracia original en que fuimos creados<sup>126</sup>, Jesucristo vino a remediar nuestro estado por sus *entrañas de misericordia*<sup>127</sup>. Esta compasión nos muestra el camino para llegar al Padre, a la vez que nos permite amarle y cumplir su voluntad<sup>128</sup>.

Es doctrina compartida considerar la misericordia de Dios no como una manifestación de debilidad, sino de su omnipotencia. Sólo Él, siendo más fuerte que la muerte y el pecado, podía vencerlos<sup>129</sup>. La aventura de la Encarnación y la entrega a la muerte es la puerta para adentrarnos en el corazón misericordioso de Cristo<sup>130</sup>. Su esencia de amor se identifica con su obrar.

Dios se deja afectar por el mal y el sufrimiento humano con soberana libertad, gracias a su infinita misericordia. Es capaz de compartir el dolor humano, como explica el papa Benedicto XVI: «En cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*, el consuelo del amor participado de Dios, y así aparece la estrella de la esperanza»<sup>131</sup>.

San Juan de Ávila afirma que el modo elegido por la Trinidad para salvar el género humano y restaurar nuestra dignidad supera nuestra capacidad, no logramos entender el amor de Dios<sup>132</sup>. No se trata de un simple don o gracia, como enseña el Maestro Ávila, Cristo viene a *darse*, no a dar algo, hasta la muerte y muerte ignominiosa. Es la señal más alta del amor (cfr. Gál 1,4; Tit 2,14), y lo hizo para dar testimonio de su infinito amor a favor de los hombres, del que no debemos dudar<sup>133</sup>.

Tampoco los futuros méritos que el hombre obtuviera, podrían obligar a Dios a tan gran maravilla de amor. Sólo la bondad de Dios y los merecimientos de Cristo nos liberan de las cadenas del pecado y la muerte<sup>134</sup>. Intuimos que esta manifestación tan sublime de su misericordia supera nuestra ingratitude hacia Dios. De este modo podríamos descubrir el rostro amable y bueno del Padre, que quiere conquistar de nuevo nuestro amor. Así lo manifiesta el Santo:

«Pues, ¿quién no se gozará, o por mejor decir, se maravillará de ver bondad tan inmensa, una misericordia tan aventajada que, siendo Él ofendido, no solamente nos perdona, mas nos convida primero en la paz y nos ruega que le queramos? Y no basta esto, más aún, sale al camino y con su poderosa mano, a quien nadie resistir puede, nos libra del poder de aquel malvado tirano, a quien nosotros, ciegos y cautivos, habíamos entregado nuestra libertad. De

manera que con su infinito poder derriba al demonio, que nos engañaba, y con su amor excesivo vence y cautiva a nosotros que éramos ingratos y desobedientes. ¡Oh amor sin tasa! ¡Oh bondad sin medida! ¡Oh mar de misericordia sin suelo!»<sup>135</sup>

Dios no necesita nada, ninguna obra podría añadir algo a la eterna autoalabanza divina. Predica Ávila que Dios, conociendo nuestra necesidad, se hizo hombre y padeció por nosotros, no sólo para mostrarnos que podemos resistir los embates del enemigo, sino que además nos enriquece con nuevas gracias y nos dona su amor, para que se ablande nuestro corazón y lo abramos a Él<sup>136</sup>. Es más, Dios se autocondiciona por la clemencia y la piedad hacia el hombre, es capaz de asumir lo que *a priori* no podría darse en un Dios omnipotente: la muerte, la culpa, la injusticia, el sufrimiento. Lo propio de Dios es actuar con misericordia:

«Pues que el padecer pena no conviene al que no tiene culpa, y el morir no es cosa que cabe en el Inmortal! Mas estas obras tan ajenas de Él, mirada su justicia y su omnipotencia, tomó el Señor y se abrazó con ellas por obrar su misericordia para con los hombres, *que es obra* muy propia *suya*, como lo había profetizado Isaías (Is 62,11): Que para obrar el Señor su obra propia, obró cosas ajenas de sí; [...], pues las obras de su misericordia son a Él más honrosas y para los hombres más provechosas»<sup>137</sup>.

San Juan de Ávila nos muestra cómo el hombre era incapaz de salir del pecado, «hasta que vino aquel verdadero samaritano Cristo, que quiere decir guarda, y hizo medicina para este herido»<sup>138</sup>. Si morir por los amigos es la señal más grande de amor (cfr. Jn 15,13), qué supone morir por quienes eran enemigos, prenda para Ávila de la pura misericordia divina. Todo lo que asumió por nosotros es consecuencia de su esencia amorosa<sup>139</sup>. No nos aparta con desprecio, sino que se apiada y se encarna para buscarnos en nuestra casa y curarnos, aunque acusen de amigo de pecadores al que es infinitamente bueno y justo<sup>140</sup>.

«Ató sus llagas, diciéndole que no pecase, que se apartase y que se hiciese fuerza para resistir los pecados; y para las llagas que ya tenía, echóle óleo y vino. En el óleo se significa la misericordia; en el vino, justicia; porque es justo que, pues más acepta fue a Dios la pasión de su unigénito Hijo que fueron nuestros pecados ofensivos, y más [bien] mereció ella que mal nuestros pecados, que nos sean perdonados por ella»<sup>141</sup>.

Explica el Maestro Ávila que Dios no razona al modo humano. Él no tolera un acto porque de ello se derivase lo que realmente buscaba, que sólo se lograría como causa del primero. En Dios, la Encarnación del Hijo, es querida al mismo tiempo que la Pasión y muerte, con la que nos ha ganado perdón de nuestras culpas y evitado las penas del infierno. Dios quiere ambas cosas, porque no hay más que un acto en Dios. Si decimos que perdona los pecados, no es por otra causa diversa que su amor misericordioso. Quiriendo el perdón, quiere también todas sus consecuencias, por eso recuperamos la vida sobrenatural, la filiación, de modo que podemos presentarnos de nuevo delante de nuestro Padre Dios<sup>142</sup>.

Escribe el Doctor Ávila en una de sus cartas que no podría haber otro testimonio más veraz y capacitado para que creamos sin sombra de duda que Dios nos ama infinitamente que el Verbo encarnado<sup>143</sup>, para que seamos capaces de «confiar en el Padre de las misericordias, que por remedio de los viles esclavos dio el propio Hijo»<sup>144</sup>. Que acojamos este amor para amar a Dios, como nos dice San Juan de Ávila siguiendo al evangelista San Juan:

«En tanta manera amó Dios al mundo, que dio su único Hijo, para que todo el que creyere en El no perezca, mas alcance vida eterna (Jn 3,16). Todas éstas son señales de amor, y ésta más que ninguna de todas ellas, como escribe aquel muy amado y amador de Dios, su evangelista San Juan, diciendo: *En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, que nos dio su Hijo para que vivamos por El* (1 Jn 4,9). Y este beneficio con los demás son señales del grande amor que Dios nos tiene. [...] *Danos, Señor, a sentir con todos los santos la alteza y profundidad, la grandeza y largueza de este amor* (cfr. Ef 3,18), porque por todas partes sea nuestro corazón herido y conquistado de este amor»<sup>145</sup>.

## A.2. El amor de Cristo contiene todas las gracias

Escribe el Santo Ávila que Cristo conociendo «que nosotros estábamos malditos por nuestros pecados, y condenados a maldiciones eternas, quiso por su inmensa caridad tomar nuestras maldiciones sobre sí, quiero decir, el castigo de nuestros pecados, para que viniese su bendición sobre nosotros»<sup>146</sup>. Dentro de la misericordia de Cristo se encierran todos los remedios necesarios para rescatar al hombre y devolverle su primitiva dignidad. Todo se nos da por medio de Él, con su entrega nos llegan todas las gracias y dones.

El hombre no puede reclamar nada más a Dios, tiene todo lo necesario para la salvación. Por nuestra libertad, podemos ignorar estas bondades y

permanecer pertinazmente en el mal. Así lo recuerda en sus escritos citando a San Pablo y a San Juan.

«Mucha razón tiene Dios de quejarse, y sus pregoneros para reprehender a los hombres, de que tan olvidados estén de esta merced, digna que por ella se diesen gracias a Dios de noche y de día. Porque, como dice San Juan, *así amó Dios al mundo que dio su unigénito Hijo, para que todo hombre que creyere en él y le amare no perezca, mas tenga la vida eterna* (Jn 3,16). Y en esta merced están encerradas las obras, como menores en la mayor, y efectos en causa. Claro es que quien dio el sacrificio contra los pecados, perdón de pecados dio cuanto es de su parte; y quien el Señor dio, también dio el señorío; y, finalmente, quien dio a su Hijo, y a tal hijo, *dado a nosotros, y nacido para nosotros*, no nos negará cosa que necesaria nos sea. Y quien no la tuviere, de sí mismo se queje, que de Dios no tiene razón. Que para dar a entender esto, nos dijo San Pablo: *Quien el Hijo nos dio, todas las cosas nos dará con él*, mas dijo: *Todas las cosas nos ha dado con él* (cfr. Rom 8,32); porque de parte de Dios todo está dado: perdón, y gracia y el cielo»<sup>147</sup>.

Destaca San Juan de Ávila que con la entrega de Cristo nos llega el perdón de los pecados, el señorío sobre el creado, la filiación, la posibilidad de dirigirnos al Padre, etc. Nada nos negará Dios si ha llegado al extremo de darnos a su Hijo. Pero precisamente por eso no podemos esperar otras gracias diversas de las tan abundantes que ya nos concede, pues en ellas está el remedio universal, el camino y el premio.

Si hubiéramos obtenido la salvación por nuestras obras, entonces no sería una gracia de Dios. Pero como no podíamos saldar la infinita deuda con Dios, «por la inefable gracia que hizo al mundo en darnos a su Hijo, usa de misericordia con los desamados, para que sean traídos por la penitencia a ser amados, y reciban mercedes los que no merecían el pan que comían, y aun eran dignos de azotes»<sup>148</sup>. Nos encontramos con esta paradoja del amor de Dios, que nos da amor cuando merecemos desprecio e indiferencia, nos abre su corazón cuando debería rechazarnos.

### A.3. Por medio de Cristo llegamos al Padre

En la predicación del Santo Ávila, Cristo es presentado como el Camino para llegar a la intimidad de la Trinidad<sup>149</sup>. Es nuestro único Mediador desde que asumió la misión del Padre y fue enviado a los hombres<sup>150</sup>. Sólo unidos a Cristo podremos alcanzar la misericordia de Dios, ya que «esta manera de al-



canzar mercedes y el aprovechamiento es puramente de cristianos, que quiere decir seguidores de Cristo, porque profesamos que el Padre Eterno puso un Medianero entre nosotros y Él para que por su medio alcanzásemos misericordia»<sup>151</sup>.

Es más, explica San Juan de Ávila cómo Jesús siendo hombre permite que el Padre nos vea en Él y, siendo Dios, nos mira a cada uno, velando para que lleguemos al fin que ha dispuesto. Porque no terminó su misión cuando ascendió al cielo<sup>152</sup>, terminados sus días en la tierra, sino que nos sigue guiando y cuidando amorosamente en el camino hacia el Padre. Como hacías «entonces, Señor, salías por las calles, sanabas enfermos, convertías pecadores y hacías otras obras de misericordia a los que las querían recibir»<sup>153</sup>.

Explica el Santo Ávila que Cristo se ha identificado a tal punto con nuestra causa que intercede continuamente por nosotros, comprometiendo e implorando la misericordia divina en nuestro favor<sup>154</sup>. Cristo media por nosotros ante el Padre como la mujer cananea intercedió por su hija, pidiendo misericordia para ella misma,

«Con decir: “Señor, habe misericordia de sus pecados, sana el ánimo de ellos”; y si más quisieras honrarlos, sea con decir ánimas de mis parientes, de mis hermanos; y si más querías, dijeras como la mujer cananea, que alcanzó misericordia de ti diciendo: *Habe misericordia de mí, porque mi hija mal atormentada es del demonio* (cfr. Mt 15,22). Porque es señal de gran caridad llamar hijo al que no engendré, y quererlo tanto, que tengo su misericordia por mía y digo: *Habe misericordia de mí*, habiendo de decir: *Habe misericordia de ella*»<sup>155</sup>.

Como nos dice San Juan de Ávila, el Padre quiere recibir nuestras súplicas por medio del Hijo<sup>156</sup>. Él es el Mediador, el único capaz de llegar al Padre<sup>157</sup>. Se nos muestra así el inmenso beneficio que nos ha hecho Cristo al asumir nuestra humanidad. Por Él somos salvados y recibimos el perdón, el Padre contempla cómo nos ama su Hijo y se ofrece por nosotros<sup>158</sup>.

Cuánto deberíamos amar a Dios, considerando tanto como ha hecho y hace por nosotros. Sin embargo, cuánta dificultad encontramos. Querría el Santo Ávila que nuestra vida se moviera sólo por amor a Dios. Un amor que se nos dona para que nosotros lo llevemos de nuevo al Padre<sup>159</sup>. Amamos al Padre, por tanto, si amamos al Hijo (cfr. Jn 16,27), a quien ahora podemos amar más fácilmente porque es hombre como nosotros<sup>160</sup>. Entonces «*mi padre le amaré*; mi Padre le querrá bien dice Jesucristo, y el galardón que por cumplir mis palabras y guardar mis mandamientos le dará (en esto se les pagarán sus trabajos), que el Eterno Padre pondrá sus ojos sobre él, y a él vernemos y

*morada cerca de él haremos* (Jn 14,23)»<sup>161</sup>. Estaremos unidos a Dios por la presencia de su amor en nosotros, como pidió Jesús en la oración sacerdotal (cfr. Jn 17,26)<sup>162</sup>.

### B. *La Encarnación, señal de misericordia*

San Juan de Ávila considera esta obra de Dios –la Encarnación– como la más excelsa, pues es condición para toda la obra de la redención: «entre todas las obras que en tiempo Dios ha hecho y hará, otra no la hay igual y maravillosa, ni tan gran milagro como hacerse Dios hombre, y después padecer por los hombres»<sup>163</sup>. La misericordia de Dios adquiere ahora la dimensión de la compasión, pues al tomar Cristo nuestra misma naturaleza pudo sufrir con y por nosotros, su amor tiene rostro, se ha concretado en la historia. Como Dios no podía sufrir se encarnó el Hijo para asumir todo padecimiento de nuestra naturaleza (cfr. Flp 2,7) y liberarnos del pecado<sup>164</sup>. Podríamos decir que Dios tiene ahora un corazón de carne con el que se compadece de nuestros pecados<sup>165</sup>.

El Todopoderoso se abaja, el Hijo de Dios se hace hombre para comunicarnos la gracia en un modo adecuado a nuestras capacidades<sup>166</sup>. Nos hace conocer que los límites de su misericordia escapan a la imaginación humana:

«*Misus est angelus Gabriel a Deo* (Lc 1,26). “Cuando quiso Dios hacer misericordias al mundo, cuando quiso mostrar hasta dónde llegaba su amor” [...]. Si le llamamos día del remedio del mundo, eslo; si día de redención de captivos, eslo; si le llamamos día de desposorios eslo; si día de dar grandes limosnas, eslo también. El que supo la misericordia, aquél sea el que nos dé a entender el día que es hoy y nos dé a entender cuán grande sea la gracia que hoy recibió el mundo, y la ponga en nuestros corazones, para que la conozcamos. “Cuando vino el tiempo de derramar Dios sus misericordias en el mundo, el tiempo de enseñar a los hombres hasta dónde llegaba, qué tanto se extendía su misericordia”»<sup>167</sup>.

San Juan de Ávila ve en la Encarnación una manifestación de la omnipotencia de Dios, en la cual deja de ser sin más un poder absoluto para mostrarse como expresión de su íntimo amor<sup>168</sup>. Así lo describe, por ejemplo, en uno de los capítulos de *Audi, filia*, donde considera el poder de Dios que vence al pecado con la debilidad que ha querido asumir al encarnarse:

«Veréis cómo resplandece la omnipotencia de Dios, y su sabiduría, en juntar dos tan distantes extremos, como son Dios y hombre, en unidad de persona. Y mirad cómo se declara más su poder en pelear y vencer a nuestros pecados

y muerte con armas de nuestra flaqueza, que si venciera con las propias de su omnipotencia. [...] Y así parece que alcanzó victoria de corazones humanos con la bajeza, flaqueza y tormentos y muerte, la cual no alcanzó estándose en la alteza de su majestad. Y así se cumplió lo que dijo San Pablo, *que lo flaco de Dios es más fuerte que los hombres* (1 Cor 1,25)»<sup>169</sup>.

Pero no se detiene aquí la enseñanza del Maestro Ávila. Quiere Dios ganar nuestros corazones, se humilla para que el hombre sea ensalzado. Haciéndose hombre somos conscientes de que podemos amarle al modo humano, con nuestro pobre corazón. No queda espacio para el temor ni la tristeza por la gran deuda que tenemos con Dios, sólo para la alegría y confianza en su misericordia:

«¡Oh bendito seas tú, Señor, por siempre, y tu misericordia, y bendita la hora en que tuviste por bien de hacerte hombre por amor de los hombres! Antes que Dios se hiciese hombre estaban tan temerosos los hombres, consideraban a Dios alto, poderoso; veían que era tan justiciero, que nadie se la hacía que no se la pagaba; no querían aun acordarse de El. ¿Qué hace la Sabiduría eterna? Viendo que ser El inmenso, y tan grande, que su grandeza les era causa que los hombres se extrañasen de El, acordó Dios de hacerse hombre para que viéndolo hecho hombre, viéndolo humilde, viéndolo acá hablar y conversar con ellos, lo tuviesen siempre en la memoria y lo amasen y no se les cayese del corazón»<sup>170</sup>.

### B.1. Dios se hace Niño

Predica San Juan de Ávila a sus oyentes que el Niño que ha nacido en Belén carga con nuestros pecados pasados, presentes y futuros, para alcanzar por recia justicia el perdón de todos ellos, ya que nadie podría salvarse sino por su nacimiento y sangre derramada<sup>171</sup>. Puede hacerlo porque es Dios y hombre verdadero<sup>172</sup>.

Con esta locura del abajarse de Dios se logra nuestro rescate, pues con su debilidad despoja al demonio el imperio sobre los hombres<sup>173</sup>. Nuestro Santo nos muestra que Dios ha querido descubrir su propia esencia misericordiosa haciéndose un Niño indefenso. Así muestra al hombre que puede acercarse sin temor a Él, que es bueno y quiere nuestro bien. Un niño no da miedo, no asusta al pecador:

«Tal habéis de pensar la Divinidad dentro como de fuera la Humanidad, hermanos, por la santa encarnación de Jesucristo y por su pasión. Esta es la Divinidad sin armas que dice: No te haré mal, pecador, llégate a mí, que así como no debes huir de un niño, así no debes huir de mi santa Divinidad; y como en

el cuerpo parece blandura, lo está en la santa Divinidad, que ésta es la grandeza de Dios: cual parece de fuera, tal está dentro, tan blando y tan misericordioso. ¡Bendito sea tal Dios y bendita sea su misericordia que a tal día nos dejó llegar, el día de la blandura de la misericordia de Dios!»<sup>174</sup>

Toma ocasión San Juan de Ávila del llanto del Niño para que reconozcamos la compasión de Dios por los pecados del hombre; nosotros somos para Él como ese niño desvalido que llora. Se apiada Dios de nuestra triste situación, llora por el mal que nos procuramos con los pecados<sup>175</sup>:

«Niño, ¿para qué lloráis? Para que entiendan los pecadores, aunque hayan pecado, que se lleguen a mí sin temor; si se arrepienten de haberme ofendido. De ternura y de amor de su corazón llora el Niño. ¡Bendito Niño! ¿Quién os puso en ese pesebre sino mi amor? [...] Vamos al pesebre y oigamos la voz que llora por nosotros, y que nos lleguemos a El donde está llorando por cada uno de nosotros. Y si mirásedes aquel Niño con ojos limpios y entrásedes dentro de su ánima, hallaríades un título que os diría esto: “Que estoy aquí llorando por ti”, que desde su concepción tuvo conocimiento de Dios y sabía todos nuestros pecados y allí estaba llorando como cada uno de nosotros. Allí se acordaba de vos y lloraba vuestros pecados. Pues si está llorando por nuestros pecados, ¿qué pecador habrá que no tenga confianza, si quiere enmendarse? ¿Hay cosa en el mundo que dé más confianza que es ver estar a Cristo en un pesebre llorando por nuestros pecados?»<sup>176</sup>

Contemplar al Niño en el pesebre no es una simple y tierna devoción, lleva al examen, al dolor y a la conversión de vida. Nos trae Dios no la ley austera para cumplirla bajo pena de castigo, sino el tierno amor de un bebé. Jesús-Niño nos facilita acercarnos a Él y que, con la ayuda de su amor y la confianza que nos infunde, podamos enmendar nuestra vida y llegar a la gloria. Quien obra por amor cumple más y mejor la voluntad de Dios<sup>177</sup>.

También nos hace observar San Juan de Ávila que contemplar a Dios hecho un niño es un anticipo del cielo. Se manifiesta de este modo por nuestras limitadas capacidades pero nos hace considerar la grandeza de su amor: no duda en asumir el hambre, frío, cansancio, etc.<sup>178</sup>.

## B.2. Jesucristo restaura la imagen de Dios en nosotros

Jesucristo dio testimonio de que el Padre es igual al Hijo. Hemos visto cómo en el Hijo encarnado nos muestra su misericordia el Padre. Nos explica el Maestro Ávila que al Hijo se le atribuye la hermosura, imagen perfecta del

Padre, en quien fuimos creados a su *imagen y semejanza*, por eso asumió Él la misión de redimir la humanidad<sup>179</sup> y restaurar la imagen de Dios en nosotros, que el pecado y el demonio habían desfigurado<sup>180</sup>:

«Para reparar el estrago que por el pecado había sido hecho en esta imagen, vino el Hijo de Dios, que es imagen verdadera del Padre, como dice San Pablo: *Imago Dei invisibilis* (Col 1,15); *qui cum sit splendor gloriae et figura substantiae eius* (Heb 1,3), porque así como sale el resplandor del fuego, así sale el Hijo del Padre. [...] Pues para remedio de un hombre amador del pecado y enemigo del trabajo, venga el Hijo de Dios, que es amador del trabajo y aborrecedor del pecado. Para imagen tan perdida, venga imagen tan buena a remediarla»<sup>181</sup>.

El Hijo encarnado acoge la semejanza de nuestra fealdad para que nosotros recibamos en el alma su hermosura. La suciedad cayó sobre Él para que nosotros tengamos de nuevo la limpieza de la imagen de Dios<sup>182</sup>. Cuando el Padre pone su mirada en el Hijo nos ve en Él<sup>183</sup>.

«Así como el mirar Dios a nosotros nos causa todos los bienes, así el mirar Dios a su Cristo trae a nos la vista de Dios. No penséis, doncella, que los agradados y amorosos rayos de los ojos de Dios deciden derechamente de él a nosotros, cuando nos recibe en su gracia, o deciden a nosotros, como a cosa apartada de Cristo, cuando estamos en ella; porque, si así lo pensáis, ciega estáis. Mas sabed que se enderezan a Cristo, y de allí a nosotros por él y en él. Y no dará el Señor una habla ni vista de amor a persona del mundo universo, si la viese apartada de Cristo; mas por Cristo mira a todos los que se quieren mirar y llorar, por malos que sean, para los perdonar; y en Cristo mira a los tales para conservarles y acrecentalles el bien recibido. El ser amado Cristo, es razón de ser recibidos en gracia nosotros»<sup>184</sup>.

Ante las objeciones que parecen surgir para que Cristo se encarnase y tomase nuestra débil naturaleza, pone San Juan de Ávila en boca del Señor estas palabras, donde destaca su misericordia, dispuesto a soportar por amor al hombre la humillación de hacerse semejante al pecador y morir para destruir al hombre viejo<sup>185</sup>:

«¿Cómo remediaré esta imagen, pues ellos cegaron mi imagen?, dice Dios. Hacerme he yo de la imagen de ellos. Mirad lo que decís, Señor. Ellos son malos y vos bueno; ellos pecadores y vos sin pecado, etc. ¿Qué semejanza puede tener con el pecador el que no tiene ni puede tener pecado? Para eso, pues, tomaré yo semejanza de pecador, para destruir el pecado. Pues que ellos per-

dieron mi semejanza, tomaré yo la suya, para remediar y restaurar su pérdida. Fue tanto el amor que Dios tuvo a esta imagen, y el deseo de remedialla, que para el remedio de ella envió a su Hijo en figura de la misma imagen»<sup>186</sup>.

### B.3. Jesucristo nos obtiene la filiación adoptiva

Remarca San Juan de Ávila que Cristo asumió nuestra humanidad para que la humanidad se elevara a su imagen y, restaurada la imagen de Dios en nosotros, recuperásemos la filiación adoptiva<sup>187</sup>. Pone un acento particular en la predestinación de Cristo en vista de la nueva creación del hombre<sup>188</sup>: según la humanidad, existían hombres antes que Cristo, pero en cuanto a la gracia Él es primero y extiende su gracia a todos los hombres<sup>189</sup>, es objeto único de la elección divina, por Él somos elegidos<sup>190</sup>.

Veamos cómo explica San Juan en uno de sus sermones que la misericordia de Dios es tal que nos ha adoptado como hijos, aunque no fuera necesario para nuestra salvación. Sólo el amor a Cristo, y por medio de Él a los hombres, puede empujar a Dios a tanta generosidad<sup>191</sup>, pagando un precio excesivo:

«¡Cosa mucha, cosa no oída, que el Hijo unigénito del Padre ande Él mismo buscando y trayendo a sus propios esclavos para que el Padre de El los tome por hijos adoptivos y agradables y tratados a semejanza de El! Suelen los hijos de acá no querer por compañeros hijos adoptivos; ni quiere nadie adoptar sino a quien le falta hijo legítimo. Mas el altísimo Padre, que es *rico en misericordia* (Ef 2,4) teniendo sumo contentamiento de su Hijo legítimo Jesucristo nuestro Señor, quiso dar a los indignos esclavos parte en los bienes que dio a su unigénito Hijo, haciéndolos hijos amados, agradables y herederos: y por darles estos bienes no perdonó a su Hijo, mas entrególo a la muerte por todos (Rom 8,32)»<sup>192</sup>.

Nos dice Ávila que si Dios se abajó hasta juntar la divinidad y la humanidad en una misma Persona, «para darte a entender que pues hubo bondad de Dios, sin ningún merecimiento, [para] levantar aquella humanidad a supositarla en Dios y adornarla de tantas excelencias y gracias, que es hacerlo su Hijo natural, que el que tuvo bondad para esto la terná para levantarte a ti del estiércol, para que seas hijo de Dios por participación; que por eso lo hizo, para que vieses en la cabeza lo que había de pasar en los miembros»<sup>193</sup>, y participásemos de todos sus bienes, como corresponde a hijos de tal Padre.

«Por que tuviésemos muchos bienes, perdió él su dignísima vida en la cruz. Hijo natural es de Dios, y nosotros hijos adoptivos por él; y siendo él *único* Hijo, nos tomó por hermanos, dándonos su Dios por Dios, y su Padre por

Padre, como él lo dijo: *Subo al Padre mío y Padre vuestro; Dios mío y Dios vuestro* (Jn 20,17). Y así como dice San Juan, hablando del mismo Señor: *Vimos la honra de él, como honra de Hijo unigénito* (Jn 1,14); y dice de él *que es lleno de gracia y de verdad*, así la honra y espirituales riquezas de los hijos adoptivos ha de ser como de hijos de un Padre, que es Dios»<sup>194</sup>.

Es voluntad de Dios que «de hijos del pecador Adán sean hechos hijos de Dios y herederos del Padre, juntamente herederos contigo y hermanos tuyos»<sup>195</sup>. Pues así como «el amor del Padre está en Cristo, y Cristo está en los hombres; de manera que en Cristo se juntan Dios Padre y los hombres»<sup>196</sup>. La Encarnación es manifestación de la voluntad misericordiosa de Dios de hacernos hijos suyos<sup>197</sup>.

Si somos hijos, debemos comportarnos como tales<sup>198</sup>. El Padre nos tratará como a su Hijo, pasaremos por la Cruz para gozar en el cielo, donde «parecerá ser merced lo que aquí pareció azote; y estaremos, ellos y nos, con el que nos crió y redimió, alabándole con todas fuerzas y cantándole para siempre sus misericordias»<sup>199</sup>.

### C. *La Pasión y Muerte de Jesucristo*

Comenzamos este apartado contemplando, junto a San Juan de Ávila, el contrasentido de Cristo en la Cruz: el Justo por esencia condenado por el injusto hombre; «la bendición es maldita, para que la maldición sea bendita; es herido el sano, para que sane el enfermo; el Hijo como esclavo tratado, y el mal esclavo es adoptado por hijo; tratan cruelmente al que merece misericordia, y cae el buen tratamiento y regalo sobre quien merece el infierno»<sup>200</sup>. Aquel que vino a salvar al condenado, es condenado por el reo<sup>201</sup>.

Dice San Juan de Ávila que esta entrega en la Cruz es el medio querido por el Padre, y abrazado por Cristo, que busca convertir al hombre no con dureza sino con misericordia. Lo que desde el cielo anunciaba y no entendíamos, ha venido a mostrarlo de este modo en la tierra<sup>202</sup>.

Muestra el Apóstol de Andalucía que Jesucristo, en su humanidad, sufre realmente<sup>203</sup>. No es impasible, sino varón de dolores, nos manifiesta verdaderamente su compasión y nos consuela en nuestras dificultades:

«Siendo Dios inmortal, impasible y tan lejos que de El se haya compasión, pues no puede tener miseria, que viniese a estar tal, que sea mucha razón haber compasión de El. Y, entre otras cosas, hizo ésta por consolar nuestros trabajos,

porque, cuando vemos a uno a quien mucho amamos muy trabajado, olvidamos nuestros trabajos, y si los trabajos que El tiene son para que nos consolemos nosotros en los nuestros»<sup>204</sup>.

Él, que sólo merecía amor, solicitó merced a los hombres y a su Padre, pero le fue denegada para que la justicia se cumpliera y la misericordia se manifestase en plenitud. Quiso Jesús mostrar abundantemente sus sufrimientos para que nuestros corazones se movieran a compunción y, buscando el consuelo en Dios, volvieran al Padre:

«Cierto es haber sido la tristeza de Cristo tanta que bastaba para hacer entristecer de compasión a cualquiera, por mucha alegría que tuviese. Si no, díganlo sus tres amados apóstoles, a los cuales dijo: *Triste es mi ánima hasta la muerte* (Mt 26,38). ¿Qué sintieron sus corazones al sonido de esta palabra? La cual suele, aun a los que de lejos la oyen, lastimar su corazón con agudo cuchillo de compasión. Pues sus azotes, y tormentos, y clavos, y cruz, fueron tan lastimeros que, por duro que uno fuera y los viera, se moviera a compasión. Y aun no sé si los mismos que le atormentaban, viendo su mansedumbre en el sufrir y la crueldad de ellos en el herir, algún rato se compadecían de quien tanto padecía por ellos, aunque ellos no lo sabían»<sup>205</sup>.

En la Cruz la Misericordia divina se manifiesta como omnipotencia: del mayor mal que pudo hacer el hombre, matar al Hijo de Dios, saca los mayores bienes, resucitando multitud de almas de la muerte del pecado a la vida de la gracia<sup>206</sup>.

### C.1. Cristo muere por los pecados de cada hombre

Jesucristo nos tiene tan metidos en sus entrañas de misericordia que para rescatarnos del pecado, «*nos amó y lavó con su sangre de nuestros pecados* (Ap 1,5). Rumiad estas palabras, asentadas en vuestro corazón, y paraos a pensar cuán excesivo y admirable amor es aquel que así arde en el corazón que hace pasar tales cosas de fuera»<sup>207</sup>, hasta derramar su sangre para purificarnos<sup>208</sup>.

Esta gracia es sobreabundante y universal, para todos los hombres. Pero no quiere salvarnos Cristo en general, como género humano, sino que se entrega por cada uno. Aunque hubiera sido necesario morir por un único hombre, Jesucristo no hubiera dudado en entregarse, aunque sólo uno de



nosotros hubiera pecado, como dice Ávila, «que cada uno piense y tenga por cierto que por él particularmente murió, como si no hubiera más que él solo»<sup>209</sup>:

«Pues si quieres saber lo que haces cuando pecas mortalmente, hágote saber que si hasta el punto que tú pecaste no hubiera hombre ninguno pecado, perderías también, como él la perdió, la justicia original y la gracia y la acción a la vida eterna, y fuera menester que Dios se hiciera hombre para salvarte, como lo fue para redimir a todo el linaje humano. Aquí puedes considerar la gran bondad y misericordia de Dios, que, no teniendo necesidad de nosotros, no mirando a la ofensa de nuestros padres ni a las que los hombres le habíamos de hacer, sino por su infinita bondad y misericordia, nos quiso redimir, y no como quiera, sino haciéndose hombre como nosotros. Lo cual fue la Encarnación, que es el principio de nuestra redención y el primero de los misterios de Cristo. El cual por su infinita bondad nos dé a sentir en el alma aquello que ha de ser para su servicio y nuestra salvación»<sup>210</sup>.

En esta cita del *Tratado de la aniquilación* se resume el pensamiento de San Juan de Ávila acerca de la Encarnación. Expresa con gran vivacidad lo que ha padecido Jesucristo para rescatarnos de nuestros pecados. «Por la grandeza del amor que nos tenías, no mirabas tu dolor, sino nuestro remedio; no a tus llagas, sino a la medicina de nuestras ánimas enfermas»<sup>211</sup>. Si no somos conscientes de la gravedad del pecado podemos hacernos una idea de su profunda maldad mirando lo que Cristo padeció, y de lo mucho que aborrece Dios el pecado<sup>212</sup>. Este infinito amor misericordioso ha sido capaz de asumir no sólo las afrentas de los pecados sino las consecuencias de todos ellos<sup>213</sup>.

Busca el Maestro Ávila que cada cristiano sea consciente del castigo que merece. Que fueron nuestros pecados los que clavaron a Cristo en la Cruz. No podemos quedarnos indiferentes. Jesús ha asumido lo que cada uno de nosotros merecíamos. Él muere para que nosotros vivamos de nuevo<sup>214</sup>. Aún ahonda más, Cristo asume todo nuestro mal en sí mismo, se hace siervo de los que le despreciaron. Aquel que no conoce pecado se hace pecado por amor<sup>215</sup>. Dios, en su misericordia, excede nuestra comprensión humana del amor. Está dispuesto a cargar con nuestros excesos, para que no suframos la justicia merecida<sup>216</sup>.

Los méritos de la vida de Jesucristo que nos son asignados son pura gracia, ninguno los merece, nacen de su liberal amor. Nosotros los recibimos gratuitamente, pero a Él no le fue ahorrado nada, «porque si Dios perdona tus pecados, de tu parte, obra de gracia es; empero, de parte de Jesucristo, bien

caro le costó. Si te da la gloria, gracia es para ti; pero a Él le costó, muriendo en un palo con trabajos, la vida»<sup>217</sup>. Como anuncia nuestro autor, en la Cruz nuestros pecados desfiguraron y torturaron visiblemente a Jesús, del mismo modo que esos pecados lo hacen invisiblemente en nuestra alma<sup>218</sup>.

San Juan de Ávila se imagina un hombre que dudase de que se pudieran aplicar a él en particular los méritos de Cristo, y se dijera «Padre, bien sé yo lo mucho que ganó Jesucristo en la cruz; bien sé que remedió allí a todos; bien sé las misericordias que nos ha hecho; pero ¿qué sé yo si querrá El que se particularicen en mí los merecimientos de su pasión? ¿Qué sé yo si seré yo uno de aquellos por quien El se puso en la cruz?»<sup>219</sup>. A éste le contesta que Cristo nos ama a cada uno en particular<sup>220</sup>, y por cada uno murió, «fue su intento librarnos de los pecados pasados, para que, libres de ellos, no volviésemos a la miseria en que antes estábamos; para que, habiéndonos visto en tal mal estado, siendo ya libres de él por la muerte de Jesucristo, huyésemos una enfermedad que no se cura sino con la sangre de Jesucristo»<sup>221</sup>.

Reconozcamos, como nos invita el Doctor Ávila, que nuestros pecados son responsables de los padecimientos que sufrió Cristo<sup>222</sup>. Él murió para matar nuestros pecados. Lo asumió por amor, por amor a cada uno, de modo que viéndole a Él morir por ellos, nosotros nos decidamos a matarlos en nuestra vida<sup>223</sup>. Así, el cristiano se comprometería a corresponder al amor de Cristo y Ávila le diría: acuérdate «del pecado que te consumió y fuego que te tornó ceniza; acuérdate que, para remediar esos males, hizo Dios por ti lo que hizo; para remediar esto vino Dios y El mismo fue abrasado de amor y, hecho cenizado [sic], fue trabajado, sudó, cansó, fue perseguido y afrentado, crucificado por ti»<sup>224</sup>. Ante este amor personal cada uno se siente interpelado<sup>225</sup>. Es tal la misericordia de Dios que si conviniera que estuviera en la Cruz hasta el fin del mundo, allí se quedaría<sup>226</sup>.

Cerramos este epígrafe con la imagen del Buen Pastor, tan del gusto de San Juan de Ávila, con la que Cristo explica cómo es su amor por los hombres. «Veniste, Señor, a buscar la oveja perdida y pusístela sobre tus hombros. Habíamos de decir cómo vino a buscalla el Hijo de Dios, dejando su palacio real y su mesa y la música de su Padre. Quiso venir a donde estaba la oveja perdida, vistiéndose de sus hábitos y tomando sus trabajos»<sup>227</sup>. Así se comporta con cada uno de nosotros, y lo ha ratificado con su pasión y muerte; pues más ama este buen Pastor a las ovejas de lo que ellas mismas lo harán jamás, llegando a dar la vida por ellas<sup>228</sup>.

No se cansa Dios de amar y llenarnos de confianza para que acojamos su misericordia. Espera siempre que correspondamos a su amor. Es el Buen Pastor que camina junto a sus ovejas y las pone sobre sus hombros para que

superen las dificultades del camino<sup>229</sup>. Vino a dar la vida por sus ovejas, a consolarlas y llevarlas a buenos pastos.

«Visitó a sus ovejas, visitó como el pastor que está en medio de ellas, sanando lo enfermo, esforzando lo flaco, guardando lo sano, buscando lo perdido y trayéndolo al rebaño aun *encima de sus propios hombros* (Lc 15,5), y, en fin, dando remedio a sus ovejas de todos los males que les habían venido *en el día de la nube y de la obscuridad* (cfr. Jl 2,2) del pecado original, y también de los mortales y veniales que ellas han hecho, si de ellos piden perdón y hacen penitencia verdadera. Sanólas puesto en medio de ellas, viviendo, y en medio de dos ladrones, muriendo; puesto encima de su cayado, que es la santa cruz, para, como desde lugar alto, mirar mejor por sus ovejas, por las cuales moría»<sup>230</sup>.

## C.2. Jesucristo satisface la justicia del Padre y nos trae la misericordia

Siguiendo con la imagen del Buen Pastor, San Juan de Ávila recuerda que Cristo antes no podía presentar al Padre sus ovejas, pero se entregó por ellas y con su sangre derramada las ha lavado y las presenta al Padre unidas a sí:

«Este justo pastor aquel es el cual dice de sí: *Yo soy buen pastor* (Jn 10,11). El cual también sacerdote. Y, por consiguiente, como dice San Pablo, *ha de ofrecer dones y sacrificios a Dios* (Heb 5,1). Mas, ¿qué ofreciera, que digno fuera? No, por cierto, animales brutos; no hombres pecadores; porque estos más provocarán la ira de Dios que alcanzarán misericordia. [...] Y valió tanto este sacrificio, así por él como por quien le ofrecía, que todo era uno, que los que estábamos apartados de Dios, *como ovejas perdidas* (1 Pe 2,25), fuimos traídos, lavados, santificados, hechos dignos de ser ofrecidos a Dios. No porque nosotros tuviésemos algo digno, mas incorporados en este pastor, siendo ataviados con sus riquezas y rociados con su sangre, somos mirados de Dios por su Cristo»<sup>231</sup>.

Muy elocuente es nuestro Santo en el pasaje que presentamos ahora. Cristo con su muerte en la Cruz, asume el castigo que merecían nuestras faltas, y se presenta ante la Justicia divina para que nosotros recibamos el perdón y la misericordia del Padre<sup>232</sup>. Permite que le den muerte los hombres para dar Él vida a los hombres:

«Es abogado de los que callan; no pudiera estar sin hablar; meterse ha por lanzas por amor de las ánimas; cuánto más hablar. Púsose delante de la justicia de Dios y dijo: “Decienda, Padre, vuestra espada sobre mí y decienda vuestra misericordia sobre los hombres”. ¡Qué hartos quedaron los tres ángeles a que

dio de comer Abraham! Y tanto, que bendijeron a la mujer estéril. Así también hartó y satisfizo Jesucristo a la justicia de Dios. “Descargá, Señor, vuestra justicia sobre mí, porque descargue vuestra misericordia sobre aquellos que lloran sus pecados”»<sup>233</sup>.

Se intercambia el pecador por el justo, el maldito por el bendito, como dice San Pablo, *Cristo fue hecho por nosotros maldición, para que la bendición viniese sobre las gentes* (Gál 3,13). El Padre de airado se tornó en manso y la maldición para el hombre se conmutó en bendición, «pues recibió cosa que más le agradó que todos los pecados del mundo»<sup>234</sup>, y «tomamos nosotros amistad con Dios y el ser hijos suyos y herederos del cielo, con otras mil bendiciones que eran de Jesucristo bendito»<sup>235</sup>. «Sean abrazados con misericordia los que merecían ser condenados y maltratados con la justicia, en esta paga que pagó Jesucristo por nuestros pecados, suficiente y sobrada de lo que merecían»<sup>236</sup>.

Del costado abierto de Cristo, atravesado por la lanza, salió sangre y agua con las se limpiaron nuestros pecados y se placó la Justicia divina. Esta imagen simboliza para el Doctor Ávila la apertura de los cielos para el hombre<sup>237</sup>. Los clavos serían el hilo de su amor que le cosen a la Cruz que devuelve la honra debida al Padre y rescata de la muerte a los pecadores<sup>238</sup>.

De este modo explica el Doctor Ávila que hiriendo al Hijo, que asumió nuestras culpas, ha quedado satisfecha la justicia divina<sup>239</sup>. «Concuerta San Pablo cuando dijo *que Cristo, por virtud de Dios Padre, es hecho nuestra santificación* (cfr. 1 Cor 1,30); porque la que tenemos nos viene de Él y por Él, haciéndonos verdaderamente de sucios limpios, y justos de injustos, quitándonos la inmundicia que teníamos y dándonos la santificación que nos faltaba»<sup>240</sup>.

«Con clamor grande y lágrimas ofreciendo, fue oído por su reverencia (cfr. Heb 5,7). Ofreció el Señor *ruegos* al Padre muchas veces por nosotros. Ofrecióle también en la cruz su propio cuerpo, el cual fue tan atormentado que todo él eran lenguas que daban voces al Padre, pidiendo por nos misericordia (cfr. Lc 23,24). Y por ser sus oraciones con entrañable amor hechas, por ser de persona al Padre tan aceptable, y ser muy oídas y muy eficaces en las orejas del Padre, se llaman *clamor*»<sup>241</sup>.

Nos muestra cómo la misericordia y los méritos de Cristo hacen sordo el grito de nuestras culpas que claman justicia: «no temáis acusadores ni voces, aunque hayáis hecho por qué, pues el inocente cordero fue acusado y con su

callar hizo callar las voces de nuestros pecados»<sup>242</sup>. Ya que comparado con la inmensidad de los pecados de los hombres, «¿puedense numerar los merecimientos de Cristo? No se pueden contar, porque son más que éstos sin comparación. Todos aquellos ofreció Jesucristo a su Padre por nosotros, y por todos aquellos que se quisieren aprovechar de ellos y se quisieren arrepentir de sus pecados y sujetarse a Dios»<sup>243</sup>.

Dice San Juan de Ávila que la vergüenza por los pecados nos pesaba tanto que no podíamos suplicar perdón. Ahora que Cristo ha asumido nuestra culpa e intercede por nosotros ante el Padre<sup>244</sup>, no debemos temer presentarnos ante su santísima justicia<sup>245</sup>.

Nos avisa el Maestro Ávila que, sino se hubiera puesto Cristo entre el Padre y nosotros, no resistiríamos la Justicia de Dios, porque Él «quitó con su amor que donde más mal le hacían, allí estaba más herviente para los salvar; y pagando Él, pudo más su paga para agradar a Dios y alcanzar perdón que nuestros pecados para lo impedir»<sup>246</sup>. Debemos buscar siempre la sombra de Cristo, arrimarnos a Él para que el sol de justicia no nos abraza<sup>247</sup>. Porque la ira de Dios es como un fuego abrasador, pero se ha convertido en fuego de amor<sup>248</sup> que quemó a Cristo en la Cruz como sacrificio expiatorio y propiciatorio<sup>249</sup>.

Por la entrega de Cristo se perdonan los pecados pasados, presentes y futuros<sup>250</sup> y, porque sobreabundó la gracia, «fue tanto lo que alcanzó Jesucristo en sus trabajos, fue tanta la gracia que acerca de su Padre halló, que ya no hay hombre que baste a desagradar a Dios, queriendo él gozar de la medicina. ¡Qué grande hazaña fue alcanzar perdón para todos!»<sup>251</sup>. En efecto, el precio que pagó Cristo en la Cruz fue infinito, su entrega completa, «más pagó de lo que era menester, más pagó de lo que se debía a la Justicia de Dios»<sup>252</sup>.

Descubrimos así que «este Señor, por institución y juramento irrevocable de su Padre eterno, es Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal 109,4), sacerdocio más digno que el de Aarón»<sup>253</sup>. Según lo dispuesto en la alianza «habíamos de ofrecer al Padre un sacrificio digno de alabanza, el cual era las penas y trabajos de Cristo, por el cual habíamos de conseguir misericordia y remedio de nuestras miserias»<sup>254</sup>, pero como el hombre era incapaz, fue el Hijo quien se ofreció a sí mismo como sacrificio por nosotros. Este único sacrificio colma el deseo de perdón y reconciliación que los hombres pudieran buscar en otros modos<sup>255</sup>. Se cumplirá así lo predicho por el profeta Oseas y recogido por Jesús, «misericordia quiero y no sacrificios» (Os 6,6; Mt 9,13)<sup>256</sup>.

Cristo es víctima y, al mismo tiempo, sacerdote que ofrece el sacrificio al Padre. El don del Hijo, en perfecta obediencia al Padre, es sobreabundante, único capaz de llegar al Padre, por eso se entregó<sup>257</sup>. Como nos dice Ávila, en este único sacrificio se aúna todo con Cristo, nuestros pecados, su infinita justicia, su bondad:

«Para dar a entender que lo que se había de ofrecer para quitar los pecados no había de ser cosa que tuviese pecado (cfr. Lev 22,19). Y, porque ninguno estaba sin él, no tenía este grande sacerdote qué ofrecer por los pecados del mundo, sino *a sí mismo, haciendo* hostia al que es sacerdote; y ofrecióse a sí mismo, *limpio*, para limpiar a los sucios (cfr. Heb 9,13-14); *justo*, por justificar los pecadores (cfr. 1 Pe 3,18) agradable y amado, para que fuesen recibidos a gracia los que por sí mismos eran desamados y desagradables. Y valió tanto este sacrificio, así por él como por quien lo ofreció, que todo es uno, que los que estuvimos apartados de Dios, *como ovejas perdidas* (1 Pe 2,25), fuimos traídos, lavados, *santificados* y hechos dignos de ser ofrecidos a Dios (cfr. 1 Cor 6,11). No porque nosotros tuviésemos de nuestra cosecha cosa digna para parecer bien a Dios, mas rociados con la sangre de este pastor, y ataviados con la hermosura de su gracia y justicia, que por el Señor se dan, y encorporados en él, somos lavados de nuestros pecados, mirados de Dios, y agradables a él, como sacrificio ofrecido por este sumo sacerdote y pastor»<sup>258</sup>.

Por la sangre derramada de Cristo, sacerdote y víctima, nos llega el perdón y limpieza<sup>259</sup>. Esta sangre implora al Padre misericordia y perdón: «es grande el clamor de la sangre de Cristo, pidiendo misericordia, pues hizo no ser oídas las voces de los pecados del mundo»<sup>260</sup>, haciendo callar la sangre de Abel que clamaba venganza a la justicia divina<sup>261</sup>. De este modo, nos recuerda Ávila, ha quedado sellada en la Cruz la Nueva Alianza, símbolo de la eterna reconciliación con Dios, muestra de su misericordia<sup>262</sup>. Se inaugura un nuevo modo de relación, un vínculo casi familiar<sup>263</sup>.

Por este motivo aconseja el Maestro Ávila que nos cobijemos siempre en Cristo, y por Él nos presentemos al Padre, ya que «Él ruega por ti al Padre; y no solamente es tu enseñador, mas antes es tu excusador. Rogándole El, ¿cómo le dirá de no? Recibiéndote El, ¿cómo te desechará?»<sup>264</sup>. Además fuera de Cristo no podremos resistir la mirada del Padre<sup>265</sup>, sólo unidos a Él sus ojos serán misericordiosos<sup>266</sup>.

Explica el Santo Ávila que, si nos unimos a Cristo, si tenemos su mismo Espíritu, nos irá transformado por su misericordia mediante sus sacramentos,

y no pereceremos ante la justicia de Dios<sup>267</sup>, pues los pecados que ya han sido castigados en el Hijo no volverán a sernos imputados:

«Pues Dios nos perdona, ¿qué aprovecha que el demonio dé voces, pidiendo justicia? Ya una vez fue hecha justicia de todos los pecados del mundo; la cual cayó sobre el inocente cordero, que es Jesucristo, para que todo culpado que quisiese llegar a él sea perdonado. Pues ¿qué justicia sería castigar otra vez los pecados del penitente con infierno, pues ya una vez fueron suficientemente castigados en Jesucristo? Él nos es dado por la infinita misericordia del Padre, y en él tenemos todas las cosas; porque, en comparación de tal persona divina, como es el Hijo, ¿qué es todo lo demás sino menos que él?»<sup>268</sup>

Podemos decir junto a San Juan de Ávila que ahora «la mirada del Padre hacia nosotros es mirada de misericordia, porque pasa por la faz, las llagas y toda la pasión de Cristo»<sup>269</sup>, y aparta sus ojos de nuestros pecados: «en todas tus oraciones y tentaciones toma a este Señor por escudo y ponlo entre ti y Dios, y represéntalo ante él, diciendo: *Ecce homo. He aquí*, Señor Dios mío, *el hombre* que tú buscabas tantos años ha para que se pusiese de por medio entre ti y los pecadores. *He aquí el hombre* tan justo como a tu bondad convenía y tan justiciado cuanto nuestra culpa demandaba»<sup>270</sup>.

Lo mismo que Dios dijo a Noé que mirase al arco iris en señal de su amistad y que no inundaría más la tierra, así Dios mirando a su Hijo con sus brazos extendidos en la Cruz, se acuerda de su misericordia<sup>271</sup> y nos regala su bendición en lugar de castigo<sup>272</sup>. Esa mirada misericordiosa del Padre hacia nosotros por medio de Cristo, arco de paz entre el cielo y la tierra, estimula nuestra confianza<sup>273</sup>. En el cielo se interpone entre el Padre y los hombres, de modo que no nos aborrezca al mirar nuestras miserias, sino que venza el amor de Cristo por nosotros, pues estamos unidos a Él con fuerte «nudo de amor»<sup>274</sup>.

### C.3. Esperanza y alegría en la Cruz de Cristo

Predica nuestro autor que quien se sienta atribulado debe mirar a Cristo, conocer su bondad y encontrar allí su consuelo, pues Él se aflige para que nosotros estemos aliviados<sup>275</sup>. Si desconfiábamos de la misericordia de Dios, la Cruz es el gran testimonio para que nunca dudemos y conozcamos su profundo amor por nosotros<sup>276</sup>.

Con gran fuerza predica el Santo Ávila que la Pasión no fue para Cristo día de tristeza sino de gran alegría<sup>277</sup>. Con su misericordia ha dado sentido al sufrimiento, ha sacado salvación del padecimiento. Pese a los terribles dolores,

tanto deseaba el bien del hombre, que todo se convirtió en motivo de gozo, pues nos liberaba de la esclavitud del pecado y de los males que nos impedían amar a Dios:

«Vino vuestro día, penoso por una parte, mas muy gozoso por otra, en el cual hicistes la mayor hazaña que nunca fue hecha, pues ejercitastes la mayor obra de amor y con mayor amor que en el mundo se ha visto ni se verá, muriendo por vuestros esclavos, no buenos, sino traidores»<sup>278</sup>.

Mucho desea Cristo comunicar su amor para que arda en nuestras almas. Por eso se alegra en la cruz, conociendo la transformación que obrará en nosotros su amor misericordioso:

«¿Y de qué se alegra tu corazón en el día de tus trabajos? ¿De qué te alegras entre los azotes, y clavos, y deshonras y muerte? ¿Por ventura no te lastiman? Lastimante, cierto, y más a ti que a otro ninguno, pues tu complexión era más delicada. Mas, porque te lastiman más nuestras lástimas, quieres tú sufrir de muy buena gana las tuyas, porque con aquellos dolores quitabas los nuestros. Tú eres el que dijiste a tus amados apóstoles poco antes de la pasión: *Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes que padezca* (Lc 22,15). Y tú eres el que antes dijiste: *Fuego vine a traer a la tierra, ¿qué quiero sino que se encienda? Con bautismo tengo de ser bautizado, ¿cómo vivo en estrechura hasta que se ponga en efecto!* (Lc 12,49-50). El fuego de amor de ti, que en nosotros quieres que arda hasta encendernos, abrasarnos y quemarnos lo que somos, y transformarnos en ti, tú lo soplas con las mercedes que en tu vida nos heciste, y lo haces arder con la muerte que por nosotros pasaste. ¿Y quién hubiera que te amara, si tú no murieras de amor por dar vida a los que, por no amarte, están muertos?»<sup>279</sup>

La misericordia ha puesto un límite al pecado y lo ha consumido en el fuego de amor. Ahonda en esta idea el Maestro Ávila, haciendo hincapié en que más se deleitaba y amaba Cristo cuanto más se cumplía aquello por lo que sufría en la Cruz: Dios sacaba tanto bien como mal había provocado el hombre, mostrando así su misericordia:

«De manera que más amaste que sufriste, y más pudo tu amor que el desamor de los sayones que te atormentaban. Y por esto quedó vencedor tu amor, y como llama viva, *no la pudieron apagar los ríos grandes* (cfr. Cant 8,7) y muchas pasiones que contra ti vinieron. Por lo cual, aunque los tormentos te daban tristeza y dolor muy de verdad, tu amor se holgaba del bien que de allí nos



venía. Y por eso se llama *día de alegría de tu corazón*. Y a este día vio Abrahán, y gozóse (cfr. Jn 8,56), no porque le faltase compasión de tantos dolores, mas porque veía que el mundo y él habían de ser redemidos por ellos»<sup>280</sup>.

Muy sugerente es la idea que expone en un sermón San Juan de Ávila: más padecería Cristo por el hombre, si fuera necesario, tanto es el amor que nos tiene como gozo por el bien que nos hace<sup>281</sup>. El hombre que medita estas verdades confía en la misericordia de Dios, seguro que no revocará nunca su disposición amorosa por nosotros pues si, cuando éramos pecadores, nos ganó la amistad con Dios (cfr. Rom 5,10), ahora que –si nuestros pecados no estorban la misericordia– hemos sido incorporados a Cristo y somos amigos de Dios, que para eso murió, para hacernos amigos suyos, como nos dice Ávila<sup>282</sup>. Con estas muestras y deseos que descubrimos en Cristo, ¿cómo nos abandonará en nuestras dificultades? Su misericordia es eterna, si fue capaz del más lo será del menos<sup>283</sup>.

Se pregunta el Maestro Ávila «¿por qué desesperas, hombre, teniendo por remedio y por paga a Dios humanado, cuyo merecimiento es infinito? Y, muriendo, mató nuestros pecados, mucho mejor que, muriendo Sansón, murieron los filisteos (cfr. Jue 16,30). Y, aunque tantos hobieses hecho tú como el mismo demonio, que te trae a desesperación, debes esforzarte en Cristo»<sup>284</sup>. De modo que, si Cristo fue capaz de llegar al extremo de dar su vida por cada hombre, estamos seguros que no abandonará a nadie en el camino de la vida. Aunque desconfiemos de nosotros, podemos levantar la mirada a Jesús en la Cruz y esperar en su misericordia<sup>285</sup>.

Predica constantemente San Juan de Ávila que la Cruz es un signo de esperanza para el atribulado, una garantía de la misericordia divina<sup>286</sup>. Mayor milagro es ver a Cristo en la Cruz que a nosotros en el cielo. Si fue capaz de entregarse en la Cruz, qué no hará ahora para ganarnos con su amor<sup>287</sup>. Las manos abiertas de Cristo en la cruz desbordan de bienes, todos sus padecimientos son para nuestra salud:

«Padre, ya que me lleve, castigarme ha y darme ha con ello al mejor tiempo en rostro, porque esté más seguro. No lo creas, hermano; vete con El, que más puede su misericordia y los trabajos que El pasó por ti para agradar a Dios Padre que tus culpas para desagradalo. Mira que las manos tiene horadadas. Si temías de ponerte en sus manos duras y ásperas, no temas, que blandas y rotas las tiene por amor de ti. Mira que corona de espinas tiene por pagar tu locura. Acostado está por pagar los deleites de tu mala carne. Pies y manos clavados, por pagar tus malas obras y pasos. Abierto tiene el corazón para curar y sanar tu hinchazón»<sup>288</sup>.

#### C.4. Cristo en la Cruz muestra su amor infinito

Aunque eran incontables los desamores de los hombres, mucho mayores son los méritos de Cristo e inmensamente agradables al Padre<sup>289</sup>. No eran los clavos lo que mantenían a Cristo atado a la cruz sino su amor<sup>290</sup>, tan abundante que todo lo que padeció no era más que una pobre señal del tesoro de misericordia que esconde el fuego abrasador de sus entrañas. La naturaleza humana de Jesús, la muerte, puso límite a lo que estaba dispuesto a hacer por amor. Leamos cómo lo expresa San Juan de Ávila en su *Tratado del amor de Dios*.

«Tanto arda este fuego ni hasta dónde llegue su virtud. No es el término hasta donde llegue solamente la muerte y la cruz; porque si, como le mandaron padecer una muerte, le mandarían millares de muertes, para todo tenía amor (cfr. Jn 3,17). Y si lo que le mandaron hacer por la salud de todos los hombres, le mandarían hacer por cada uno de ellos, así lo hiciera por cada uno como por todos. Y si, como estuvo aquella[s] tres horas penando en la cruz, fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo, si nos fuera necesario. De manera que mucho más amó que padeció; muy mayor amor le quedaba encerrado en las entrañas de lo que nos mostró acá de fuera en sus llagas. [...] ¡Oh Amor divino, cuánto mayor eres de lo que pareces por acá defuera! Porque tantas llagas y tantos azotes y heridas, sin duda nos predicán amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayores por de dentro de lo que por defuera parece»<sup>291</sup>.

Todo esto padeció por aquellos que lo amarían y también por quienes le devolverían ingratitud<sup>292</sup>. Por eso exclama Ávila: «¡Oh divina bondad, y hasta dónde llegas! Espantémonos que, estando en la cruz, rogaste por quien en ella te puso, y deseaste el bien de quien tantos males te hacía. Yo digo que no sólo con aquellos te mostraste benigno, mas con todos los del mundo hiciste lo que con aquéllos»<sup>293</sup>.

Sigue San Juan de Ávila considerando que nada se ahorra Cristo en su Pasión, «era tan grande el deseo de verte teñido en tu sangre por nosotros, que cada hora que esto se dilataba te parecía mil años, por la grandeza del amor»<sup>294</sup>. Estaba dispuesto a sufrir sin límites por sus criaturas<sup>295</sup>. Se consumió su cuerpo por el fuego de su amor, pero no menguó y, aunque su corazón de carne no puede crecer más, después se extiende absolutamente<sup>296</sup>.

La Cruz, patíbulo de Cristo, podía manifestar sólo el dolor del Dios hecho hombre<sup>297</sup>, que sufre por nuestra culpa, pero San Juan de Ávila quiere que miremos más allá<sup>298</sup>. Aunque no podamos contemplar la belleza del rostro de Jesús,

sí podemos descubrir el amor de Dios en sus llagas y heridas<sup>299</sup>. Aunque no alcanzamos a comprender plenamente este despliegue amoroso<sup>300</sup>, el más grande que podría darse, no es comparable al inmenso *piélago* de su misericordia:

«¡Oh Amor divino, cuánto mayor eres de lo que pareces por acá defuera! Porque tantas llagas y tantos azotes y heridas, sin duda nos predicán amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es por de dentro de lo que por defuera parece. Centella es ésta que sale de fuego, rama es ésta que procede de ese árbol, arroyo que nace de ese piélago de inmenso amor. Esta es la mayor señal que puede haber de amor, *poner la vida por sus amigos* (cfr. Jn 15,13); mas es señal y no igualdad»<sup>301</sup>.

La Cruz se ha convertido en recuerdo perenne del amor de Cristo<sup>302</sup>. Dios no se «arrepiente» de sus acciones misericordiosas, de lo que ha sufrido por nosotros. En su cuerpo han quedado las señales de la pasión para que no tengamos ninguna duda de su amor por nosotros. Nos invita el Doctor Ávila a contemplar a Jesús en la Cruz, escuela de amor, y mover nuestro corazón para penetrar en ese abismo de misericordia. Vía privilegiada es el costado abierto<sup>303</sup>, por el que alcanzamos el corazón de Cristo:

«No solamente la cruz, mas la mesma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente a amor; la cabeza tienes inclinada, para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados, siendo tú el ofendido; los brazos tendidos, para abrazarnos; las manos agujereadas, para darnos tus bienes; el costado abierto, para recibirnos en tus entrañas; los pies enclavados, para esperarnos y para nunca te poder apartar de nosotros. De manera que mirándote, Señor, todo me convida a amor: el madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo; y, sobre todo, el amor interior me da voces que te ame y que nunca te olvide de mi corazón»<sup>304</sup>.

Quiere San Juan de Ávila que los cristianos encuentren en las llagas de Cristo refugio ante nuestras caídas, manifestación y prueba irrefutable de su amor: «meteos en las llagas de Cristo, que allí dice Él que mora su paloma, que es el ánima que en simpleza le busca»<sup>305</sup>. Son remedio para los propios males, fuente inagotable de misericordia ante nuestras miserias.

Con gran fuerza escribe que Dios no pudiendo castigar al hombre, se castiga a sí mismo. Hasta ese extremo es capaz de llegar por apartarnos del mal, por movernos a compasión y hacernos cambiar de vida<sup>306</sup>. Porque después de mirar al Crucificado cada pecado supone no sólo una mal para nosotros, sino ingratitud y crueldad con Cristo<sup>307</sup>.

Este amor misericordioso también remedia nuestra soberbia, nos recuerda San Juan de Ávila, que fue la causa por la que cerramos el corazón a Dios. La humillación de Cristo ablanda nuestro corazón porque contemplamos a nuestro benefactor padecer tanto y que nada se ahorra para salvarnos<sup>308</sup>.

En resumen, aunque toda la vida de Cristo es manifestación de su misericordia, en la Cruz se expresa de modo sublime<sup>309</sup>, para que el hombre se mueva al amor de Dios, confíe en Él y amándole se convierta:

«Amando cuanto se puede amar, y este mismo amor tenía a los hombres cuando caminaba y cuando descansaba, cuando comía y cuando ayunaba; y no amó más a los hombres cuando estaba muriendo en la cruz por amor de ellos que cuando estaba comiendo o durmiendo. Con tanto amor daba un paso por ellos, cuanto dio la vida por ellos. Y de aquí es que, si se mira a lo que el Señor merecía y amaba y a lo que hacía, cualquier obra suya merecía nuestro rescate y nos merecía la gracia. Mas ordenó Dios que, aunque una obra bastara, y a *fortiori* muchas, todavía muriese y con su muerte nos rescatase, para que, siéndole a Él el rescate más costoso, nos declarase más su amor, y más le amásemos nosotros, y amándole fuésemos salvos»<sup>310</sup>.

#### D. *El corazón misericordioso de Cristo*

Hemos considerado de la mano de San Juan de Ávila el infinito amor que Jesucristo ha mostrado hacia los hombres, «tan grande fue ese amor que nos tuvo ese Hijo que nos diste. No hay lengua que lo pueda explicar, porque, como San Pablo dice, *la caridad de Cristo excede todo conocimiento y sentido* (Ef 3,19), aunque sea el de los ángeles, porque todos no lo alcanzarán a conocer»<sup>311</sup>.

Por ganar nuestro amor, llora Cristo para que nosotros riamos, padece para que nosotros descansemos, derrama su sangre para que nos lavemos con ella y, en todo y por todo, tenía un vivísimo deseo de manifestar su misericordia, aun a costa de su vida<sup>312</sup>. Nos invita ahora a entrar más en su corazón:

«¡Oh, si vieses aquellas entrañas de Jesucristo nuestro Señor cuáles andan encendidas y abrasadas en el amor de los hombres, y aquel real corazón tan amoroso para ti y por ti, que, si fuese menester que lo azotasen, y coronasen, y le pusiesen otra vez en la cruz por ti, de muy buena gana lo haría por ti, como lo hizo el Viernes Santo!»<sup>313</sup>

Sabemos que sus obras son una pequeña manifestación del gran amor que arde en sus entrañas. Pone el Maestro Ávila en boca del mismo Jesucristo: «no sintáis de mí humanamente, según vuestro parecer, mas viva fe con amor; no por las señales de fuera, mas por el corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no pongáis duda en ser amados en cuando es de mi parte, pues veis tales obras de amor de fuera y corazón tan herido con lanza y más herido de vuestro amor por dentro»<sup>314</sup>.

San Juan de Ávila nos ha mostrado cómo sufre y gime el corazón de Cristo, porque conoce el horror del pecado y a los hombres perdidos<sup>315</sup>. Anhelaba tanto Jesucristo la satisfacción de la honra divina y nuestro remedio que no duda entregarse al suplicio de la Cruz<sup>316</sup>. En su corazón abierto descubrimos también las entrañas misericordiosas del Padre<sup>317</sup>, que se abrasan en deseo de remediar a los miserables, aunque supongan la vida del Hijo<sup>318</sup>.

Dice el Doctor Ávila que Dios tiene entrañas de misericordia y al contemplar al hombre, ingrato y miserable, le abre su corazón amoroso para que se adentre en él y conozca su belleza<sup>319</sup>.

«Gemid más, y pedid al Señor con mayor humildad que no permita su misericordia que quedéis vos enferma, pues él, siendo Dios, padeció y murió para sanaros. Y tened esperanza que no se hará sordo el que manda que le llaméis; y que no terná crueles entrañas para veros enferma y dar voces a la puerta del hospital de su misericordia, que son sus llagas, y que un día o otro no os meta en ellas para curaros»<sup>320</sup>.

No cesa de llamar el Maestro Ávila a la confianza en la misericordia de Cristo. Él ha venido a buscar a las ovejas perdidas, a sanar los enfermos. Es el lugar más seguro: «cuando el diablo me pone acechanzas, huyo a las entrañas de misericordia de mi Señor»<sup>321</sup>.

«Tenía Cristo tan fervientes entrañas de misericordia para los pecadores que venían a Él a pedille perdón de sus pecados. [...] Venían a Él como padre piadoso, que habían de curar sus llagas. [...] Que somos ovejas perdidas, vámonos a Jesucristo, confiemos de su misericordia que nos recibirá; pongámonos en sus manos llenas de caridad, y creo que, si tuviésemos confianza y sintiésemos bien de la misericordia de Dios, no se perderían tantos como se pierden»<sup>322</sup>.

Cuando el Maestro Ávila compara a Cristo con el buen samaritano, nos recuerda que, cuando nos perdona los pecados y nos sana, no sólo nos lleva sobre sus hombros sino dentro de Él, en su corazón, para seguir cuidando de

nosotros, pues mayor es su amor dentro que lo que parece por fuera<sup>323</sup>. Él cargó con nuestras culpas:

«Dejad vuestras malas cargas de pecados, que os abajan hasta el infierno; dejad vuestros superfluos y demasiados cuidados llenos de congoja, para que vuestra ánima pueda correr los caminos de Dios. Y si no sabéis dónde echar cargas tan pesadas ni conocéis quien os tenga tanto amor que os quiera descargar de ellas, anúncioos, no con engaño, sino con verdad, y verdad de Dios, que está allí un Señor de hombros tan fuertes, que podrá llevar sobre sí el peso de vuestros pecados, y ya lo ha llevado; que es de tanta sabiduría, que de los negocios que vosotros cuidáis, y no acertáis, y que más os enlazan mientras más pensáis libertaros, El los tomará a su cargo, lo solicitará y dará mejor suceso que vosotros podéis pensar ni aun desear. Y sabed que este Señor tan fuerte en sus hombros, de tan sabia cabeza, es tan amoroso y tierno en el corazón, que iguala la liberalidad con la riqueza y el amor con el poder y saber según de El está escrito: *Según la grandeza de El, así es su misericordia* (Eclo 2,23)»<sup>324</sup>.



---

## Notas

1. «Él se llama *El que es* (cfr. Ex 3,13-14). Y porque todo lo bueno es por su bondad, y sin ello nada sería todo bueno tiene de Él la bondad, por tanto se dice: *Nemo bonus nisi solus Deus* (Lc 18,19; Mc 10,18). Él solo es bueno por su esencia, y todo lo otro no tiene la bondad sino de El». *Sermón* 21, 10; III, 260.
2. Cfr. *Audi, filia* (II), 31, 2; I, 606.
3. Cfr. *Audi, filia* (II), 39, 2; I, 619.
4. Cfr. *Lecciones sobre 1 San Juan* (I) 3, 263; II, 125.
5. «Toda la gloria esencial ¡qué maravillosa! que tiene Dios, es su mismo ser, de arte que ser Él trino en persona y uno en esencia son todos sus placeres y regocijos, que, aunque nada hubiera criado, no por eso hubiera perdido de esta infinita y admirable gloria un solo punto. Hemos luego de pensar que Dios es sumo mar infinito de gloria en sí, y que aquellas tres personas divinas se están infinitamente amando por una manera incomprendible a nosotros, y que esto es toda su gloria, que tiene desde antes de los siglos y terná para siempre, sin haber aumentado ni disminuido una migaja, porque dice El mismo: *Yo Dios, y no me mudo* (Mal 3,6)». *Carta* 222, 354; IV, 706-707.
6. *Lecciones sobre 1 San Juan* (I) 3, 248; II, 124; cfr. *Carta* 50, 14; IV, 249.
7. «Así como a uno que mucho sabe le llaman *Sabiduría*, así a Él le llaman *Amor*, sólo porque, según Dios, le tiene mayor que se puede pensar. Sepan todos que nuestro *Dios es amor* y que sus deseos son amar y ser amado, sin buscar propio interés». *Sermón* 50, 2-3; III, 643-644.
8. Cfr. KASPER, W., *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Santander: Sal Terrae, 2012, 96.
9. Cfr. *Audi, filia* (II), 39, 3; I, 620.
10. *Audi, filia* (II), 39, 3; I, 619.
11. RÍO MARTÍN, J. DEL, *Santidad y pecado en la Iglesia. Hacia una eclesiología de San Juan de Ávila*, Madrid: BAC, 2015, 12.
12. Cfr. *Audi, filia* (II), 39, 3; I, 620.
13. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ M<sup>a</sup>. E., *San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia universal: Súplicas-«Informatio» de la Causa del Doctorado*, Madrid: BAC, 2012, 304.
14. *Carta* 90, 156; IV, 380.
15. «Fuego de amor infinito es El, y cuanto uno más se llegare a El, más encendido estará y más semejable en el amor». *Sermón* 50, 1; III, 182.
16. *Carta* 61, 42; IV, 277.
17. *Sermón* 50, 1; III, 643; cfr. *Carta* 64, 114; IV, 287.
18. *Carta* 93, 34; IV, 393.
19. *Sermón* 76, 1; III, 1027.
20. *Carta* 158, 66; IV, 545.
21. Cfr. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>. E., *San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia universal*, 305.



22. *Sermón* 53, 24; III, 696.
23. Cfr. *Sermón* 19, 5; III, 243.
24. *Sermón* 33, 6; III, 409.
25. *Carta* 18, 128; IV, 113-114.
26. Cfr. *Sermón* 34, 3; III, 418.
27. Cfr. GARCÍA MATEO, R., *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, Salamanca: Edici, 2011, 47-48.
28. «*La Palabra estaba cerca del Padre* (cfr. Jn 1,1). La Palabra del Padre su Hijo es, engendrado eternalmente de El. *Y como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo* (Jn 5,26). Porque, aunque las personas sean diferentes, la esencia una es; y esta esencia, que está en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, cosa viva es, la misma Vida es, de la cual y por la cual viven las divinas personas; vida la más excelente de las vidas». *Sermón* 55, 1; III, 715.
29. Cfr. *Sermón* 50, 1; III, 643.
30. DÍAZ LORITE, F. J., *La misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, 14.
31. Cfr. *Sermón* 34, 3; III, 417.
32. Cfr. *Tratado del Amor de Dios* 1, 11; I, 951.
33. Cfr. *Sermón* 69, 40; III, 945.
34. *Carta* 41, 62; IV, 216.
35. Cfr. *Sermón* 55, 3; III, 716.
36. *Audi, filia* (II), 41, 4; I, 623.
37. Cfr. GARCÍA MATEO, R., *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, 58.
38. Cfr. *Audi, filia* (II), 80, 3; I, 710.
39. *Carta* 37, 33; IV, 197.
40. *Sermón* 7, 15; III, 109.
41. Cfr. *Sermón* 53, 4; III, 687; cfr. *Sermón* 34, 15; III, 422.
42. *Audi, filia* (II), 80, 2; I, 710.
43. *Sermón* 64, 1; III, 855.
44. *Sermón* 76, 1; III, 1027
45. *Sermón* 76; III, 1027, es el lema de uno de sus sermones.
46. *Sermón* 56, 1; III, 748; cfr. *Carta* 29, 27; IV, 175.
47. *Apéndice: Siete nuevos escritos*, II, 2; II, 1026.
48. Cfr. *Audi, filia* (II), 66, 1; I, 675.
49. *Carta* 236, 138; IV, 755.
50. *Sermón* 7, 16; III, 110.
51. *Sermón* 9, 17; III, 135.
52. Cfr. *Audi, filia* (II), 87, 5; I, 729.
53. Cfr. *Lecciones sobre 1 San Juan* (I) 10, 253; II, 186.
54. *Carta* 14, 37; IV, 104.
55. *Audi, filia* (I), III, 38; I, 494.
56. Cfr. *Sermón* 57, 12; III, 772.
57. *Carta* 85[2], 234; IV, 360.
58. *Carta* 14, 26; IV, 103.
59. *Audi, filia* (I), III, 38; I, 494.
60. *Sermón* 28, 4; III, 335.
61. *Sermón* 37, 15; III, 494.
62. *Sermón* 7, 21; III, 111.
63. Cfr. *Sermón* 45, 6; III, 595; cfr. *Sermón* 29, 6; III, 352.
64. ESQUERDA BIFET, J., *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila*, 179.
65. *Lecciones sobre 1 San Juan* (I) 3, 28; II, 118.
66. Cfr. *Sermón* 29, 5; III, 352.

67. «La infinita fecundidad del eterno Padre se proyecta más allá de la vida intratrinitaria para ser principio de todo lo creado». GARCÍA MATEO, R., *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, 63.
68. Cfr. GARCÍA MATEO, R., *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, 69.
69. Cfr. GONZÁLEZ RODRIGUEZ, M<sup>a</sup>. E., *San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia universal*, 307-308.
70. Cfr. *Sermón* 32, 4; III, 388.
71. Cfr. *Sermón* 32, 5; III, 388.
72. «En pecando el hombre, en quebrantando el mandamiento de Dios, luego quedó, la gracia que tenía, perdida; y esto que resplandecía en ellos, quedó en grandísima manera estragado; el entendimiento quedó ciego, perdió el conocimiento que tenía de Dios, y la voluntad tuerta, la cual Dios había dado al hombre para que a sólo Él amase, y todo lo que amase fuese por Él; ya no sabe el hombre amar a Dios por solamente Dios, sino por su interés. Si ama al prójimo, no por Dios, sino por su gusto. Si antes estaba la carne mortificada y sujeta, ahora está rebelde y tira coces; y yéndose Dios del hombre, quedaron los desventurados tales, que es lástima pensarlos; y yéndose la claridad, quedaron a oscuras». *Sermón* 29, 6; III, 352-353; cfr. *Sermón* 32, 6; III, 389.
73. Cfr. *Sermón* 45, 9; III, 596.
74. Cfr. *Sermón* 52, 3; III, 673.
75. Cfr. *Sermón* 29, 7; III, 353.
76. Cfr. *Sermón* 77, 4; III, 1038.
77. *Carta* 18, 73; IV, 112.
78. Cfr. DÍAZ LORITE, F. J., *La misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, 17.
79. *Audi, filia* (II), 21, 1; I, 581.
80. *Audi, filia* (II), 86, 1; I, 725.
81. *Sermón* 21, 10; III, 260.
82. *Lecciones sobre la Epístola a los Gálatas*, 1, 13; II, 38.
83. *Sermón* 57, 6; III, 769.
84. Cfr. *Sermón* 44, 11; III, 590.
85. Cfr. *Sermón* 32, 11; III, 391.
86. *Sermón* 30, 7; III, 365.
87. *Audi, filia* (I), I, 63-64; I, 435.
88. Cfr. *Audi, filia* (I), VI, 1; I, 514.
89. *Carta* 56, 59; IV, 264.
90. *Sermón* 34, 2; III, 417.
91. Cfr. *Sermón* 34, 4-5; III, 418.
92. Cfr. *Carta* 41, 53; IV, 216.
93. *Sermón* 52, 5; III, 674.
94. *Lecciones sobre la Epístola a los Gálatas*, 3, 32; II, 70.
95. Cfr. *Carta* 86, 35; IV, 367.
96. «El Padre nos ama en su Hijo; el amor de Dios, manifestado en Cristo, es el centro de la vivencia del Maestro Ávila». LÓPEZ SANTIDRIÁN, S., «Tres hitos en el movimiento de la *Divina Misericordia*: Sta. Faustina Kowalska, M<sup>a</sup> Teresa Desandais y S. Juan de Ávila», 294.
97. Cfr. *Sermón* 32, 12; III, 391.
98. «Cata, pues, aquí, oh ánima mía!, la causa de este amor tan grande. Tanto más quema el resplandor del sol cuanto son mayores los rayos que le hacen reverberar. Los rayos del fuego de este Sol divino derechos iban a dar al corazón de Dios; de allí reverberan sobre los hombres. Pues si los rayos son tan recios, ¿qué tanto quemará su resplandor?». *Tratado del Amor de Dios* 6, 234; I, 961.
99. *Tratado del Amor de Dios* 6, 227; I, 961.
100. *Carta* 18, 142; IV, 114.
101. *Carta* 86, 51; IV, 367.

102. Cfr. *Tratado del Amor de Dios* 4, 139; I, 957.
103. Cfr. *Carta* 93, 21; IV, 393.
104. *Audi, filia* (II), 87, 5; I, 729; cfr. Mc 6,34 Jesús, se apiada de quienes andan como ovejas sin pastor.
105. *Sermón* 34, 8; III, 419.
106. Cfr. *Audi, filia* (II), 87, 5; I, 728.
107. Cfr. DÍAZ LORITE, F. J., *La misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, 29.
108. Cfr. *Carta* 139, 32; IV, 486.
109. Cfr. GARCÍA MATEO, R., *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, 74.
110. *Sermón* 34, 1; III, 417.
111. «Para nuestro autor el amor no es sólo como un atributo de la Divinidad, sino que ante todo es su nota esencial y comprensiva, suficientemente capaz para unificar a todas las restantes, siendo su lazo, su origen y su término, su raíz y su ápice. Por ello, todo cuanto realiza el Dios operantem, creador y salvador, procede de su mismo ser íntimo, en definitiva, de su Misterio de amor». RÍO MARTÍN, J. DEL, *Santidad y pecado en la Iglesia*, 4.
112. Cfr. FERNÁNDEZ CORDERO, M. J., *Juan de Ávila (1499?-1569). Tiempo, vida y espiritualidad*, 683.
113. *Tratado del amor de Dios* 12, 436; I, 971.
114. *Audi, filia* (II), 87, 4; I, 728.
115. Cfr. DÍAZ LORITE, F. J., *La misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, 20.
116. «En la teología avilista, siendo fiel a su cristocentrismo dominante, el punto central de la revelación del amor infinito de Dios es el misterio de Cristo. Para Ávila sólo el Unigénito del Padre que descendió del seno amoroso de la comunidad trinitaria es la ‘señal’ por excelencia que nos habla del amor que es Dios y del amor que tiene al hombre» RÍO MARTÍN, J. DEL, *Santidad y pecado en la Iglesia*, 13.
117. FRANCISCO, *Misericordiae vultus*, n.1.
118. *Carta* 44, 190; IV, 229.
119. Cfr. *Sermón* 34, 6; III, 419.
120. *Sermón* 76, 2; III, 1027.
121. *Dialogus inter confessarium et paenitentem* 9; II, 773.
122. Cfr. ÉSQUERDA BIFET, J., *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila*, 193.
123. Cfr. RÍO MARTÍN, J. DEL, *Santidad y pecado en la Iglesia*, 29.
124. Cfr. GARCÍA MATEO, R., *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, 94.
125. *Sermón* 34, 24; III, 425.
126. Cfr. *Sermón* 22, 15; III, 270.
127. Cfr. *Lecciones sobre 1 San Juan (I)* 23, 53; II, 319.
128. Cfr. *Audi, filia* (I), II, 46; I, 459; cfr. *Carta* 11, 273; IV, 65.
129. Cfr. KASPER, W., *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, 121.
130. «En el kerygma apostólico está claramente expresado el significado salvífico de la muerte de Jesús: “Cristo murió por nuestros pecados” (1 Cor 15,3). Juan de Ávila lo entiende como apertura del corazón de Dios y como entrada, en el seno del corazón del Padre, Hijo y Espíritu Santo». MÜLLER, G. L., «La pasión redentora de Cristo en el *Tratado del amor de Dios*», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, 600.
131. BENEDICTO XVI, *Spe Salvi*, 30 de noviembre de 2007, n. 39, «Acta Apostolicae Sedis», vol. XCIX, nº12, 985-1027.
132. Cfr. *Lecciones sobre 1 San Juan (I)* 8, 193; II, 171.
133. Cfr. *Carta* 81, 25; IV, 338.
134. Cfr. *Audi, filia* (I), II, 41; I, 455.
135. *Carta* 237, 48; IV, 764.
136. Cfr. *Sermón* 3, 29; III, 62.
137. *Sermón* 37, 36; III, 503.

138. *Sermón* 22, 18; III, 271.
139. Cfr. *Audi, filia* (II), 40, 1-2; I, 620.
140. Cfr. *Sermón* 22, 18; III, 271-272.
141. *Sermón* 22, 19; III, 272.
142. Cfr. *Lecciones sobre 1 San Juan* (I) 11, 143; II, 197.
143. Cfr. *Carta* 56, 49; IV, 264.
144. *Carta* 100, 24; IV, 410.
145. *Tratado del amor de Dios* 3, 53; I, 953.
146. *Carta* 12, 231; IV, 93.
147. *Audi, filia* (II), 19, 1; I, 578.
148. *Carta* 44, 172; IV, 229.
149. Cfr. *Sermón* 4, 31; III, 79; cfr. GARCÍA MATEO, R., *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, 100-101.
150. «Sepan, pues, todos los que quisieren subir a la alteza del Padre, que la escalera es Jesucristo, su Hijo; sepan todos que otro medianero principal no hay si Él no; porque, aunque los santos lo sean, sonlo por Él y sonlo porque Él fue medianero para que ellos tuviesen cabida con Dios; y que para todos es medianero, si quieren llegar a Él». *Sermón* 34, 6; III, 419; «San Juan de Ávila, como otros autores espirituales de su época, presenta a Cristo como Mediador y Modelo». RÍO MARTÍN, J. DEL, *Santidad y pecado en la Iglesia*, 202.
151. *Carta* 222, 230; IV, 704.
152. Cfr. *Audi, filia* (II), 87, 5; I, 729.
153. *Sermón* 37, 41; III, 505.
154. Cfr. *Audi, filia* (II), 85, 5; I, 723.
155. *Sermón* 52, 23; III, 681.
156. Cfr. *Audi, filia* (II), 85, 1; I, 721-722.
157. «[En Juan de Ávila] la mediación de Cristo tiene su origen en el misterio trinitario y, más propiamente, en el amor del Padre». FERNÁNDEZ CORDERO, M. J., *Juan de Ávila (1499?-1569). Tiempo, vida y espiritualidad*, 669.
158. «Así como el amor de Cristo a los hombres pasa por Dios, el movimiento descendente de Dios hacia los hombres, con su gracia y su salvación, su favor y sus beneficios, pasa por Cristo. Los ojos de Dios ven el amor en los padecimientos de Cristo, y de esta mirada nace el perdón». FERNÁNDEZ CORDERO, M. J., *Juan de Ávila (1499?-1569). Tiempo, vida y espiritualidad*, 683.
159. Cfr. *Tratado del amor de Dios* 5, 211; I, 960.
160. Cfr. *Sermón* 34, 12; III, 421.
161. *Sermón* 30, 9; III, 366.
162. Cfr. *Sermón* 53, 33; III, 699.
163. *Audi, filia* (II), 40, 3; I, 621.
164. Cfr. *Sermón* 26, 21; III, 316.
165. Cfr. *Audi, filia* (II), 110, 6; I, 772.
166. Cfr. *Audi, filia* (II), 68, 3; I, 681; cfr. *Audi, filia* (I), II, 46; I, 459.
167. *Sermón* 65[1], 2; III, 864.
168. Cfr. GARCÍA MATEO, R., *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, 57.
169. *Audi, filia* (II), 40, 3; I, 621.
170. *Sermón* 38, 4; III, 5; cfr. *Carta* 44, 18; IV, 225.
171. «El misterio redentor comienza en la misma encarnación. El centro de la obra salvadora de Cristo será, para el Maestro Ávila, el momento culminante de la cruz, el cual se presenta como un compendio de todo el misterio que se nos revela en la persona de Jesucristo. El origen de la encarnación del Verbo, no es otro que la mirada misericordiosa de Dios que quiere y decide salvar al hombre de la esclavitud del pecado». RÍO MARTÍN, J. DEL, *Santidad y pecado en la Iglesia*, 74.

172. Cfr. *Sermón* 5[1], 4; III, 81; cfr. *Sermón* 3, 23; III, 59.
173. Cfr. *Sermón* 5[1], 6; III, 82.
174. *Sermón* 4, 9; III, 70.
175. «Siguiendo la teología paulina, San Juan de Ávila contemplará el hecho de la encarnación en su sentido pleno. No se reduce al hecho histórico en sí, él va más allá del simple suceso en el tiempo. Por eso, la encarnación es para el Apóstol de Andalucía equivalente a la pasión y ésta a aquella. En definitiva, el misterio de Cristo es un todo y único». RÍO MARTÍN, J. DEL, *Santidad y pecado en la Iglesia*, 75.
176. *Sermón* 4, 23; III, 76.
177. Cfr. *Sermón* 4, 32; III, 79.
178. Cfr. *Sermón* 3, 4; III, 50.
179. Cfr. *Audi, filia* (II), 108, 2; I, 768.
180. «Cristo es, para el Maestro Ávila, el gran sacramento del Padre mediante el cual hemos sido llamados a reproducir la imagen agradable a Dios Padre, la de su propio Hijo». RÍO MARTÍN, J. DEL, *Santidad y pecado en la Iglesia*, 31.
181. *Sermón* 26, 19; III, 314; cfr. *Audi, filia* (I), VI, 20; I, 522.
182. Cfr. *Audi, filia* (II), 108, 3; I, 768.
183. «En la encarnación queda patente el efecto de la mirada del Padre en Cristo, esto es de tal radicalidad en la doctrina avilista, que no cabe pensar un encuentro posible entre Dios y el hombre que no tenga que pasar por este acontecimiento salvador que es el Verbo hecho carne». RÍO MARTÍN, J. DEL, *Santidad y pecado en la Iglesia*, 80.
184. *Audi, filia* (II), 87, 1; I, 727.
185. «El fundamento de la gracia es la misericordia de Dios, que quiere restaurar al hombre hecho a su imagen. El matiz novedoso en San Juan de Ávila es que esa misericordia se ha visto herida de Amor no desde fuera, sino desde dentro, al ser clavado en el Corazón divino de Cristo el dolor por el pecado de todos los hombres, con los cuales comparte naturaleza». LÓPEZ SANTIDRIÁN, S., «El Beneficio de Cristo en San Juan de Ávila», 89.
186. *Sermón* 26, 20; III, 315; cfr. *Audi, filia* (I), II, 64; I, 471.
187. «Este amor y cabida en su corazón ganamos por el medianero de Dios y los hombres, Jesucristo (cfr. 1 Tim 2,5), Señor nuestro, que, siendo El Hijo natural, nos ganó adopción de hijos, y corazón en Dios de padre con hijos, cada y cuando que de Él quisiéramos gozar por la penitencia y sacramentos. Este amor es la raíz de donde sale el esperarnos Dios, el llamarnos, el recibirnos, perdonarnos, salvarnos». *Carta* 18, 102; IV, 113; cfr. *Audi, filia* (II), 7, 69; I, 685.
188. «Jesucristo nuestro Señor fue predestinado, según la humanidad, a ser Hijo de Dios natural (Rom 1,4), se ha de entender de El a solas; mas su cuerpo místico y sus fieles, por adopción; ellos por amor de El, no El por ellos». *Sermón* 34, 24; III, 425; cfr. GARCÍA MATEO, R., *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, 95.
189. Cfr. DÍAZ LORITE, F. J., *Experiencia del amor de Dios y plenitud del hombre en San Juan de Ávila*, 220.
190. Cfr. *Lecciones sobre 1 San Juan* (I) 16, 75; II, 249.
191. Cfr. RÍO MARTÍN, J. DEL, *Santidad y pecado en la Iglesia*, 78.
192. *Sermón* 34, 15; III, 422.
193. *Sermón* 65[1], 19; III, 871.
194. *Audi, filia* (II), 90, 2; I, 734.
195. *Carta* 12, 264; IV, 94.
196. *Sermón* 34, 17; III, 423.
197. «Inefable merced es que adopte Dios por hijos los hijos de los hombres, gusanillos de la tierra. Mas, para que no dudásemos de esta merced, pone San Juan otra mayor, diciendo: *La palabra de Dios es hecha carne* (Jn 1,14). Como quien dice: No dejéis de creer que los hombres nacen de Dios por espiritual adopción; mas tomad, en prendas de esta maravilla, otra mayor,

- que es el Hijo de Dios ser hecho hombre, y hijo de una mujer». *Audi, filia (II)*, 19, 2; I, 579; cfr. *Tratado del amor de Dios* 4, 151; I, 957.
198. Cfr. *Lecciones sobre 1 San Juan (I)* 11, 201; II, 198.
199. *Carta* 37, 76; IV, 198.
200. *Carta* 12, 242; IV, 93.
201. Cfr. *Sermón* 26, 24; III, 317.
202. Cfr. *Tratado del amor de Dios* 10, 372; I, 968-969.
203. Cfr. DÍAZ LORITE, F. J., *La misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, 50-51.
204. *Pláticas a sacerdotes* 4, 4; I, 828.
205. *Audi, filia (II)*, 68, 5; I, 682.
206. *Audi, filia (II)*, 111, 1; I, 773; cfr. *Sermón* 37, 23; III, 497.
207. *Audi, filia (II)*, 78, 2; I, 704.
208. «“Porque aquel alma sea caritativa, no tengan conmigo caridad; porque aquel alma se salve y todos alcancen perdón, súbame en una cruz, coronado de espinas, crucifiquenme, y no quede de mí gota de sangre en todo mi cuerpo que no se derrame: denme hiel, y vinagre a beber y muera yo en la cruz”. ¿Por qué? “Por remedio de los hombres”». *Sermón* 32, 15; III, 393.
209. *Sermón* 47, 20; III, 623; cfr. *Sermón* 23, 14; III, 283.
210. *Apéndice: Siete nuevos escritos*, II, 2; II, 1028.
211. *Tratado del amor de Dios* 8, 320; I, 966.
212. Cfr. *Audi, filia (II)*, 79, 5; I, 709.
213. Cfr. *Sermón* 3, 25; III, 60; cfr. *Audi, filia (II)*, 69, 2; I, 683.
214. Cfr. *Sermón* 29, 12; III, 355; cfr. *Sermón* 32, 13; III, 392; cfr. *Sermón* 44, 11; III, 590.
215. «¡Oh baja, causada de alteza de amor excesivo, pues se abajó a tomar naturaleza de malhechores para pagar los pecados de ellos, como si tú, Señor, los hubieras hecho! Y llegó a tanto el disimular tu honra y vestirte de nuestra deshonra, que diga San Pablo que, *no sabiendo tú por experiencia qué cosa era pecado*, el Padre *te hizo pecado* en el nombre (cfr. 2 Cor 5,21)». *Sermón* 53, 20; III, 694.
216. Cfr. *Carta* 86, 90; IV, 368.
217. *Sermón* 65[2], 4; III, 879.
218. Cfr. *Sermón* 29, 11; III, 355.
219. *Sermón* 47, 19; III, 623.
220. Cfr. *Lecciones sobre la Epístola a los Gálatas*, 2, 26; II, 56.
221. *Lecciones sobre la Epístola a los Gálatas*, 1, 4; II, 27.
222. Cfr. *Carta* 13, 76; IV, 100.
223. Cfr. *Sermón* 26, 27; III, 318.
224. *Sermón* 7, 19; III, 110.
225. «Y ese amor que a la cruz le llevó es tan grande que nos dice san Juan de Ávila que Cristo estaría dispuesto a morir mil veces y por cada uno de nosotros, y aunque solo uno de nosotros existiera. El amor misericordioso que hay allí encerrado por nosotros y por cada uno es infinito». DÍAZ LORITE, F. J., *La misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, 49.
226. Cfr. *Carta* 56, 69; IV, 264.
227. *Sermón* 19, 22; III, 249.
228. Cfr. *Sermón* 54, 38; III, 713.
229. Cfr. *Sermón* 15, 9; III, 210.
230. *Sermón* 54, 21; III, 707.
231. *Audi, filia (I)*, III, 56; I, 503.
232. Cfr. *Audi, filia (II)*, 80, 1; I, 710.
233. *Sermón* 76, 10; III, 1030; cfr. *Sermón* 27, 28; III, 332.
234. *Audi, filia (II)*, 19, 3; I, 579.
235. *Carta* 12, 235; IV, 93.

236. *Sermón* 52, 32; III, 685.
237. Cfr. *Sermón* 67, 24; III, 904.
238. Cfr. *Audi, filia* (II), 108, 4; I, 769.
239. Cfr. *Audi, filia* (II), 79, 4; I, 709.
240. *Sermón* 36, 6; III, 449; cfr. *Sermón* 37, 50; III, 508.
241. *Audi, filia* (I), III, 43; I, 497.
242. *Audi, filia* (I), III, 45; I, 498.
243. *Lecciones sobre 1 San Juan* (I) 22, 56; II, 306.
244. Cfr. *Sermón* 3, 26; III, 61.
245. Cfr. *Sermón* 40, 22; III, 541.
246. *Sermón* 79, 19; III, 1071.
247. Cfr. *Sermón* 28, 11; III, 339.
248. Esta imagen del fuego, la *llama de amor*, muy característica en el místico San Juan de la Cruz, es probable que le llegara al Maestro Ávila desde San Buenaventura, la idea de Dios como un fuego de amor arrasador. Es más, algunos estudiosos dicen que Ávila en su *Tratado del amor de Dios* emplea la imagen de las grandes centellas que saltan de aquel abrasado fuego de amor, como señal de la grandeza del Amor de Dios, en el que se observan muchas similitudes con las posteriores obras del monje carmelita.
249. Cfr. *Sermón* 32, 14; III, 392.
250. Cfr. *Lecciones sobre 1 San Juan* (I) 19, 183; II, 278.
251. *Sermón* 32, 17; III, 393.
252. *Sermón* 47, 11; III, 621.
253. *Sermón* 35, 8; III, 431.
254. *Carta* 222, 193; IV, 703.
255. Cfr. GARCÍA MATEO, R., *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, 132-133.
256. Cfr. *Sermón* 16, 7; III, 221-222; cfr. *Sermón* 77, 6-8; III, 1039-1040.
257. Cfr. *Lecciones sobre la Epístola a los Gálatas*, 31; II, 69.
258. *Audi, filia* (II), 87, 2; I, 728.
259. Cfr. *Lecciones sobre 1 San Juan* (I) 19, 120; II, 277-279.
260. *Audi, filia* (II), 85, 2; I, 722; cfr. *Audi, filia* (I), III, 44; I, 498.
261. Cfr. *Audi, filia* (I), III, 43; I, 497.
262. Cfr. DÍAZ LORITE, F. J., *La misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, 27-28.
263. Cfr. GARCÍA MATEO, R., *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, 108-109.
264. *Sermón* 19, 18; III, 247.
265. Cfr. *Sermón* 52, 31-33; III, 684-685.
266. Cfr. *Sermón* 32, 29; III, 398.
267. Cfr. *Sermón* 28, 11; III, 338.
268. *Audi, filia* (I), I, 42; I, 424-425; cfr. *Sermón* 19, 24; III, 249.
269. ESQUERDA BIFET, J., *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila*, 178.
270. *Ecce Homo*; II, 766.
271. Cfr. *Audi, filia* (I), III, 57; I, 504.
272. «El Padre nos ve (nos ama) en Cristo, y Cristo nos ve (nos ama) en Dios. Por otra parte, este tipo de lenguaje tiene la intención de subrayar el carácter inmerecido de este amor: estamos ante el hombre que ha perdido la bondad, la virtud y la hermosura original, su condición amable por sí mismo; Ávila tiene una aguda conciencia de esta pérdida y de la incompatibilidad de Dios con el pecado. De ahí que la mediación de Cristo se revele como la gran gracia inmerecida». FERNÁNDEZ CORDERO, M. J., «Dar el corazón a Dios. La *redamatio* en San Juan de Ávila», en ARANDA DOCEL, J. y LLAMAS VELA, A., *San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia*, 451.
273. Cfr. LÓPEZ SANTIDRIÁN, S., «El Beneficio de Cristo en San Juan de Ávila», 88.
274. Cfr. *Carta* 20 [1], 33; IV, 121.

275. Cfr. *Sermón* 3, 27; III, 61.
276. Cfr. *Lecciones sobre I San Juan (I)* 22, 28; II, 306.
277. Cfr. *Audi, filia (II)*, 69, 3; I, 683; cfr. DÍAZ LORITE, F. J., *La misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, 52-53
278. *Sermón* 37, 25; III, 498.
279. *Audi, filia (II)*, 69, 2; I, 683.
280. *Audi, filia (II)*, 69, 4; I, 684.
281. Cfr. *Sermón* 37, 24; III, 498.
282. Cfr. *Sermón* 50, 3; III, 644.
283. Cfr. *Audi, filia (I)*, I, 40-41; I, 424; cfr. *Carta* 160,43; IV, 551.
284. *Audi, filia (II)*, 19, 4; I, 579.
285. Cfr. *Carta* 117, 22; IV, 444.
286. Cfr. ESQUERDA BIFET, J., *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila*, 178.
287. Cfr. *Carta* 92, 17; IV, 391.
288. *Sermón* 19, 18; III, 247.
289. Cfr. *Lecciones sobre I San Juan (I)* 22, 75; II, 307.
290. Cfr. *Lecciones sobre I San Juan (I)* 5, 167; II, 138.
291. *Tratado del amor de Dios* 7, 240; I, 962-963.
292. Cfr. *Audi, filia (II)*, 40, 2; I, 621.
293. *Carta* 13, 101; IV, 101.
294. *Tratado del amor de Dios* 8, 302; I, 965.
295. «Esta idea, sin embargo, era importante para Ávila: le permitía superar la mera materialidad de las heridas del Crucificado para adentrarse en el amor invisible que se revela en el sufrimiento visible». FERNÁNDEZ CORDERO, M. J., *Juan de Ávila (1499?-1569). Tiempo, vida y espiritualidad*, 682.
296. Cfr. *Sermón* 33, 2; III, 408.
297. «San Juan de Ávila nos dice que miremos bien a Cristo en la cruz, porque en ella se nos demuestra su amor, y que lo hagamos de tal manera que mirando su corazón abierto por nosotros podamos ver más amor que por lo que de fuera parece». DÍAZ LORITE, F. J., *La misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, 49.
298. «Del concepto del amor de Dios, ha dicho, se hace necesaria la Encarnación y la cruz de Jesús; pero nosotros no podemos hacer esta vinculación absoluta, porque el dolor no pertenece a la naturaleza divina, pero el amor de Dios es tan profundo que Dios mismo puede aceptar, puede identificarse con el dolor de la creatura y por eso el dolor que entra en el amor de Dios trino es un acto contingente». MÜLLER, G. L., «Mesa de diálogo: *Juan de Ávila, teólogo*», en JUNTA EPISCOPAL «PRO DOCTORADO DE SAN JUAN DE ÁVILA», *El maestro Ávila*, 675.
299. «Como escondida estaba su hermosura, su majestad y su grandeza; pero no del todo escondida, que muchas veces asomaban aquellos rayos de su claridad las muestras de quien él era. Aquella grande misericordia, aquel inmenso sufrimiento, aquella paciencia tan inaudita, aquella mansedumbre tan perseverante» *Lecciones sobre la Epístola a los Gálatas*, 3, 13; II, 64.
300. «Cristo, ‘corazón del Padre’, como acontecimiento supremo del amor divino, es en sí inabarcable. No se puede comprender todo el misterio del amor que hay encerrado en su persona. ¿Por qué? Porque, como indica el Maestro Ávila, el amor que hay en Cristo trasciende las obras que realiza. Las acciones de Jesús son signos de ese amor, pero no lo agotan». RÍO MARTÍN, J. DEL, *Santidad y pecado en la Iglesia*, 25.
301. *Tratado del amor de Dios* 7, 255; I, 962.
302. «Cristo en la cruz es la manifestación máxima de la misericordia de Jesús. San Juan de Ávila la contempla así, y no solo para los que la vivieron, sino para todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, pues para él, Cristo, aunque resucitado, sigue en cierto sentido estando en la cruz para que todos puedan contemplar su permanente misericordia». DÍAZ LORITE, F. J., *La misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, 48.



303. «Las manifestaciones externas de la vida de entrega y de la pasión, son sólo pequeñas expresiones de un amor más profundo, que quedaría simbolizado por la apertura de su costado en la cruz» ESQUERDA BIFET, J., *Introducción a la doctrina de san Juan de Ávila*, 193.
304. *Tratado del amor de Dios* 11, 415; I, 970; cfr. *Audi, filia* (II), 81, 2; I, 712.
305. *Carta* 47, 79; IV, 242.
306. Cfr. *Audi, filia* (II), 10, 2; I, 559.
307. Cfr. *Ecce Homo*; II, 766.
308. Cfr. *Audi, filia* (II), 108, 4; I, 768-769.
309. «Diremos que nuestro autor, verá en la cruz del Dios humanado la unidad salvífica de todos los actos redentores de Jesucristo. Ella es el culmen de la encarnación, es muerte por amor, es resurrección por siempre, es el triunfo total del espíritu sobre el pecado. [...] La cruz converge todo, de la cruz dirama todo. El leño salvador es el compendio del único y universal misterio». RÍO MARTÍN, J. DEL, *Santidad y pecado en la Iglesia*, 123.
310. *Sermón* 33, 3; III, 408.
311. *Tratado del amor de Dios* 4, 68; I, 954.
312. Cfr. *Audi, filia* (I), II, 62; I, 470.
313. *Sermón* 39, 24; III, 533.
314. *Carta* 20 [1], 216; IV, 125-126.
315. «¿Qué os traba el corazón sino este Señor, que así le trabastes vos de su corazón, que os trajo en Él treinta y dos años y tres meses, pensando en vuestro remedio y llorando vuestra perdición? Y al cabo fue por vuestra salvación, puesto en la cruz y abriéronle su corazón, para que veáis vos el lugar amoroso donde vos andábades». *Carta* 47, 13; IV, 240.
316. Cfr. *Audi, filia* (II), 79, 4; I, 708.
317. Cfr. *Sermón* 26, 19; III, 314; cfr. DÍAZ LORITE, F. J., *Misericordia de Dios a la luz de San Juan de Ávila*, 31.
318. Cfr. *Carta* 204, 18; IV, 667.
319. Cfr. *Audi, filia* (II), 78, 1; I, 704.
320. *Audi, filia* (II), 77, 4; I, 703.
321. *Audi, filia* (II), 77, 1; I, 701.
322. *Sermón* 19, 13; III, 245.
323. Cfr. *Sermón* 43, 10; III, 571.
324. *Sermón* 50, 19; III, 650.

---

## Índice del Extracto

PRESENTACIÓN	233
NOTAS DE LA PRESENTACIÓN	239
ÍNDICE DE LA TESIS	241
BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS	247
LA TRINIDAD, FUENTE DE LA MISERICORDIA DIVINA	257
I. EL AMOR DEL PADRE	257
A. Dios se revela como amor misericordioso	257
B. El nombre de Dios: Padre de misericordia	261
C. Amor de un Padre misericordioso	262
D. Designio misericordioso en la Creación y caída del hombre	265
E. Promesa del amor de Dios	265
F. Mirada misericordiosa del Padre	268
II. LA MISERICORDIA DE JESUCRISTO	270
A. La misión del Hijo en el designio misericordioso del Padre	271
A.1. El pecado y la misericordia, causas de su venida	272
A.2. El amor de Cristo contiene todas las gracias	274
A.3. Por medio de Cristo llegamos al Padre	275
B. La Encarnación, señal de misericordia	277
B.1. Dios se hace Niño	278
B.2. Jesucristo restaura la imagen de Dios en nosotros	279
B.3. Jesucristo nos obtiene la filiación adoptiva	281
C. La Pasión y Muerte de Jesucristo	282
C.1. Cristo muere por los pecados de cada hombre	283
C.2. Jesucristo satisface la justicia del Padre y nos trae la misericordia	286
C.3. Esperanza y alegría en la Cruz de Cristo	290
C.4. Cristo en la Cruz muestra su amor infinito	293
D. El corazón misericordioso de Cristo	295
NOTAS	299
ÍNDICE DEL EXTRACTO	309

